TERRESTRES EN MARTE

Russ Winterbotham



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

No pude conciliar el sueño aquella noche del jueves. Estaba inquieto y después de dar algunas cabezadas volvía a estar inquieto. La operación Jehad y Willy Zinder estaban vivas en mi mente. Operación Jehad era el nombre asignado al primer prepósito de enviar hombres a Marte, y Willy era la última esperanza para completar la tripulación hasta que ésta estuviera formada por seis hombres.

Si Willy no lo hacía, el Dr. Spartan estaría como un ser colgado de una horca. Más que nada, él había insistido en que la tripulación estuviera compuesta por seis hombres, y si no podía conseguir seis buenos astronautas, incluyéndose él, para el cohete espacial Jehad, sería capaz de retrasar el viaje por un período de veintiséis meses, cuando Marte estuviera de nuevo en el punto propicio y ya hubieran sido preparados convenientemente otros hombres.

Mientras yo me movía inquieto en las sábanas de mi cama, Willy Zinder estaba jugando al carrusel en su cápsula Júpiter a trescientas millas en el espacio. Odiaba pensar en lo que le había ocurrido. Cuando lo vi meterse en la cápsula el jueves por la mañana, parecía un pobre niño asustado. Posiblemente estaría sufriendo desde entonces. Y ahora, después de la terrible noche, la reentrada era evidente.

Sentir miedo era una cosa natural y ciertamente no es motivo para avergonzarse, porque todos sentimos algo de mariposeo en nuestro primer vuelo orbital. Pero cuando hice mi examen en la ASD, procuré con todas mis fuerzas evitar el castañeteo de mis dientes. Willy no lo había hecho, pero yo tenía el presentimiento de que estaba sufriendo tanto como todos los demás juntos. Parecía tan próximo a sufrir un colapso que yo me preguntaba qué era lo que le sostenía de pie.

Finalmente me di por vencido de intentar dormir. Ya era de día y me vestí dirigiéndome de prisa a un restaurante donde tomé huevos revueltos y café. Después me dirigí a la reserva a ver cómo iba todo. Probablemente el Dr. Spartan habría pasado allí la noche, pero los demás se habrían ido en el turno de la media noche. Si todos los demás componentes de la operación Jehad habían pasado la misma noche todos se encontrarían mal.

Además de Spartan, los otros eran Axel Ludson, el gran nabo sueco de Minnesota; el doctor Warner Joel, quien probablemente escondería sus sentimientos dando golpes a todos en la espalda y haciendo chistes de cosas inconsecuentes. Y Morrie Grover, un muchacho de cachetes encarnados. Nosotros más el doctor Spartan éramos los clasificados para el primer vuelo de los hombres a Marte.

Mas los planes habían sido concebidos para seis y Willy Zinder era nuestro último candidato. Decir que estábamos escarbando en los cimientos de la cuestión, era decir la verdad sobre Willy. El hacía el número doce en una lista de cien hombres física y mentalmente en forma y seleccionados como astronautas después de ser preparados

durante varios años. Otros ochenta y ocho habían sido eliminados de una forma o de otra antes de elegir a doce para la operación Jehad, así llamada porque Jehad significa guerra santa para los musulmanes. Nosotros íbamos a Marte, que recibió su nombre después que el dios romano de la guerra, así que eso explicaba la parte guerrera del nombre pero yo no sé cuál era la santidad a este respecto excepto que ir a Marte sería hacer real un viejo sueño del hombre de viajar a través del espacio hacia otro mundo.

Willy era fuerte como una montaña e incluso estando asustado yo diría que tenía arrestos. Para el tiempo previsto para el lanzamiento, hacía algunos meses, Willy había, sido asignado como número seis. Otros dos habían fallado la prueba de la ASD —Aeronautical Systems División— y el doctor Spartan había dicho que otros dos no irían —los hombres del espacio de Washington habían acatado las palabras del doctor como el mismo Evangelio— uno había tenido un accidente de auto que le había producido un choque que aún le tenía en el hospital; el otro había tenido que ser operado rápidamente de apéndice, por lo que no estaba en condiciones para el tiempo previsto.

Ahora no había tiempo de preparar a otros hombres para esta tarea, lo cual significaba que Willy tenía que salir airoso y el doctor Spartan era lo suficientemente perfecto como para conseguir que Willy pasara los tests y estuviera tan capacitado como el resto de los tripulantes. Seguro que había otros astronautas. Había diez o doce trabajando en otros proyectos pero el aparato espacial de plasma no es un artefacto cualquiera que un astronauta vulgar puede dirigir en un viaje de ciento cincuenta millones de millas alrededor de la tierra sin un riguroso entrenamiento.

Llegué al porche que separaba a los hombres del espacio de los de la tierra y enseñé mi insignia al guarda de seguridad.

—William Drake —dijo haciendo un gesto—. Espero que tenga suerte hoy, mister Drake.

—Gracias —dije—. ¿Qué tal está Zinder?

—Muy bien, según he oído últimamente. Los muchachos que han salido de la última operación dijeron que estaba llevando todo a cabo bien.

Crucé el porche. Casi nadie podía pasar por aquí, pero hay otros oficiales de seguridad, en otros porches más adentro, para evitar que el lugar sea pisado por turistas, periodistas y gente buscando habitación donde descansar. Según el color de la insignia puede uno entrar en ciertas dependencias o no. La mía era azul, azul brillante, con la que se podía ir muy allá; podía entrar en la oficina del doctor Spartan siempre que tuviera algún asunto que tratar allí. No me hubiera atrevido a entrar en el despacho del Dr. Spartan sin un motivo importante. El era capaz de comerse a un hombre con la misma facilidad con que podía beber agua.

Finalmente llegué a la estancia. Dirigí una mirada dentro de la habitación llena de aparatos de la operación que se ocupaba de seguir la pista a Willy —comunicando con él, controlando los latidos de su corazón, respiración e incluso quizás sus pensamientos— y registrando

el comportamiento de su cápsula. No me interesaba lo que estaban haciendo. Me dirigí al final del salón y de nuevo enseñé mi insignia antes de entrar en la habitación reservada para el panel que diría si Willy pasaría o no la prueba.

El Dr. Spartan era el hombre de turno. El era el jefe de nuestro pequeño grupo, pero eso no implicaba nada para Willy Zinder. El doctor Spartan era un viejo hombre del espacio. Había estado en la luna y había conducido el artefacto de plasma en su prueba. Primero, segundo y tercero, él era una perfección. Yo lo odiaba y lo mismo ocurría con los demás, pero a pesar de esto había una cosa que todos podíamos decir: si el doctor le daba a uno el visto bueno, éste podía ser considerado tan bueno como el mejor. Y había otra cosa que se podía decir: el Dr. Spartan era sargento mayor de la Marina y volaba igual que Peter Pan.

Allí estaba él con otros tres hombres que parecían no haber dormido durante una semana. Quizás habían tomado alguna siesta durante las veinticuatro horas, mas no lo aparentaban en absoluto. Tenían los ojos enrojecidos, el cabello en desorden y barba de varios días. A pesar de que la habitación tenía aire acondicionado, aparecían sudorosos y llenos dé calor. Había cubiletes llenos de café negro sobre sus escritorios y también pedazos de pan y emparedados a medio comer en algunas bateas cerca. Axel Ludson permaneció junto a la pared del fondo. Como yo, no tenía nada que nacer sino mirar, y posiblemente se habría apresurado después del desayuno, exactamente igual que yo había hecho, con el objeto de estar presente cuando Willy hiciera su reentrada.

Axel era corpulento y huesudo, parecía un nabo sueco, cuya descripción es exactamente igual para todos los hombres de su ciudad natal en Minnesota. Tenía el pelo castaño, los ojos azules y la nariz larga y afilada, su mandíbula parecía grande y fuerte, de rasgos definidos. Me hizo una seña guiñándome con su ojo y yo fui hacía él.

—Todo va bien con Willy —dijo, lo cual era un buen corchete. Axel hizo sus palabras contadas—. El doctor le ha tirado todo menos un grupo de asteroides y Willy no ha fallado nada.

—Bien —dije—. ¿Dónde está Willy ahora?

Y Axel hizo una seña hacia un mapa en forma de pantalla en la parea de la izquierda. En él estaba proyectada una porción del globo que dejaba ver el norte de Siberia. En el centro había una lucecita como un punto.

—Dentro de treinta minutos empezará su última órbita.

—¿Cómo le fue en las emergencias? —pregunté.

Axel guiñó los ojos.

—Actuó como si fueran cosas reales.

La cápsula espacial que llevaba a Willy era del tipo antiguo, con sitio sólo para un hombre. Sin embargo tenía controles especiales que la hacían semejante en su manejo a aquel otro artificio de plasma. A través del vuelo, Willy estaba en cargo de la operación. Sin previo aviso, se hacían aparecer algunos aparatos que abordarían el cohete y que era de suponer que Willy evitaría.

A pesar de que el vuelo a través del espacio parece peligroso, no lo es mucho, porque el espacio está más vacío que ninguna otra cosa que hayamos podido ver. Los únicos momentos críticos suelen ser en el lanzamiento, la reentrada y el aterrizaje. Sin embargo pueden surgir otros peligros. El peor de todos es la súbita aparición de un meteoro, significando una hendidura de un cuarto de pulgada de diámetro o incluso mayor.

Considerando que el noventa y cinco por ciento de los meteoros que cruzan el espacio son menores que este tamaño, las oportunidades de encontrarse uno incluso en un viaje de dos años y medio son muy remotas. No obstante es algo que puede ocurrir.

El artefacto de plasma estaba equipado con dispositivos para vaporizar cualquier objeto más pequeño que un cuarto de pulgada. Los mayores perforarían los lados, pero incluso entonces, había un fluido a lo largo de las paredes del aparato para evitar perder mucho aire, un tremendo y gran meteoro puede ser detectado por radar y evitado. Willy había de hacer la maniobra apropiada para no encontrar semejante obstáculo.

Las radiaciones en el espacio también pueden traer problemas. Para viajar en el espacio se requiere gran velocidad y los astronautas pueden pasar la línea de radiación a una velocidad, para que no sea perjudicial para la orientación. Pero una gran nave puede hacer surgir inconvenientes y Willy tendría que afrontar esto por medio de determinar el tamaño de la nube y el mejor modo de atravesarla.

Otro caso arriesgado podía ser un error personal de astronáutica. En un viaje de setenta y cinco millones de millas —la distancia, que teníamos que atravesar para llegar a Marte— un pequeño error en la salida podría llevar la nave espacial tan lejos de Marte como para que esta no pudiera ser atraída por la gravedad del planeta al final del viaje.

Willy tenía que hacer observaciones a través de la prueba de vuelo y hacer las operaciones necesarias para el buen término de la trayectoria. Podían darse otras aventuras menores, así como algunos daños en el equipo o en los instrumentos, pero Willy había demostrado su habilidad en algunas pruebas llevadas a cabo en tierra.

El Dr. Warner Joel entró en la habitación. Hacía unos meses había sobrepasado el peso exacto, pero una oportuna dieta le había hecho perder el peso que le habría evitado formar parte de la tripulación. Era un hombre bajo y rechoncho con la cara redonda y nerviosos ademanes. Sin embargo, sus conocimientos de geología le habían hecho casi indispensable. Raramente se encuentra a un hombre con semejante experiencia en este campo tan apropiado para las necesidades que pueden surgir en esta clase de vuelos espaciales.

Había una cosa en contra de Joel que ya estaba dispuesto a pasar por alto y era su forma rara de comportarse, su ansiedad por aparentar más de lo que era y su intenso deseo de ganarse el favor del Dr. Spartan.

Así que entró, saludó a todos en voz alta, hablando a ninguno particular. Y nadie en particular le contestó. Ignorando este desaire y

con una idea muy particular del protocolo se dirigió hacia el lugar de control donde se encontraba sentado el Dr. Spartan.

—Gran espectáculo, doctor. ¡Brillante espectáculo! —exclamó Joel extendiendo sus manos como para dar la enhorabuena a un actor dramático en la noche de debut.

Spartan, con los ojos fijos en los instrumentos que tenía delante, ignoró a Joel.

—¡Sí, señor! —continuó el geólogo poniendo sus manos en los bolsillos de su chaqueta, posiblemente para calentárselas por el frío recibido de Spartan—. Tenemos a un buen hombre en Willy Zinder. Siempre dije que este muchacho valía más que muchos otros de nuestro grupo, en efecto.

Axel me dio un golpecito en un costado y así que me volví, me guiñó uno de sus azules ojos.

—¿Se refiere a ti o a mi, Bill?

—A ti, gran nabo sueco —dije volviéndome—. Pero mi opinión pone a Willy algunos peldaños más arriba que a Joel.

Axel sonrió suavemente.

—No siento que Willy Zinder forme parte de la tripulación —estaba diciendo Joel en voz alta—. No señor…

—¿Por qué no te sientas? —gruñó Spartan sin volver la cabeza—. Me vuelves loco.

—¡Un… ah… ya, desde luego! No me daba cuenta…

—Entonces, hazlo —dijo Spartan en un bufido.

Joel casi se tambaleó al tiempo que se alejaba. Ahora, al enfrentarse con Axel y conmigo, pareció decidir que éramos apropiados para hacer algunos comentarios. Se nos acercó y dijo:

—No hay quien lo entienda.

—Nunca se me ha ocurrido tener preferencias por una serpiente de cascabel —dijo Axel.

La voz de Willy asombrosamente cuidadosa se oyó a través del micrófono. Se encontraba bien y pasando por el polo norte por quinceava vez.

Las comunicaciones le respondieron deseándole buena suerte.

El Dr. Spartan hizo un gesto con la cabeza; después se volvió y llamó en alto:

—¡Miss Loring!

Yo volví la cabeza. No había visto a Gail Loring al entrar en la habitación. Ella debió estar en operaciones y habría entrado por la puerta del otro extremo de la habitación. Ahora pude ver su bonita cara al responder:

—¿Sí, doctor Spartan?

—¡Venga aquí!

Se acercó al lugar de control llevando la cabeza alta, sin prestar atención a ninguno que no fuera el doctor Spartan.

Era una verdadera pena porque se trataba de una mujer muy atractiva e inabordable. No era guapa con esa clase de belleza de las estrellas de cine o de teatro. Era simplemente guapa: la clásica mujer que cae bien. Sin adornos ni pinturas, era sólida, durable, funcional y

femenina a pesar de ella misma. Había hecho un buen aterrizaje en la luna y había acompañado al doctor Spartan en su vuelo de prueba de la nave de plasma.

Ahora se estaba preparando para algunos otros proyectos que solamente la NASA conocía.

De una manera sorprendente, me di cuenta de que en las pocas veces que nos habíamos encontrado, ella había mostrado buena disposición de ánimo a pesar de estar siempre pendiente de sus asuntos de trabajo. A ella le gustaba reír y era inteligente lo cual era desde luego indispensable tratándose de una mujer astronauta. Hasta ahora la había encontrado muy pocas veces y la había clasificado como un Doctor Spartan pero en femenino.

—Por favor, ocúpese del panel de control durante unos minutos —dijo Spartan—. Voy a tomar algo de desayuno antes de la reentrada.

—Ciertamente, doctor —dijo ella—. ¿Hay algo más?

—No —dijo él—. Las operaciones han avisado a la nave y están en posición de alcanzar a Zinder después de la reentrada, en su próxima órbita. Todo lo que tiene que hacer es estar lista para accionar el control de tierra en caso de emergencia.

Sentí el codo de Axel darme en mi brazo. Si se accionaba el control de tierra, Willy Zinder sería eliminado del proyecto, pues lo previsto era que él manejara la cápsula desde el principio hasta el final del vuelo. Solamente durante el lanzamiento y la reentrada había operaciones automáticas. Willy tendría que volverse a ocupar después de la reentrada.

El Dr. Spartan se levantó y Gail ocupó su asiento. Fijó sus ojos en los instrumentos con todo el instinto de la persona que conoce bien lo que tiene delante.

Yo la observé. Incluso en pantalones estaba bien; esto era algo que yo no había podido decir de ninguna otra mujer. No usaba adornos excepto un poco de rojo en los labios que no le iba mal. Tenía el pelo marrón cortado casi como un hombre y sin embargo no dejaba de parecer femenina.

La gran contrariedad que implicaba aquella mujer era que no consentiría a ningún hombre llegar a formar parte de su vida. Ella no era fría. Nadie podía decirme que era una mujer que intenta olvidar de una forma casi desesperada su feminidad, no tenía nada que olvidar. Era solamente que consideraba a los hombres fuera de su existencia mientras no hubiese llegado a la cumbre de su carrera.

Volví la cabeza y noté que el joven Morrie Grover había entrado en la habitación y se dedicaba por entero a observar a Gail Loring en lugar de prestar un poco de atención a lo que ocurría en el espacio.

Morrie era el quinto hombre del grupo —Willy había sido clasificado el sexto—. Morrie era el más joven de la expedición contando dos años menos que yo. Actualmente yo me sentía diez años mayor, porque Morrie era uno de esos jóvenes ansiosos que se dedican a averiguar lo que ocurre en el universo para comprender qué es lo que pasa en el mundo. No se podía dudar que él sabía bastante de la aventura de Marte. El hecho de que estuviera mirando ansiosamente a Gail no

quería decir que sus pensamientos fueran elevados. Los muchachos de los colegios superiores piensan de la misma forma. La estuvo observando hasta que decidió, aparentemente, que ella estaba tan dispuesta a volver la cabeza como las imágenes pintadas en un calendario; después se quitó las gafas y empezó a pulirlas con su pañuelo blanco y se volvió hacia mí.

—Hola, Bill —dijo de modo condescendiente—. ¿Está Willy en su última vuelta ya?

—Lo estará dentro de dos minutos —dije mirando al reloj de la pared. Podía haberle dicho que mirara el mapa y se enterara él solo pero eso hubiera estado rudo. Tendría que vivir con este sujeto durante treinta meses y lo mejor que podía hacer era llevarme bien con él.

El Dr. Spartan entró de nuevo trayendo un sándwich de tocino y huevo en su mano izquierda.

—Hola Doctor Spartan —dijo Morrie.

—¡Mmmm! —replicó Spartan mordiendo el sándwich. Ni siquiera se dignó dirigir una mirada a Morrie.

Morrie pareció molesto.

—No le eches cuenta, muchacho —dijo Axel—. Odia a todo el mundo, especialmente hoy.

Morrie no contestó. Sopló fuerte sobre sus gafas, las volvió a frotar con el pañuelo y las levantó a la luz. Las miró satisfecho y después de hacer un gesto con la cabeza, se las puso en la nariz. Después se volvió para seguir mirando a Gail Loring.

A pesar de que el doctor Spartan se había colocado detrás de Gail tapando la vista, Morrie no estaba dispuesto a perder el placer de observar a la mujer astronauta más preciosa que existía en el mundo. Se movió hacia la izquierda buscando un hueco por donde poder mirar a gusto. Pensando que aún habría unos noventa minutos que matar, me fui hacia la derecha decidiendo que allí disfrutaría más mirando a Gail que el mismo Morrie.

Axel y el doctor Joel permanecieron en sus puestos, Axel mirando la pequeña lucecita en la pantalla y el doctor Joel moviendo la cabeza, sonriendo y haciendo gestos a todo el que miraba hacia él.

Gail volvió la cabeza para mirar al doctor Spartan.

—¿Quiere ocuparse de esto ahora, Dr. Spartan? —preguntó.

—Siga usted —dijo Spartan—. Aún no he terminado de desayunar, querida.

Volvió la cabeza volviendo a ocuparse de la pantalla y mirando el reloj, después de nuevo a la pantalla. Finalmente cogió el micrófono y se lo llevó a los labios. Esperó un momento, aún observando el panel.

—¡Última órbita! —dijo.

Su voz resonó en la habitación por medio del altavoz.

—Empezaremos a contar para la reentrada cinco minutos antes que haya completado la vuelta, Zinder. Cuando llegue al cero, prepare el control automático para volver.

—Muy bien —sonó la voz de Willy. Habló calmosamente. Aparentemente ya no estaba asustado.

—Recuerde —dijo ella—. Precisamente en cero.

—Muy bien.

Gail dejó el micrófono. Miró los instrumentos. De repente se puso tensa. Su voz se hizo potente al tiempo que hablaba al Dr. Spartan.

—¡Mire doctor!

Hizo un gesto excitado señalando el panel.

—¡Buen Dios del cielo! —dijo Spartan acercándose y cogiendo el micrófono—. ¡Zinder! ¡Zinder, no sea tonto! ¿Qué está haciendo? ¿Se ha vuelco loco?

—¿Cómo? —la voz de Willy estaba cargada de miedo, pero no estaba hablando al doctor Spartan. No se dirigía a nadie—. ¡Socorro! ¡Estoy acelerando-desacelerando! ¡Algo no va bien! Empiezo a reentrar…

Su voz se quebró al tiempo que un sonido extraño resonó por el altavoz.

—¡Debió encontrarse con algo! —dijo alguien.

—¡Demonios!, probablemente empezó a caer —dijo Axel—. Seguramente no tendría los correajes puestos en este momento.

—Conectó el automático —dijo Spartan—. ¿Le dijo que ésta era la última vuelta, mis Loring?

—¡Oh, no, doctor! Le dije que era la penúltima.

—Debió equivocarse o comprender mal.

Me moví para echar un vistazo al panel, pero la figura de Spartan lo ocultaba a mi vista. Willy debió saber que tenía que dar otra vuelta. Había un reloj enfrente suyo. Varié de posición. Podía ver las manos de Gail ir a este botón y a otro como si tratara desesperadamente de evitar la caída por medio del control de tierra. Pero ella debía comprender que era inútil intentarlo. Una vez que el ciclo de reentrada ha empezado, nada puede detenerlo hasta que el paracaídas se abre en contacto con la atmósfera que rodea la tierra. Willy Zinder era devuelto a un mundo que no estaba dispuesto para recibirle.

—¡Willy! ¡Willy! ¡Por favor, contesta! —gritaba Gail por encima de las voces excitadas que resonaban en la habitación.

No hubo respuesta.

Después la intervención de las operaciones se interrumpió. «La sección médica dice que Zinder puede estar muy lastimado por la súbita desaceleración», dijo la voz. «Su corazón suena muy débil.»

—¡Oh, buen Dios! —dijo Gail Loring—. ¡Todo esto es culpa mía!

CAPÍTULO II

De ordinario los reflejos humanos responden a cosas factibles, que están a nuestro alcance; no era eso lo que ocurría a la docena o así de hombres y a la mujer que se encontraban en la habitación. ¿Qué podían hacer para salvar a Willy Zinder, tan lejos que sólo podía ser detectado por medio de instrumentos y cuyo futuro dependía más que nada de instrumentos electrónicos los cuales tienen tan fríos sentimientos como el mismo Dr. Spartan?

El hecho era que incluso Spartan pareció perder su compostura por un momento. Parecía temblar mientras estaba colocado detrás de Gail, mirando fijamente los círculos que indicaban lo que ocurría a Willy. Por

fin pareció reparar en las manos de ella ir de un lado para otro apretando un botón o conectando una palanca. Las alcanzó y las separó del control.

—¡Deje eso! —dijo excitado—. ¡Nada que usted pueda hacer detendrá la acción automática de la cápsula en este momento!

Gail parecía estar agotada. Spartan soltó sus manos y ella permaneció abatida. Detrás de ella, Spartan parecía la estampa de Satanás, con su barba negra, y ojos oscuros y. brillantes fijos en algo de ilusión. Era alto y delgado —ahora parecía más alto y más delgado—. ¿Fue una leve sonrisa lo que ví en su cara por un momento? Seguro que él no querría que Willy fallase. El tenía más interés en esta operación que ninguno de nosotros. Eso sería la inmortalidad para él como jefe de la expedición de unos hombres a Marte por primera vez.

Otra vez me pareció descubrir la sonrisa. Traté de convencerme de que aquello se debía a los mismos nervios. A menudo he visto hombres riendo como tontos en un momento trágico porque la risa es un síntoma emocional. Pero nunca hubiera creído que Spartan sufriera emociones como todos los demás mortales. Él había vivido grandes experiencias y había visto hombres morir en el espacio.

Desde hacía diez años, él había sido uno de los mejores astronautas de la nación. Desde entonces, se había convertido en una especie de genio que hacía investigaciones para convertir la energía nuclear directamente en electricidad alguna vez había sido un pobre y mediano instructor de algún insignificante colegio en el medio oeste. Ahora era famoso como hombre del espacio y célebre por sus descubrimientos.

Su aparente nerviosidad duró solamente un instante. Después volvió a ser tan frío como de costumbre. Esto no era para dar seguridad a todos.

Importaba poco que se abrieran los paracaídas: los hombres encargados de seguir la pista de Willy para decir cómo se encontraba habían anunciado que los latidos de su coraron era débiles.

No había ningún botón que pulsar, ninguna palanca que accionar, nada que accionar para que todo se arreglara. Tampoco había ciertamente ninguna varita mágica para arreglar aquel azaroso asunto.

El locutor anunció que los helicópteros habían sido mandados al lugar donde Willy había de caer, pero estaban a cientos de millas al oeste, en el sitio donde Willy hubiera caído después de la siguiente vuelta, no de esta.

Siguió un agobiante silencio, solamente interrumpido por los sollozos de Gail. Spartan la miró con los labios fruncidos en señal de disgusto. Ella se cubrió el rostro con las manos y se movió en su silla. Spartan gruño descontento, después volvió la cabeza y me vio.

—¡Drake! —dijo. Con un gesto de su dedo índice me indicó a Gail—. Saque de aquí a esta histérica mujer.

No me gustó la manera en que dio la orden, pero me parecía sensato ir a cumplir lo mandado. Gail se apartó las manos del rostro y lo miró. Dejó de moverse, fijó seriamente los ojos en el doctor Spartan y levantó la cabeza con dignidad.

—¡Yo no soy una histérica! ¡Nunca lo he sido!

—Llévesela, Drake —dijo Spartan sin escuchar aparentemente las palabras de ella.

Esto parecía lo mejor. Cada disco que giraba enfrente de ella era como un instrumento de tortura. Lo que ocurriera a Willy Zinder, ella pensaba que había sido por su culpa.

Me acerqué y cogí a Gail por un brazo.

—Por favor, venga —dije—. Usted no puede hacer nada.

Separó su brazo de mi mano y se levantó de la silla.

—Willy debió entender mal —dijo. De repente sus hombros se inclinaron—. Sí, Bill Drake, iré. Tiene razón. No hay nada que yo pueda hacer.

Sus ojos parecían asustados pero su voz era firme. Ella no lloraba como una mujer histérica. Creía sinceramente, en aquel momento, que si había algo que se hubiera podido hacer, ella lo hubiera llevado a cabo tan bien como todos los que estaban presentes en la habitación, incluyendo al doctor Spartan.

Me dejó cogerla por el brazo de nuevo y la conduje hacia la puerta hasta llegar a la renovada atmósfera del exterior.

—Le dije que conectara el control automático precisamente en cero —dijo—. Esas fueron mis palabras: ¡Precisamente en cero! Debió comprender mal. Debió pensar que yo me refería precisamente en cero en ese momento. Perdió la noción del tiempo.

—No piense en eso —dije—. No fue culpa suya.

—Fue culpa mía. Cuando alguien está en tensión, su estado de ánimo es muy excitable. Debí escoger mis palabras más cuidadosamente, de modo que él no hubiera podido interpretarlas mal...

—Si Willy fue capaz de sufrir semejante confusión, es mejor que lo hayamos sabido ahora. En el espacio, una equivocación semejante puede ser la causa de que se pierdan muchas vidas.

—Willy se estará muriendo —dijo ella—. Incluso si no lo está, el proyecto de Marte habrá de ser olvidado por algún tiempo.

—Quizás —dije—. O quizás no. El doctor Spartan es partidario de que la tripulación conste de seis hombres, pero yo no le sigo. Es mejor llegar con menos gente, que no hacerlo cuando hayan llegado hasta los gatos.

—Pero yo le he oído decir una docena de veces que tendrían que ser seis hombres —dijo ella—. El doctor Spartan no suele cambiar de parecer una vez ha concebido las ideas.

Ciertamente, aquello era verdad, pero el doctor Spartan era lo suficientemente inteligente como para no insistir en lo imposible. Seis hombres podían manejar la nave de plasma de manera eficiente: dos estarían de guardia, dos podían descansar, dos podían ocuparse de las necesidades de los otros... preparar las comidas, hacer la limpieza y accionar en el agua y en la máquina regeneradora así como seguir el curso normal de las cosas. Mas el sistema podía ser llevado a cabo por cinco, cuatro, tres... incluso por dos o uno. Mientras menor fuera el número, mayor sería el riesgo, pero lo importante, era llevar a cabo una misión importante. El riesgo nunca lo echaría para atrás en su proyecto de llegar a Marte por primera vez.

Llegamos al lugar donde el gran cohete Júpiter había sido lanzado llevando al espacio a Willy Zinder veinticuatro horas antes. Gail se quedó fija mirando impresionada y sollozando suavemente, después se volvió dirigiéndose de nuevo al edificio.

—Yo puedo ocupar el lugar de Willy si él está... si él está lastimado —dijo bajo. Probablemente había estado pensando esto mientras estábamos en la pista de aterrizaje.

Traté de sonreírle.

—Eso traería consigo algunas complicaciones.

—¿Por qué? Yo estoy tan capacitada como usted, Bill Drake, hice un vuelo de prueba en la nave de plasma con el doctor Spartan y mister Ludson. He aprobado todos los tests que usted y los demás han pasado y he volado hasta la luna.

—Usted ya ha sido asignada a un proyecto —le dije esperando terminar la conversación.

—Eso puede esperar —insistió—. Además, hay otros que podrían ser preparados para mi puesto porque hay tiempo para hacerlo considerando que la operación Jehad comienza su fase final dentro de cinco días.

—Yo no estaba desvalorizando sus cualidades —dije—. Lo que quería decir es que... usted es una mujer.

—¡Buen Dios! ¿Cree que el doctor Spartan no estaría contento conmigo sólo porque se trata de una mujer?

—Al doctor Spartan no le importaría así se tratara de un mono. Pero mucha gente se preguntaría qué estaba haciendo una mujer bonita sola en el espacio con cinco hombres.

—¡No, realmente! Se refiere a que ellos pensarían que mi honor y mi virtud estarían... perdidos. —Por un instante pareció brillar en su cara el resplandor de una sonrisa.

—Exactamente —dije—. Este mundo tiene una idea original de la propiedad... especialmente en los viejos E.U.A. con sus puritanas tradiciones. Mucha gente no comprendería que una mujer estuviera dos años y medio sola con cinco hombres en el espacio y que volviera casta y pura.

Ella se rió y yo me uní a sus risas.

—Ridículo.

—Sí, pero eso es lo que pensarían —insistí.

—¿Cree usted que me importa un pepino lo que la gente pueda pensar? —preguntó—. ¿Y qué tiene que ver el decoro con un viaje a Marte?

—Nada en absoluto, pero hay burócratas y políticos que podían echar abajo el proyecto Jehad en favor de la moral terrestre. Esos hipócritas no le darían crédito por tratarse de una virtuosa mujer joven ni tampoco se fiarían de nosotros mismos. Sin duda nos Juzgarían por su conducta pasada.

—No hubo ninguna objeción cuando yo hice un vuelo de prueba con dos hombres.

—Usted no iba a pasar la noche fuera. Al menos no era de noche en el lado puritano de la tierra —le expliqué—. Esta gente cree que todos

los pecados ocurren de noche. Además usted estuvo en comunicación con la tierra durante todo el tiempo. La radio hizo de carabina.

—¡Dios mío —dijo ella—. ¿No podemos convencer a la gente que da igual que el mundo piense que yo soy una mujer caída? Llevar a cabo el proyecto es más importante que mi reputación, mi moral e incluso mi vida. Me voy a ofrecer para ocupar el puesto de Willy.

—Buena suerte —dije, aunque estaba casi seguro que no habría de tenerla en absoluto.

Axel Ludson nos estaba esperando fuera para darnos la mala noticia.

A pesar de que los técnicos habían estado alerta y hecho todo lo posible por llegar al lugar donde caería la cápsula, esto había ocurrido demasiado lejos para llegar a tiempo. Los helicópteros habían sido enviados inmediatamente, pero habían llegado con el tiempo justo de ver la cápsula hundirse en el océano a una milla y media de distancia.

—¡Qué cosa más terrible! —exclamó Gail.

—No estamos seguros de que hubiera podido sobrevivir al choque —dijo Axel—. El examen médico observó que se había roto el cuello y que se estaba muriendo mientras su cápsula flotaba en el mar.

Gail se estremeció.

—Fue por mi culpa.

—No debía decir eso, miss Loring —dijo Axel—. Del único modo que se hubiera podido considerar culpa suya hubiera sido si usted hubiese accionado el control automático. ¿Lo hizo? ¿Lo hizo al menos por accidente?

—No. No, desde luego que no —dijo ella—. Tenía las manos en la falda. Había estado hablando por el micrófono un momento antes. No había ninguna razón por la que accionar yo misma el control de la cápsula.

Axel movió la cabeza.

—Yo la estaba observando —dijo—. Eso es lo que yo puedo decir. Hay dos formas en que pudo ocurrir el accidente. O Willy conectó el automático o hubo un mal funcionamiento que lo puso en acción solo.

Ninguna de estas dos teorías parecía venir bien. En primer lugar, Willy había sido informado de lo que tenía que hacer antes de la reentrada. Una de las primeras cosas —algo que incluso un novato hubiera sabido— consistía en ponerse los correajes. Después, Willy iba provisto de instrumentos incluyendo un cronómetro enfrente de él, y debió saber que tenía que pasar noventa minutos más en el espacio.

Alguna falta en el mecanismo, hubiera sido la causa del accidente, pero todo había sido probado, examinado y vuelto a examinar. El mismo doctor Spartan había revisado todo.

—El doctor Spartan quiere hablarle, miss Loring —dijo Axel—. Habrá averiguaciones, pero él quiere oír su historia tal como usted la ve.

Gail se mordió los labios.

—Me gustaría acabar esto ahora —dijo—. Gracias por decirme... todo.

Se volvió hacia mi.

—Y gracias a usted Bill. Me siento mucho mejor después de haber hablado con usted.

Permanecía fuera de las oficinas mientras Axel la acompañaba al interior.

Más tarde me reuní con todos los que habían formado parte oficial de la prueba. El doctor Spartan anunció que la fecha de la expedición a Marte se decidiría en los días sucesivos y si se decidía llevar a cabo el proyecto con una tripulación menor de la pensada anteriormente.

No me sorprendió por lo tanto ser llamado a su oficina a la mañana siguiente. El doctor Joel estaba allí así como Morrie Grover y Axel. Nos sentamos en unas sillas de tieso espaldar frente de su escritorio para esperar. Unos cinco minutos más tarde entró en la habitación el doctor Spartan acompañado de Gail.

Lo primero que se me ocurrió pensar fue que él haría más extensa la investigación acerca del accidente y entonces recordé la decisión de Gail de tomar parte en la expedición a Marte en el puesto de Willy. Spartan estaba tan dedicado como Gail y la idea de un vuelo con riesgos no le asustaría. Pero existían fuerzas más poderosas que las del doctor Spartan que obstaculizarían el proyecto y la presión de la gente se hacía muy fuerte.

Le saludamos seriamente. Nadie se había atrevido jamás a ser informal en la oficina del doctor Spartan. De hecho sólo recordaba que Axel trataba de bromear algunas veces. Pero Axel era un caso excepcional. Incluso el doctor Spartan admitía secretamente que Axel era el astronauta de más confianza de todo el proyecto.

—Gracias por ser puntuales, caballeros —dijo el doctor Spartan sentándose detrás de su escritorio. De nuevo pareció la maldad misma, como ayer cuando la cápsula de Willy perdió el control—. Como todos saben la fecha de la operación de Marte es incierta debido al infortunado accidente de ayer. Mas hay una oportunidad de seguir adelante si uno o dos obstáculos son solventados.

Hizo una pausa y recorrió con sus fríos ojos negros nuestro grupo deteniéndose finalmente en Gail Loring, que estaba sentada de cara a nosotros en una silla situada a uno de los lados del escritorio del Dr. Spartan. Sonrió mostrando sus preciosos hoyuelos.

—Miss Loring desea ocupar el puesto vacante en nuestra tripulación —dijo Spartan con calma.

Ninguno habló. Todos miramos a Gail, cada hombre pensando qué maravilloso viaje sería llevándola a bordo. Y cada hombre pensó que una mujer a bordo traería complicaciones.

—Ella es una buena astronauta —siguió Spartan—. No serán necesarios más tests para probar que ella puede ocupar el puesto vacante en nuestra tripulación, llevando todo a cabo tan bien como el mejor durante el largo y tedioso viaje del espacio. Sin embargo se trata de una mujer.

—Creo que todos podemos apreciar eso —dijo el doctor Joel tratando de hacer una gracia. Ninguno sino el mismo Joel rió. La mirada dura de Spartan le dejó cortado.

—No estaba muy seguro de que pudieras, Warner —dijo Spartan con sarcasmo—. Pero su objeción lleva el caso al centro del foco. Una mujer,

especialmente una mujer atractiva... —Spartan miró a Gail y sonrió de la mejor manera que le fue posible— ...bien, las cosas se complican.

De nuevo permanecimos en silencio. Joel decidió callar lo que quiera que fuera a comentar al ver la mirada que le dirigió de nuevo Spartan.

—Una mujer sola con un grupo de hombres, puede traer líos y factores emocionales a las situaciones, lo cual no ocurriría si toda la tripulación estuviera formada por hombres. Además, hay algo por lo que hay que preocuparse. Muchos individuos puritanos, de los cuales hay muchos en el mundo, nos acusarían de organizar asuntos licenciosos en el espacio, amor libre, incluso indecencias.

—Eso sería una mentira —dijo Gail—. No tengo nada que temer de ustedes en ese particular.

—No, aquí, y ahora, quizás —replicó Spartan—, pero dos años y medio en el espacio pueden acumular afectos. Ninguno de nosotros somos lo que se llama un viejo, querida. Además, haremos historia y tenemos que aparecer ser, así como ser en realidad dignos de la mejor reputación.

—Oh, vamos —dijo Gail molesta por el curso de la conversación—. La historia nunca ha sido tan pura...

Spartan miró con el ceño fruncido. Estaba molesto por su remarcado acento.

—Ya lo sé, miss Loring —replicó—. Pero el hecho de que nosotros estaremos haciendo historia llamará la atención a los burócratas y a los políticos, los cuales tienen poder para chafar el proyecto por temor a la gente. Ellos lo que necesitan son votos, más que descubrimientos científicos. Todos saben que nuestro proyecto requiere a seis hombres en la tripulación. Menos de seis originaría una revisión de planes, vuelta a distribuir las ocupaciones y a ocuparse de un montón de menudencias. Con el objeto de justificar la donación de billones de dólares tenemos que mostrar los resultados.

—La primera vez que oigo que un contribuyente se considera en una operación del espacio —dijo Joel de nuevo tratando de hacer gracia.

—Pero es importante, sin embargo —dijo Axel moviendo su cabeza por primera vez para mirarme a mí y después a Morrie Grover, quien se había sentado mirando a Gail como si ésta lo hubiera hipnotizado.

—¿Alguien tiene una idea? —preguntó Spartan con frialdad. Trataba de seguir la discusión por el mismo sendero y a este respecto se podía decir que él tenía sus propios planes.

—Es su función —dije yo— ¿Cuál es su idea?

A Spartan no le gustaba que nadie leyera sus pensamientos y me obsequió con una de sus heladas miradas.

—En interés de la ciencia, —dijo—, propongo que miss Loring se case.

Lo esperaba todo menos esto y me quedé con la boca abierta.

—¿En interés de la ciencia? ¡Buen Dios! —dijo Morrie Grover.

Gail se había levantado de su asiento y después se había vuelto a sentar.

—¡Doctor! —exclamó—. En primer lugar, ¿por qué no discutió eso conmigo antes? Esto era lo último que hubiera esperado...

—Esto, como dije, es una proposición hecha únicamente en favor de nuestra misión —dijo Spartan.

—Bien, yo me molesto por ello —dijo ella. Me pareció adivinar que ella estaba realmente molesta y mostraba el verdadero sentimiento de una mujer ante una proposición tan fría y tan desprovista de sentimientos.

—No debería ser así —dijo Spartan—. No hay nada que objetar a esta idea. Tengo mucho que ofrecerle a usted o otra mujer cualquiera que sea. Tengo buena salud, una considerable lista de éxitos y soy famoso y lo seré más al final de este viaje. Y, ciertamente, no soy repulsivo.

Su barbilla estaba levantada al tiempo que daba su reseña personal. Estoy seguro de que posaba intencionadamente; su comportamiento era inconsciente pero en todo momento sorprendente.

Gail apretó fuertemente los labios. Por un momento tuve un miedo terrible a que ella se riera. Después sentí aún más miedo al solo pensamiento de que ella aceptara su proposición. Sería un verdadero desperdicio de una mujer tan maravillosa y atractiva.

—Actualmente, doctor —dijo ella después de deliberar un poco—, esta sugiriendo que yo me posponga en favor de la ciencia. Si alguna vez decido hacer eso ha de ser con mis propias condiciones.

Spartan pareció titubear mentalmente, como si ella hubiera pisado un terreno vedado en su subconsciente.

—Pero miss Loring —dijo—, si se casara conmigo, se acabarían todas las objeciones que pudieran surgir ante la idea de que una mujer fuera sola a Marte con cinco hombres. El gran inconveniente se haría de lo más respetable. Los puritanos no tendrían nada que objetar ante el viaje espacial y los hombres de Washington no tendrían que temer la pérdida de votos.

—¿No podríamos hacer el viaje con una tripulación de cinco hombres? —pregunté.

Spartan me miró como si yo hubiera sugerido organizar ana reunión con los comunistas.

—Ya he dicho que quiero obtener los máximos resultados de nuestro viaje —dijo—. No me quedaré satisfecho con menos. —Se volvió a los otros para ampliar su convicción—. Debe haber una tripulación bien completa y miss Loring es la única astronauta que reúne las condiciones necesarias. Y de la única forma que ella puede venir con nosotros es como mujer casada. —Ahora se volvió a miss Loring—. Ciertamente, usted no rehusará, ¿verdad? —preguntó.

—Entiendo perfectamente el problema doctor Spartan —le dijo Gail—. Pero no considero el matrimonio como una simple aceptación. Si debemos contentar el convencionalismo, podemos tener una ceremonia; todo, absolutamente todo lo que sigue a una ceremonia normal de matrimonio quedará a mi propia elección.

—No estoy seguro de comprenderle —dijo Spartan.

—Quiero decir que será un casamiento de nombre sólo. Nunca jamás compartiré las habitaciones con mi esposo. He estado a bordo de la nave de plasma. Hay habitaciones para seis hombres, provisiones y equipos para dos años y medio. En cada extremo hay cabinas de

observación usadas para el paralaje de la astronáutica. Usaré una de ellas como cabina personal, el resto de ustedes podrá estar en la cabina principal de la nave. Aún hay más, el matrimonio acabará cuando volvamos a la Tierra, un callado divorcio, posiblemente una anulación de matrimonio. ¿Tiene algo que objetar contra el divorcio, doctor Spartan?

—No —dijo Spartan como sintiéndose enfermo.

—¿Alguien tiene algo que objetar por religión u otros motivos?

Ella hizo una pausa esperando la respuesta. Finalmente Axel habló.

—No tengo nada que objetar contra el divorcio —dijo—. Sin embargo, tampoco creo en esta clase de matrimonio.

—¿Qué opina usted Bill Drake?

—Todo sea por la ciencia —dije. Mas en el interior de mi corazón, tenía clavada la idea de que si alguna vez era tan afortunado de estar casado con Gail, movería cielo y tierra y todos los planetas por en medio con tal de hacer duradera esta unión.

—¿Y usted, doctor Joel?

Joel tragó aclarándose la garganta.

—Me casarla con usted por encima de cualquier condición, miss Loring.

—¿Morrie Grover?

—No tengo nada que objetar. —La miro con ansiedad.

—¿Debo entender que intenta escoger a uno de los otros? —preguntó el doctor Spartan—. Ya le he pedido que sea mi novia. Supongo que sus condiciones son razonables. Las aceptaré.

—Es muy generoso por su parte, doctor —dijo Gail—. Y la razón por la que le rehúso es para no hacer de usted motivo de crítica como un hombre que ama solo de nombre. Es simplemente que como jefe de la expedición, debe dejar sentir su control disciplinado sobre todos los componentes de la tripulación. Como su mujer, tendría derecho a ciertos privilegios, incluso aunque yo no creo en el favoritismo —especialmente en el espacio— donde la línea que separa la vida de la muerte es tan fina como un hilo. No le conviene a usted para el buen término de esta expedición llevar consigo a su mujer. Sin embargo tengo proposiciones de matrimonio de Bill Drake, el doctor Joel y Morrie Grover. ¿Tengo razón? En ustedes está el rechazarme.

—Yo no lo haré —dijo Morrie con ansiedad.

—Yo tampoco —dije rápidamente.

Joel se aclaró la garganta.

—Ya dije que la aceptaría por encima de lo que fuera.

—Es un honor para mí, caballeros. —Gail sonrió dejando ver sus hoyuelos. Decidí que bajo diferentes circunstancias le hubiera podido hacer la misma proposición olvidando por completo todo convencionalismo. Pero esto parecía ser un juego de política.

—¿Cuál? —preguntó Morrie.

—Usted no —dijo ella—. Usted es más joven que yo. Y tampoco el doctor Joel; es por lo menos diez años mayor que yo. —Hizo una pausa, me miró fijamente y después continuó.

—Como este matrimonio es solamente de conveniencia —una boda de propaganda para contentar a los puritanos— debemos ser convincentes ante todo. Bill Drake es el niño bonito de millones de secretarias y dependientas que ven sus fotos en los periódicos y en televisión. ¿Creería este público en un matrimonio entre nosotros dos? Creo que sí. Porque nadie podría imaginar que yo fuera capaz de resistirme a un tesoro semejante.

Hizo una pausa esperando los comentarios. No hubo ninguno. Cinco astronautas, incluyendo al doctor Spartan esperaban sentados tensos su inevitable decisión.

—Créanme —continuó Gail—, puedo resistir a este guapo y joven astronauta muy bien. Él es algo consciente, ya saben, y está sobre aviso de que es la respuesta ideal a la oración de una mujer soltera. Pero millones de mujeres ansiosas de tener un hombre no comprenderían esto. Yo no estoy palpitando por Bill Drake y es por esto por lo que él constituye la elección lógica. Será como un partido de amor y, ¿quién notará la diferencia?

Una vez más se detuvo y se volvió a mí.

—Olvide los insultos, Bill. ¿Querrá casarse conmigo? ¿Me rechaza?

Era la primera vez que me llamaba Bill sin añadir el segundo nombre. Permanecí sentado un momento algo sorprendido por el curso que habían seguido los acontecimientos. ¿Debía cogerla en mis brazos y besarla tiernamente, con pasión? Era cosa dura. Aún resonaban en mis oídos las palabras de que yo era un hombre consciente de ser la respuesta ideal a la oración de una mujer soltera y también el niño bonito deseado por las mujeres. Considerando su actitud, ¿debería rechazarla? ¿O debía consentir fríamente en dejarle usar mi apellido en favor de la ciencia? Mi subconsciente me decía que ella se interesaría un poco secretamente al final de la operación Jehad. Empecé a sentirme feliz ante las circunstancias.

La voz del doctor Spartan interrumpió mis pensamientos.

—No parece actuar con mucho entusiasmo, Drake.

—Estaba pensando en las condiciones —dije.

—No pondré ningún pleito si es que decide rechazarme —dijo Gail.

Esto me decidió.

—¿Cuándo es la boda? —pregunté.

Al tiempo que yo hablaba, Joel y Morrie me miraban con elocuente descontento. Ellos habían estado esperando secretamente que algo ocurriera para que la balanza se inclinara a su favor. Incluso ahora, noté que Morrie aún tenía esperanzas. Volvió sus ojos hacia Gail. Prácticamente se le podía ver que se recreaba en la idea de que el matrimonio iba a ser sólo de nombre lo cual implicaba que aún tenía alguna oportunidad de ser favorecido por Gail.

—Inmediatamente antes del lanzamiento —dijo Gail.

—Mmmm —dijo el doctor Spartan—. Eso lo arregla todo, supongo.

No le gustaba aquello pero no podía volverse atrás ahora.

Volvió sus ojos hacia mi. Estaban llenos de aversión.

CAPÍTULO III

Algunas personas sin escrúpulos y con cierta relación de la operación Jehad, quedaron informadas de los próximos desposorios de Gail Loring y en el plazo de cuatro días antes del lanzamiento todo el mundo quedó informado de la más romántica historia desde la ocurrida a Romeo y Julieta, pero todo era una soberana mentira.

Solamente el matrimonio era un hecho cierto. Pero el mundo entero fue informado de que William Drake y Gail Loring se habían enamorado perdidamente uno de otro algunos meses atrás. Ambos habían decidido secretamente casarse antes de que la operación Jehad se llevará a cabo. Drake, un hombre valiente y Gail, una mujer sacrificada, habían decidido posponer sus propios deseos en nombre de la ciencia; la cruel y trágica muerte de Willy Zinder había dejado un puesto vacante en la tripulación del Jehad y Gail y Bill acordaron casarse inmediatamente para que ambos pudieran hacer seguir adelante el gran viaje hacia lo desconocido. El hecho de que el viaje iba a servir inadvertidamente de viaje de luna de miel daba un tono muy romántico a todo el proyecto.

Oficiales del espacio en Washington, bien informados de las razones de la boda, y puestos en conocimiento por el doctor Spartan, no solamente estuvieron contentos de que el mundo aceptara esta mentira, sino que anunciaron que la ceremonia formaría parte de los preparativos antes del gran Saturn que nos llevaría a todos a la nave de plasma que ya estaba en órbita alrededor de la Tierra.

El novio, la novia y todos los asistentes a la ceremonia de la boda, a excepción de un juez que llevaría a cabo la misma, llevarían trajes de astronautas. La única cosa caritativa que hicieron los oficiales fue olvidar las preguntas tanto al novio como a la novia. No había tiempo, se limitaron a decir. Actualmente no se fiaban de que escondiéramos la verdad detrás de la ceremonia. El partido publicitario del proyecto, sin embargo, hizo su propaganda con conversaciones supuestas, ficticias historias de amor y fotos.

El día antes del lanzamiento, recibí más sacas de correos llenas de cartas de las muchachas dependientes que Gail había mencionado y un gran baúl de regalos para Gail.

Yo no leí la correspondencia y los regalos se quedaron depositados en un almacén esperando nuestro regreso de Marte. No sé qué cantidad de cartas y cosas llegaron el cuarto día. Estábamos demasiado ocupados para reparar en eso.

Experimenté una enorme sensación de culpabilidad al darme cuenta de la magnitud de nuestro engaño. Me ponía enfermo pensar en todo aquello. Había habido muchos matrimonios de conveniencias, desde luego, incluso algunos habían ido mejor que otros llevados a cabo por amor, pero esto era pura casualidad. El único consuelo era que por medio de esta boda, nuestra tripulación quedaba completa. Aun, así, no podía por menos de pensar que una ceremonia tranquila e íntima hubiera sido suficiente para nuestro propósito. ¿Por qué acompañar un engaño con un espectáculo?

Quedaban doce preciosos minutos para la ceremonia. Nos dirigimos con nuestra indumentaria espacial y nuestros cascos hacia el lugar del lanzamiento, cinco hombres y una mujer astronautas acompañados de un juez federal llamado Lockhart, quien no formaba parte de la conspiración pero que había sido llamado para llevar a cabo la ceremonia por ser amigo de cierto gobernador.

No se usaron anillos, pues hubiera sido imposible ponerlo en la mano de Gail con aquella funda que tenía puesta. Juntamos las manos mientras el juez hablaba por el micrófono llevando las palabras por radio y televisión a los lugares más apartados de nuestro planeta, incluso a los puestos más lejanos de Tierra y la zona Antártica.

Allí cerca estaban los fotógrafos que se encargarían de recordar la mentira a la posteridad.

Una boda de convención se lleva a cabo en un estado de ánimo parecido al shock. Escuchaba todo dándome cuenta de que me hacía daño a mi mismo cada momento que pasaba. Acepté a Gail como mi legítima esposa, a pesar de saber que nunca seríamos marido y mujer. Ella me aceptó como su legítimo esposo a pesar de saber que todo era una mentira.

Finalmente todo terminó. El juez Lockhart dijo:

—Puede besar a la novia.

Esto podía hacerlo sin necesidad de fingir. La tomé en mis brazos y la acerqué hacia mi. Cuando ella volvió su cara para mirarme, pensé por un momento que al menos esto era real. Mas cuando iba a acercar mis labios a los de ella, volvió rápida la cabeza presentándome la mejilla.

El beso resultó ser también un engaño.

Mis cuatro compañeros también la besaron en la mejilla. Después nos metimos en el elevador que nos llevaría hasta la cápsula Saturn.

Dos técnicos subieron con nosotros para ayudarnos a colocar las correas, y asegurarse de que estábamos seguros en nuestros asientos antes del lanzamiento.

Los asientos estaban colocados en forma hexagonal junto a la pared con un pequeño panel justo enfrente del asiento de Spartan.

—Siéntese a mi izquierda, Ludson —dijo Spartan—. Joel, tú hazlo a mi derecha. Creo que podemos dejar que los novios se sientan juntos ya que éste es su viaje de luna de miel.

Morrie Grover sonrió.

—No hay motivo de alegría —dijo Spartan con viveza—. No va a haber nada gracioso en este viaje.

Morrie respiró hondo y se puso colorado. Sentí pena por el muchacho. La risa había sido causada por los nervios. Todos habíamos estado en el espacio, desde luego, pero este viaje se salía un poco de la rutina. El lanzamiento y la reentrada son las fases más peligrosas de los vuelos espaciales, se mire como se mire.

Nos pusimos los cascos y los técnicos los ajustaron. Cada uno tenía un micrófono de modo que podíamos comunicarnos, pero ninguno, ni siquiera Spartan, dijo nada.

—¡Sesenta minutos! —dijo la voz del control.

Sesenta largos minutos para esperar sentados. Me pregunté cómo podría soportar el esfuerzo. Volviendo la cabeza, vi a Gail Loring sentada junto a mí. Miraba fijamente al frente con los labios apretados y la mirada brillante. Debió ver que mi cabeza se movió porque se volvió y me miró.

—Buena serte, señora Drake —dije.

—El nombre es Gail Loring, no lo olvides, Bill Drake —dijo ella.

Mas después de un rato me alegró que ella hubiera dicho aquello. Mis furibundos pensamientos me ayudaron a hacer menos largo el paso del tiempo. Antes de darme cuenta, oí la voz del exterior que decía:

—¡Quince minutos!

Yo soy un poco gentil. Esto no quiere decir que sea ateo ni nada por el estilo. Es simplemente que nunca he aceptado la religión del modo que la mayoría de la gente lo hace. En cierto modo, creo que he perdido algo y envidio a esos que aceptan su fe sin ninguna duda y sin preguntas y amoldan sus vidas de acuerdo con lo que piensan y creen. Por primera vez deseé saber rezar.

Parecía que el eco de las palabras aún resonaba en mi oído cuando escuché de nuevo:

—Cinco minutos, cuatro, tres, dos, sesenta segundos.

Y después llegaron los últimos diez segundos anunciados uno a uno y terminar en:

—¡Cero!

El gran Saturn se elevó al tiempo que el fluido se extendió. Pareció dudar como no queriendo dejar la tierra. Contuve el aliento. Después sentí la presión del asiento sobre mi espalda y supe que estábamos en camino.

Cada segundo que pasaba aumentaba la velocidad y la presión se hacía mayor.

Sentí como Morrie hacía ruidos raros pero parecía que se encontraba bien. Estaba simplemente expresando su estado de tensión. Por el rabillo del ojo vi a Gail con la cara vuelta y la barbilla firmemente elevada. Los ojos de Spartan se encontraban fijos en los instrumentos a pesar de que su cara expresaba que se encontraba bajo un gran esfuerzo de tensión. A Axel Ludson parecía irle mejor posiblemente porque su cuerpo era el más fuerte y su sólida contextura podía aguantar mejor el choque. Si doctor Warner Joel parecía el más asustado de todos y sus ojos se fijaban en el doctor Spartan como si éste representara toda la seguridad del universo en ese instante.

Sin embargo la larga espera antes del lanzamiento había parecido increíblemente corta —así como parecería a un criminal condenado a muerte la última hora en su celda fatal— pero el vuelo hasta la nave de plasma llamada por nosotros Jehad parecía interminablemente largo y en realidad quizás iba a ser así. Sentíamos la velocidad aumentar por momentos así que eran salvados las sucesivas etapas del cohete. Después, cuando la última etapa fue pasada, las manos de Spartan se hicieron cargo del control con los ojos fijos en una pequeña pantalla de televisión que tenía frente a sí.

—Directo al lugar previsto —dijo como para sí—. Por lo menos las operaciones han sido llevadas a cabo satisfactoriamente.

Esto era un típico remarque, pues se trataba de una perfección y el doctor Spartan conocía y valoraba o descalificaba la menor falta en todos los demás. Según creía yo, la operación había salido sin falta en absoluto.

Spartan continuó operando en el control. Poco a poco y a medida que el cohete se ajustaba a las órbitas yo empezaba a sentir la presión. Nos estábamos moviendo a lo largo y cerca de la nave de plasma.

Seis años y varios billones de dólares se habían empleado en construir el Jehad, que se trataba del artificio espacial más revolucionario que se había de poner en órbita.

Para ser exactos, el Jehad nunca hubiera podido ser puesto en órbita en una sola vez. Cada parte, y todo el equipo necesitó colocar las diferentes partes juntas y habían puesto en órbita a los cohetes correspondientes. Un grupo de buenos científicos y constructores lo habían agrupado haciendo un trabajo admirable considerando que esto era casi una prueba. Ocho hombres perdieron sus vidas a consecuencia de que se pincharon los equipos espaciales.

El extraño caso del Jehad era que nunca hubiera podido ser lanzado de la tierra con su propio poder. A pesar de que los doce generadores que llevarían al Jehad a Marte producían una cantidad de voltios fantástica, su fuerza no sería suficiente para tumbar a un niño; de hecho, la fuerza de empuje de un solo motor, era parecida al poder desgastado por un palomo volando.

Sin embargo se trataba del más económico y eficiente motor que el hombre pudiera usar para viajar noventa millones de millas hasta Marte, que no se trata de la ruta más corta, pero sí de la más práctica pues se puede tener noción de la Tierra y servirse de la fuerza de gravedad.

El motor de plasma o para mejor decirlo, las viajeras ondas del motor de plasma, fueron descubiertas después de varios años de investigaciones en la NASA, unos laboratorios cerca de Cleveland creados expresamente para estudiar la propulsión espacial. Los primeros leves descubrimientos que llevaron a perfeccionar la máquina se hicieron en 1961. Por ser la máquina muy complicada, desarrollar las primeras ideas fue muy difícil para los técnicos y este hecho recibió muy poca publicidad.

En términos simples, el artificio de plasma, como los cohetes, se basa en la ley de Newton, en la conservación de energía, pues a cada acción corresponde una acción contraria. Aquí acaba la similitud con los cohetes.

En efecto, significa que si se tira una pelota, mientras más fuerza y presión se lleve en la mano, tanta más fuerza llevará la pelota. Si se considera que la masa de la pelota es menor en tierra debido a que su cuerpo está como anclado debido al peso y a la fuerza de gravedad. Mas en el espacio se retrocede en proporción con la masa, justo como se aleja la pelota. Y si uno continúa tirando pelotas se acelerará cada movimiento.

El motor de plasma es un generador eléctrico «esparcido». Eso es, la rueda móvil —la parte que gira— es removida y el motor se abre y actúa. Después es dirigido a un tubo de modo que el fluido camina en todas direcciones a sus lugares normales. Esto hace que el fluido se esparza en forma de ondas en lugar de en forma circular.

En lugar de una rueda móvil, alguna parte del elemento es ionizado —calentado y vaporizado hasta que los electrones y protones de los átomos son separados— y el plasma resultante pasa por el tubo en forma de ondas de polo positivo (protones) y negativos (electrones) con sus correspondientes cargas. Cuando son expelidas hay un buen empuje de energía cinética. En el espacio, cualquier empuje por pequeño que sea, resulta mocional y continuará hasta que otra fuerza sea aplicada para detenerlo. Mas en este caso la única fuerza que se le aplica es la de sucesivos empujes que aumenta la aceleración.

La ventaja capital del motor de plasma consiste en que puede dar muy buenos resultados con el uso de muy poco fluido. Incluso los primeros cálculos que se han hecho de la cantidad de fluido que es necesaria para acelerar y aminorar la velocidad de la nave dan como resultado que se trata de muy poco comparado con la velocidad de empuje que ésta puede adquirir en el espacio. Cien libras de este fluido serían suficientes para llevar a Marte ciento cincuenta naves. Se puede comparar esto con las mil libras de esfuerzo necesarias para hacer presión sobre el cohete y elevarlo sobre la superficie de la tierra.

El fluido empleado en el Jehad era litio, como tercer elemento, ya se había usado en los primeros experimentos de la máquina de plasma, pero desde entonces se consideró que había que calentarlo a 2.500 grados con el objeto de vaporizarlo, y se empezó a probar el argón que es un gas, digámoslo para empezar. Sin embargo se había decidido usar litio por dos razones: primero, el calor para vaporizarlo se podía obtener por medio de frecuencia calurosa de baterías solares; segundo, el litio es más luminoso que el argón. Estas dos causas constituían dos grandes ventajas.

En teoría, el Jehad podía viajar en cinco novenas partes de la velocidad de la luz o alrededor de cien mil millas por segundo. Sin embargo, el Jehad aún no había alcanzado su máxima velocidad pues conseguirlo hubiera supuesto varios meses. En la duodécima hora de vuelo de prueba, Spartan, Ludson y Gail Loring anunciaron que el comportamiento del aparato iba de acuerdo con los resultados que eran de esperar, y había razón para creer aquello, pues en la práctica no habría de acortar la velocidad teórica.

A pesar de todo, la velocidad no era lo más importante, pues la mayor parte del tiempo de la trayectoria se pasaría esperando que la Tierra y Marte estuvieran en la posición adecuada. Era necesario solamente estar muy cerca antes de llegar a Marte.

Yo había sido entrenado en la operación de la nave de plasma y para mi todo significaba el cenit del gobierno espacial. Por eso el viaje hasta el Jehad parecía tan largo. No me parecía estar muy seguro en la cápsula Saturn y sin embargo veía toda clase de seguridad en el Jehad.

Ahora que estábamos en órbita alrededor del poderoso artefacto de plasma, éramos menos pesados. Spartan, Joel y Ludson podían ver el artefacto en la pequeña pantalla de televisión junto al panel de control. Desde donde estaba yo sentado no podía verla, pero su apariencia me era familiar. Era algo así como una alargada salchicha con un pequeño pulsador de cristal en cada extremo. Tenía ciento ochenta y cinco metros de largo desde el centro de la cabina —un observatorio astronáutico— hasta el centro de la parte posterior. Esta línea base había sido delimitada para computar medidas distanciales por paralaje durante el vuelo a Marte.

La sección central estaba fraccionada para contener motores, controles y cabinas de comunicación, así como alacenas y departamentos para que viviera la tripulación. Había una buena diferencia, que consistía en que todo el piso se podía usar como suelo. Pequeños dispositivos en los lados harían efectiva una gravedad artificial que nos permitiría andar por el suelo en lugar de estar suspendidos en nuestro viaje casi sin peso personal. Esta presión sería igual en las paredes de manera que nos sería posible estar suspendidos de lo que en la Tierra se llama «techo» e incluso andar por las paredes sin temor a caer. No importaba dónde estuviéramos, la gravedad siempre cuidaría de nosotros.

—Nos encontramos a menos de cincuenta yardas del Jehad —anunció el doctor Spartan—. Esto es todo lo más cerca que yo me atrevo a estar. Drake, usted llevará una línea hasta el Jehad; hágalo deprisa por medio de las paredes de la puerta de cierre. Nosotros le seguiremos.

—Sí, señor —dije.

Me desaté los correajes teniendo máximo cuidado en todos los movimientos que hacía. Pesaba muy poco y el menor descuido podía lanzarme lejos en una escueta demostración de la ley de Newton de conservación de energía.

Asiéndome a la barandilla me dirigí a la compuerta. A un lado había seis tanques de aluminio llenos de oxígeno. Me puse las correas por encima de los hombros, las bajé trayendo el tubo flexible alrededor del pecho y ajustándolo. Después, desconecté el largo tubo que me proporcionaba oxígeno a través del casco desde el Saturn y abrí la compuerta. Un ligero empujón dado con los dedos gordos en la barra de sujeción me hizo caer en el aire libre.

Un hilo delgado de cobre estaba unido a la portezuela por la parte exterior. Lo deslicé por un anillo de mi traje espacial y me escurrí alrededor de unos doce pies, dejando un cabo libre, de dos veces mi tamaño.

Al abrir la compuerta, un poco de aire de los departamentos se escapó llevándome al espacio abierto. Por primera vez observé todo el universo sin obstáculos de atmósfera ni nubes.

A mis pies estaba la Tierra, que aparecía como un resplandor plateado y azul. A la izquierda estaba la media luna destacándose en el oscuro horizonte. Sus cráteres se veían perfectamente. Arriba estaba el sol demasiado sorprendente para poder mirarlo y a todo alrededor brillaban las estrellas y los planetas a pesar de que no podía

identificarlos todos. No tenía tiempo de fijarme detenidamente en ellos, mucho más me hubiera gustado ver Marte, nuestro destino.

Me dirigía hacia el alargado Jehad, pero mi trayectoria quizás me hubiera hecho sobrepasarlo e inmediatamente tuve que ajustarla convenientemente. Para hacer esto usé un seguro que llevaba en el cinturón de mi traje espacial, que soltaba un pequeño fluido de oxígeno del tanque que llevaba a la espalda. Me contorsioné un poco para que mi cuerpo siguiera la dirección correcta.

Un pequeño empuje era todo lo que necesitaba y ahora tenía que accionar rápidamente y al mismo tiempo lanzar el cable de cobre para que alcanzara el Jehad antes que yo. Esto era muy importante porque el potencial eléctrico del Jehad debía estar ajustado a la cápsula del Saturn para evitar ser golpeado por la energía eléctrica al llegar a los lados del aparato. Aparentemente no había mucha diferencia porque yo no podía ver muchos brillos en el oscuro cielo.

Mis pies rozaron suavemente las paredes del Jehad, y el poder magnético de mis botas me hizo estar firme en seguida.

Andando blandamente, pues de haberlo hecho con brusquedad, mi poco peso me hubiera hecho caer al espacio abierto, teniendo entonces que intentar volver al cohete, me aproximé a los departamentos. Abrí la puerta e inmediatamente hice que mi cable de cobre se enganchara en ondeante en un ojo al momento preciso de abrir.

—¡Todo va bien, doctor Spartan! —anuncié por el micrófono adjuntado a las correas—. La línea, se ha hecho de prisa. Permaneceré aquí para ayudarles a venir a bordo.

—¡Ya vamos! —resonó en mis oídos la voz de Spartan.

Llegaron uno a uno, mano sobre mano con anillas de seguridad unidas a la banda de cobre. Primero Morrie, después Gail, después Axel, Joel y el doctor Spartan haciendo su papel de capitán de navío y como tal abandonando éste el último.

Los ayudé a entrar en los departamentos. Había habido un poco de peligro debido a los meteoros, desde luego, pero los expertos calculaban que la posibilidad de que apareciera un meteoro lo suficientemente grande como para penetrar un atavío espacial derribando a un individuo era muy remota. Posiblemente ocurría una vez cada doscientos cuarenta y un años. Por lo tanto esto era fácil de pasar. Los diecinueve hombres que habían tomado parte en la construcción del Jehad habían estado en contacto con el espacio durante seis años, un total de ciento catorce anos para un hombre normal.

Aún no habíamos encontrado la casualidad de un meteoro.

Ninguno de nuestros compañeros parecía asustado. Todos se sentían contentos de encontrarse a bordo del Jehad.

Así que Spartan entró en los departamentos, desató la banda que nos unía al Saturn. Después cerró la puerta. Hizo girar una válvula llenando el ambiente de aire y después de unos segundos abrió las cabinas interiores y todos penetramos en la cabina de nuestro propio planeta.

CAPÍTULO IV

Aquellos cinco días a bordo del Jehad se podían llamar de luna de miel aunque la definición exacta de estas palabras no estuvieran del todo de acuerdo con el señor y la señora Drake. No solamente me había prometido yo hacer del matrimonio una pura farsa, sino que Gail a través de su conducta y formalidad me dio a entender claramente que no tenía que esperar poderme portar nunca como un marido recién estrenado.

Sin embargo fue un período feliz para todos, e incluyo al Dr. Spartan, a pesar de que nunca más se debía de hablar de él como de un camarada simpático del resto de la tripulación.

Tan pronto como nos desprendimos por completo de la cápsula y llenamos el artificio de plasma con aire, obtuvimos gravedad artificial por medio de varias operaciones accionando cohetes auxiliares que hacían girar la nave pausadamente. La fuerza de gravedad existía solo en un diez por ciento, pero esto era suficiente para enviar que estuviéramos flotando por toda la cabina. Nos despojamos de nuestros trajes espaciales y nos reímos espontáneamente de nuestras indumentarias cortas, camisas y sandalias que tenían fuerza magnética en las suelas para asistir a la gravedad artificial y mantenernos en el suelo.

Axel mandó nuestro mensaje a la Tierra diciendo que habíamos llegado bien y el doctor Spartan y Warner Joel se ocuparon de poner en acción los motores de plasma. Había cuatro grupos de tres motores cada uno rodeando la nave. Aunque teníamos doce máquinas, decidimos usar sólo ocho por el momento. Cuatro quedaban de repuesto para cualquier emergencia o cosa inesperada que surgiera.

No había ningún hueco al exterior excepto en la cabina de control, pero incluso éste estaba prácticamente cubierto por un reactor nuclear a modo de protección que estaba muy bien colocado en aquella parte de la nave. Sin embargo había algunas cámaras de visión —delante y detrás del aparato— de modo que siempre pudiéramos ver el cielo a través de las pantallas. Llevábamos cuatro de éstas en la sala de control y cuatro más en la cabina principal que se encontraba en medio de la nave. Había seis secciones diferentes sin contar la de la parte trasera donde se encontraba Gail. El panel de mando estaba enfrente. Junto estaba la cabina privada del doctor Spartan que se encontraba dividida en dos, un lado para dormir y otro para trabajar.

En la cabina principal era donde hacíamos la mayor parte de nuestra vida si es que se puede llamar vida normal a aquello. Justo detrás había una pequeña galería y una despensa donde se guardaban las reservas. Al lado se encontraba el cuarto de aseo y la ducha; la parte de detrás estaba llena de aparatos, el circuito de aire y agua, equipo de limpieza y algunas herramientas de electricidad para reparar el aparato.

No había mucho que ver por fuera una vez que nos encontramos en pleno espacio, pero durante aquellos días en que girábamos alrededor de la Tierra ganando ímpetu por momentos, la vista de nuestro mundo era maravillosa. También se veía una continua procesión multicolor de

las estrellas pasando. El sol aparecía también maravilloso, pues siempre se encontraba visible su gran corona.

Probablemente nos fue bien también en aquellos primeros días porque siempre andábamos ocupados. O quizás se tratara de la natural excitación de sentir todo tan nuevo y diferente. Desde el momento que estuvimos en la nave, todo era un mundo distinto, un planeta independiente sin ninguna relación con la Tierra.

Tuvimos que aprender a andar bajo aquella gravedad especial; teníamos que acostumbrarnos a mirar al techo y ver a uno de nuestros compañeros dormir allí tranquilamente como si estuviera pegado. Incluso el día era distinto. Como éramos cinco hombres, teníamos un día de veinticuatro horas cada uno, con la excepción del doctor Spartan, que pasaba como jefe de la sala de control, cinco horas en aquel lugar. El día terrestre no tenía para nosotros ninguna significado ya que nuestro pequeño planeta giraba una vez cada treinta segundos.

Teníamos un jardín, dos cubetas, una arriba y otra abajo del tubo que llevaba las ondas eléctricas al otro extremo de la nave. Plantamos vegetales híbridos en nuestro jardín, plantas que necesitaban un mínimo de agua y que convertían el dióxido de carbono en oxígeno. Sin embargo el cilindro del aire era suficiente para todos nuestros deseos.

El problema mayor que teníamos era el agua. Debido a su peso y volumen, habíamos llevado la menor cantidad posible y gran parte de ella se usaba para el reactor nuclear. Para todas las demás cosas —beber, preparar las comidas, hacer la limpieza, asearnos y regar nuestro jardín—, había un tanque conteniendo treinta y cinco galones. El agua sobrante, extraída del aire y de los usos de todas las necesidades, era destilada dos veces y luego vuelta a usar.

En un principio, Gail Loring hacía el viaje agradable con su sola agradable presencia. Era bonita y prudente y el hecho de que desprendiera un gran encanto y feminidad en su traje espacial era una responsabilidad para los hombres. No quiere esto decir que nosotros fuéramos un puñado de salvajes. No hay nada malo en mirar e incluso silbar de admiración mentalmente. Estoy seguro que Gail leía nuestros pensamientos y se divertía.

La cara de Axel era bien elocuente a través de su perpetuo gesto. El doctor Joel actuaba como un jefe de ventas en el máximo rendimiento y parecía llegar a adorarla sin que en ello hubiera sentimiento paternal en absoluto. Morrie Grover se desvivía cuando ella estaba delante y quería ayudarla en todo a pesar de que Gail hubiera preferido no tener ayuda. Spartan la miraba pero era imposible descubrir sus pensamientos. Como he dicho, todo era leche y miel en aquellos días.

Mas después, cuando tuvimos en funcionamiento el aparato, el jardín creciendo y nuestros inventarios en perfecto orden, encontramos de repente que no teníamos suficientes cosas que hacer. Las miradas masculinas que habían parecido inocentes en un principio empezaron a cambiar un tanto.

Gail, que me había prestado menos atención que a los otros, aparentemente, porque yo era el que más motivo tenía según la ley de reclamar su interés, me habló de ello un día en la cabina de

herramientas mientras yo me encontraba allí lavando los sucios uniformes.

Había llevado un proyector y un microfilm de un libro de astronáutica y lo estaba leyendo cuando ella se acerco al sitio donde estaban los uniformes sucios.

—¿Necesitas alguna ayuda, Bill Drake? —preguntó en tono amistoso.

Yo levanté la vista y sonreí.

—Me parece que eso es algo bonito de oírlo a una esposa —le dije—. Por desgracia, es mi turno de limpieza, así que no tienes que ayudarme.

—Pero tú no me echarías fuera si yo lo hiciera, ¿verdad? —preguntó.

—Realmente no hay nada que hacer —dije señalando con la cabeza la lavadora que estaba funcionando—. Pero si te quieres unir a una pequeña charla del inmenso universo, yo me sentiré contento con tu compañía. De seguro que te darás cuenta de que es la primera vez que el novio y la novia están juntos desde que se celebró la boda.

Ella frunció el entrecejo.

—No hablemos de eso, Bill Drake —dijo.

—¿Por qué no? ¿Temes que si lo nombramos muy a menudo, nos demos cuenta de pronto de que estamos casados?

Ella movió la cabeza lentamente.

—Algo de eso.

Cerré el proyector. No tenía ningún interés por la astronáutica en aquel momento.

—¿Es por eso por lo que procuras evitarme?

—Yo no trato de evitarle.

—Siempre tienes tiempo de andar alrededor de Morrie —dije.

Ahora ella sonrió.

—¿Estás celoso por causalidad? —preguntó—. Si lo estás, no tienes derecho.

—Yo no estoy celoso; simplemente quiero que me dediques el mismo tiempo —dije—. Creo que tengo el derecho de estar el mayor tiempo posible con mi mujer como está con los otros tontainas.

—Estoy haciendo la limpieza contigo —dijo ella con ironía—. Es la primera vez que hago esto con alguno en esta nave.

—Estoy en deuda contigo, linda señora —dije. Había un tono de sarcasmo en mis palabras pero era menos del que yo quería expresar.

Ella lo notó y me dirigió una mirada llena de vivacidad.

—Quiero hablar contigo acerca de algo, Bill Drake —dijo.

—Seguramente que el lavado no necesitará que le preste atención. Hablemos.

—Habrás notado que ya no somos el alegre y pequeño grupo que éramos cuando llegamos a la nave, ¿no es así?

—Sí, pero eso se debe a que estamos aburridos. Hemos estado dando vueltas en espiral alrededor de la tierra sin dirigirnos aparentemente a ningún sitio.

—Eso no es lo que yo quiero decir —dijo ella—. Nos dirigimos a un lugar. La espiral varía un poco en cada vuelta. Muy pronto —quizás dentro de unas horas—, nos apartaremos de la tierra. Todos nos damos

cuenta de ello. Y cuanto más nos alejemos de la tierra, más se desatarán los lazos que desde ella nos unen.

Arrugué la frente con preocupación.

—No sé dónde quieres ir a parar, Gail.

Ella dirigió la mirada a la puerta que separaba las cabinas; daba al cuarto de aseo y al laboratorio. Se dirigió a ella con el familiar «paso espacial» que todos habíamos aprendido para estar de acuerdo con nuestra fuerza de gravedad artificial. Abrió la puerta, observó el exterior, la cerró y volvió sobre sus pasos.

—Solamente quería asegurarme de que realmente estamos solos —dijo—. Quería hablarle del doctor Spartan. De… la manera que me mira.

—Todos te miramos —dije—. Creía que a la mayoría de las mujeres les gusta que las miren y cuando no es así creen que están perdiendo facultades.

—Eso es cierto cuando se trata de una mirada que dirige un hombre normal —dijo ella—. Pero el monstruo de la barba me hace sentir miedo.

—Relájese —dije—. No se sobrepasará. Ese viejo muchacho no es ningún tonto. El que me preocupa es Morrie. Parece un chiquillo loco. Actúa exactamente igual que ellos.

—¡Morrie! —exclamó—. Bill Drake, estás celoso, eso es lo que ocurre. Él no es más que un niño.

—Eso es lo que dije, un chiquillo loco.

—Yo soy mayor que él dos años.

La lavadora dejó de girar y yo fui a remover las prendas y a meterlas en la secadora.

Ella se dispuso a ayudarme. Había estado sentada en el suelo con las piernas cruzadas como todos hacíamos, porque no teníamos sillas a bordo.

—No te molestes —le dije—. Esto no es un trabajo duro.

Se sentó de nuevo.

—¿Te das cuenta Bill Drake que aquí arriba en el espacio no hay más leyes que las que Spartan quiera imponer?

—Puedo pensar en algunas leyes de Newton sobre lo que él no tiene control alguno.

—No me estoy refiriendo a leyes físicas. Spartan es el hombre más poderoso que ha vivido en la Tierra, es más déspota que César, que los faraones. Es por eso por lo que se porta así con todos. Tiene poder sobre la vida y la muerte de cada uno de nosotros.

Cerré la secadora y dispuse el tiempo.

—Olvídalo, Gail —le dije tirándome a su lado—. Spartan quiere tener poder militar; no sólo de nuestras vidas; todos los acontecimientos de esta expedición son de su responsabilidad. No puede estar de camaradería con sus compañeros.

A mí particularmente no me era muy simpático pero entonces pensé que lo comprendía.

—Nosotros no somos compañeros en el sentido animal de la palabra —dijo ella con la lógica de una mujer y el máximo de metáfora.

—Muy bien. Somos personas. Ahora, ¿qué quieres que yo haga? ¿He de ir a ver a Spartan y decirle; «Escuche, cabra vieja, deje de mirar de modo feo a mi mujer, de nombre solamente»?

—Este asunto no es de risa, Bill Drake. Yo seré tu esposa —de nombre solamente—, pero hubo una razón por la que se celebró la boda. Tú tienes que ocuparte de que a mi nadie me... me... bien, tú eres algo así como mi carabina.

Tragué saliva ruidosamente.

—Déjame que te diga algo —continuó ella—. Durante mi primer turno en la sala de control, poco después de haber empezado nuestro viaje en esta nave, Spartan estuvo conmigo durante casi cinco horas. Me habló como nadie antes lo hubiera hecho, Bill Drake. Me dijo que mudara mi saco de dormir a su departamento y que viviera allí. Pareció querer decir que era mi obligación y que no me estaba portando bien si no lo hacía.

La miré con ansiedad.

—¡Maldito hombre si hizo aquello —No podía creer qué eso hubiera pasado—. Debiste hacer como que no entendías...

—¡Y lo hice en efecto! —dijo—. ¿No eres capaz de creerme?

—Bien, el sujeto no es ningún dios —dije—. Pero no te forzó a cumplir lo que él había sugerido.

—¿Sabe por qué —preguntó ella. Cuando vio que yo no le contesté continuó—: Porque yo le dije que si lo hacia habría de explicar el porqué a toda la tripulación. Él podía hablar de un motín y, luego se escondería la verdad a la vuelta de Marte en el Pentágono o en cualquier otro lugar de conspiración.

Lancé un silbido.

—¿Y él dijo eso?

—No exactamente. Dijo que si lo deseaba, podía «ocuparse» de toda la tripulación. Y si yo repetía a alguno lo que él me había dicho él lo desmentiría y diría que era mentira. Particularmente me avisó de que no te dijera nada a ti. Dijo que se vería forzado a ocuparse de ti.

—Pero tú me lo has dicho —dije.

—Te estoy poniendo sobre aviso, Bill Drake. Vigila a Spartan. No se preocupará de que tú o cualquiera de los que intenten oponerse a sus planes vuelvan sin vida.

No comprendía a Spartan en absoluto. ¿Sería capaz de matar para salirse con la suya? Había sospechado su odio desde el día que se celebró la ceremonia de boda, pues ésta había venido a aumentar el número de los motivos de antipatía que nos profesábamos.

—Él quería casarse contigo —dije—, pero tú cambiaste sus planes. ¿Por qué no dijo nada entonces?

—Porque en la Tierra no podía hacer nada. Y cuando yo me refería a un matrimonio platónico, él pensó que eso entraría en sus planes.

Mi corazón dio un vuelco esperanzado.

—¿No era un amor platónico lo que tú querías? —pregunté suavemente. Traté de cogerle una mano pero ella la separó.

—¡No, Bill! —Era la primera vez desde qué habíamos emprendido el viaje que me había llamado solamente por mi nombre—. Realmente yo

me refería a eso cuando lo sugerí. Conocía a Spartan. Había volado con él en algunas ocasiones. Esto es diferente. Yo quería que tú me protegieras... pero no como mi marido.

Mi corazón quedó desilusionado. Me dirigí a la secadora.

—Había un gran tren de lavado hoy.

—Puedes decir eso de nuevo —replicó ella.

La voz de Spartan resonó a través del altavoz cuando yo me decidí a sacar la ropa de la secadora.

—Atención, por favor. Hace justamente quince segundos, el Jehad alcanzó la velocidad de escape entre la distancia de la Tierra. Estamos separados de los efectos de gravedad de la Tierra. Mr. Ludson y yo estamos ahora haciendo las correcciones necesarias para ponernos en la órbita correcta para llegar a Marte.

Gail me miró y yo también me la quedé mirando fijamente. Habíamos sobrepasado la línea de la que ya no podríamos volver.

CAPÍTULO V

Después de aquella charla con Gail, se me ocurrió por primera vez la idea de un amotinamiento. Pero yo había sido educado respetando la autoridad porque todas las personas que habían ejercido ésta sobre mí habían sido lo suficientemente conscientes como para llevarse en todas sus cosas juiciosamente, no haciendo cambiar mi norma de conducta. Incluso Spartan parecía portarse de modo adecuado, cuando decidió hacer este viaje, a pesar de sus sentimientos.

Mas, a medida que la Tierra se achicaba detrás nuestro, empecé a buscar aliados caso de que me viera forzado a destituir a Spartan.

Me pregunté si Gail tendría razón al hablar del comportamiento de los otros. Dudaba que ellos hicieran nada. Dudaba pero no de todos ellos. El doctor Joel parecía haber descubierto de repente que Spartan era un gran hombre. Spartan se afanaba por Joel y era como el esclavo de Spartan; le llevaba la comida, hacía cumplir las órdenes dadas por aquél y actuaba, en fin, como el ayudante privado y segundo de mando.

Morrie debería defender a Gail, pero ciertamente, él no levantaría una mano para evitar que Spartan hiciera una majadería conmigo, si se le metía en la cabeza semejante idea. Morrie se sentía muy enamorado de Gail. Lo demostraba a cada paso. Además, el muchacho estaba descontento. Quizás era nostalgia lo que sentía. O acaso miedo. Todo era extraño aquí y él deseaba algo familiar. Buscaba el confort en Gail. Y si Morrie quedara enterado de las ideas de Spartan con respecto a Gail, el joven no dudaría en meterse en la cabina de Spartan y meterse él y también a mí en un embrollo.

Axel parecía calculador y tranquilo; pero yo dudaba de confiarme a él. Como yo mismo, Axel respetaba la autoridad. No podía admitir mi insegura palabra de que Spartan me mataría para apoderarse de Gail. Además, recordé que Axel había rechazado a Gail porque no creía en la clase de matrimonio que ella proponía, ¿Era esa la verdadera razón? O conocía los planes de Spartan. Quizás Axel fuera verdaderamente el

segundo de mando de Spartan y estuviera dispuesto a hacer el trabajo de fuerza cuando llegara el momento.

Aún estábamos en contacto con la tierra por medio de la radio y yo pensé enviar un mensaje. Mas, ¿qué podía decir? Spartan diría que yo padecía trastornos propios de los vuelos espaciales. Y el próximo mensaje a la tierra sería para decir que en mi locura me había lanzado al espacio. ¿Qué prueba podía dar en mi mensaje de que Spartan había hecho cierta proposición a Gail? Él se limitarla a decir que yo lo había soñado. Él mismo se lo había dicho a ella.

Gail estuvo de acuerdo cuando yo le dije todo esto.

—Quizá no quiso decir lo que aparentemente dijeron sus palabras —dijo ella.

—¿De qué otra forma podía haberlo dicho? —pregunté.

—Bien, quizás quisiera decir que yo ocupara su cabina y él se iría a dormir a cualquier otro sitio.

—Entonces, ¿a qué venía decir que él tenía poder sobre la vida y la muerte de cada uno de nosotros?

—Bien, él mencionó eso pero puede que no lo dijera en serio. No sé qué pensar de todo esto. —Suspiró con cansancio—. Y realmente, él tiene poder sobre la vida y la muerte, tú lo sabes.

Habíamos estado hablando en la galería mientras tomábamos un poco de café. La puerta se abrió y apareció Morrie Grover. Dirigió a Gail una de sus miradas y después se volvió hacia mí.

—Me parece precioso —dijo—. Te has apropiado de la única chica que tenemos en millones de millas a la redonda.

Me pareció que estaba hablando como un niño chico y yo le respondí de la misma manera.

—Sí. Estamos en nuestra luna de miel. ¿Puedes dejarnos solos?

—Eso no estaba acordado —dijo serio. Entonces supe que no estaba hablando en broma.

Se puede imaginar muy bien la situación, habíamos estado algo nerviosos últimamente, desde que la tierra empezó a alejarse. El agradable sentimiento que nos unía se disolvió por completo. La delicia del viaje para todos los aventureros, era una farsa como la luna de miel de Gail y mía.

—¿Qué ocurre Morrie? —pregunté—. ¿No te encuentras bien del estómago o es que necesitas una taza de café? Tenemos café. Tómalo si quieres sentirte mejor.

—Eres un zoquete —dijo Morrie.

No había duda de que todos estábamos excitados; de otro modo la actitud de Morrie no me hubiera sacado de quicio.

—Tú eres un mentecato —repliqué.

—Vamos, dejad las tonterías —dijo Gail—. Estáis comportándoos como dos colegiales.

Morrie se volvió hacia ella.

—¿Estás enamorada de él?

—¿Por qué...?

—Lo que quiero decir es que, ¿por qué te casaste con él?

Le cogí por un brazo y lo moví como para espabilarlo.

—Eso no es asunto tuyo —dije—. Ahora, te comportarás como una persona sensata o has de estar todo el día encerrado en la cabina principal.

Me miró de modo fiero dándome un golpe. Yo iba a responder, mas antes de que tuviera tiempo Gail se interpuso entre los dos.

—¡Vete de aquí, Morrie! —dijo ella y luego se volvió hacia mí—. Bill Drake, tú ve a la cabina de herramientas y busca algo que hacer allí. No podemos tener una lucha en este momento.

Como siempre, ella tenía razón. Nos calmamos y por respeto a ella seguimos su aviso.

Como ya he dicho, noté que todos estábamos excitados. Joel se había encerrado en su cascarón y no tenía nada que ver con nadie excepto con el doctor Spartan, a quien seguía como a un dios.

Axel parecía preocupado. No tenía ni idea de lo que podía ocurrirle. Se me ocurrió imaginar que se trataba de la misma desazón y desequilibrio que el espacio producía en nosotros.

—Lo que deberíamos hacer, Axel —le dije un día haciendo un esfuerzo por sacarlo de su retraimiento—, es decirnos unos a otros lo que nos tiene preocupados en lugar de encerrarnos en nosotros mismos.

—¿Te refieres a mí? —preguntó.

—Me refiero a ti —dije—. Te comportas como un fantasma. Incluso dudo si puedo llamarte como siempre amigo mío. ¿Qué es lo que ocurre?

Axel se cogió la cabeza entre las manos.

—No estoy muy seguro —dijo.

—¿Cuestión de fisiología, depresión?

Me lanzó una enigmática mirada.

—Desearía que se tratara de algo de eso —me contestó—. El problema está en que yo sé de lo que se trata y al mismo tiempo maldito yo si lo sé.

—¿De qué índole es; animal, vegetal o mineral? —pregunté.

Empezó a ser cauteloso.

—Traté de hablarle a Spartan sobre el particular y me acusó de imaginar cosas —dijo—, creo que no será malo que te lo diga. Me parece haber oído algo raro en la radio, algo que no puedo explicar.

—¿Señales? ¿Desde la tierra?

—No desde la tierra. De la dirección general que sigue a Marte.

El modo que tuvo de decirlo hizo que un escalofrío me recorriera la espina dorsal.

—¿Insinúas que alguien está tratando de conectar con nosotros?

—Algunas veces pienso que sí, otras que no —replicó con un prolongado e intenso suspiro—. Las señales —si es que lo son— aún están muy débiles.

—¡Maldición, Axel! —dije—, es ridículo, si alguien intentara darnos señales desde Marte, eso significaría que estaban enterados de que estábamos de camino.

—Quizás lo saben —dijo él, terco.

Era todo tan endemoniadamente fantástico que apenas sabía que decir.

—¿Pero cómo? —pregunté.

—No lo sé —dijo él—, pero pueden tener radio, incluso radar, y tal vez sean un millón de veces mejores que los nuestros.

Estuvimos hablando sobre el particular por lo menos una hora y Axel no pudo añadir nada más a lo que me había dicho, que ciertamente no era mucho.

Durante los días que siguieron, Gail se esforzó hasta el límite por restaurar la unión amistosa que antes existiera entre Morrie Grover y yo. Creo que ella se portaba muy parcialmente más que nada porque Morrie trataba de ganarse su aprobación.

Cuando estábamos desocupados al mismo tiempo, ella intentaba que surgiera una conversación entre los dos. El único inconveniente consistía en que ya no teníamos nada de que hablar.

—¡Si pudiéramos inventar un juego! —exclamó ella en uno de sus desesperados esfuerzos.

—¿Charadas? —pregunté.

—Me hacen sentirme enfermo —dijo Morrie en su habitual tono desagradable.

—No tenemos ni siquiera papel y lápiz —continuó ella—. Todo el material de escritura está encerrado bajo llave, con el objeto de conservarlo para tomar notas cuando lleguemos a Marte.

De repente, Morrie sonrió.

—¿Sabéis que soy un poco tonto? —dijo—. Traje conmigo las cartas.

—¿Trajiste qué? —exclamó Gail.

Yo le miré muy sorprendido pues nos había sido prohibido llevar nada a bordo —ni siquiera cepillo de dientes— pues todos los utensilios personales, excepto el uniforme que llevábamos puesto, estaban ya almacenados en el Jehad. Spartan había anunciado a todos con su habitual corrección y buenas maneras que la menor cosa que lleváramos constituiría un peso que requeriría el uso de más fluido para ser lanzados de la superficie terrestre.

Morrie se levantó dirigiéndose a su cabina personal que se encontraba al otro extremo de donde nos encontrábamos. La abrió y desempaquetando el bolso de su traje espacial que colgaba de allí, sacó unas cartas nuevas.

—¡Morrie! Querido, ¿qué has hecho? —dijo Gail.

—Olvidé que las tenía —dijo Morrie contestando rápidamente a las palabras de Gail—. Me figuré que tendríamos muy poco que hacer. Decidí ponerlas en mi bolsillo cuando nos dirigíamos a la pista de lanzamiento y cuando el doctor no estaba mirando las metí en la bolsa del traje especial.

Miré nerviosamente hacia la puerta anterior de la nave. Spartan estaría en su cabina probablemente y quizás asegurándose de que Warner Joel estaba despierto en el control. Axel estaba allí mismo arriba de nosotros dormido en su saco.

—¿Puede aparecer algo extraño? —pregunté.

Morrie se sentó al tiempo que rompía el precinto. En ese preciso instante, Axel dejó de roncar. El cronómetro de la sala de control estaba conectado de modo que nos despertara cinco minutos antes de nuestro turno de relevo. Axel que tenía que sustituir ahora a Joel, se estiró en su bolsa de dormir al tiempo que se despertaba.

—¡Maldición! —dijo Gail—. Yo soy la siguiente y si no duermo un poco, me quedaré dormida durante mi trabajo, por lo que el doctor Spartan me mataría antes de que canta un gallo.

Naturalmente, Spartan no la hubiera tratado así, pero él se aseguraba bien de que nadie se dormía a la hora de turno entrando y saliendo en la sala de control a espacios regulares de tiempo. Nadie sabía cuándo dormía él, pero yo supongo que dormiría varias pequeñas siestas en lugar de un sueño largo y prolongado.

—Buenos días, gansos —dijo Axel desde el techo.

—Tú eres la única persona que piensa que es por la mañana —dije.

—A cualquier hora que me levanto, es por la mañana —dijo Axel—. Miss Loring, ¿le importaría salirse de aquí? Tengo que vestirme.

Axel, como todos nosotros, dormía desnudo y sus ropas se encontraban en su cabina particular al otro extremo.

—La próxima vez piensa antes en las cartas. Morrie —dijo Gail—. Creo que otro día no habrá ningún inconveniente que nos impida jugar. —Se levantó, se dirigió al extremo opuesto de la cabina y abriendo la puerta salió para encaminarse a su departamento particular.

Axel se salió de su bolsa de dormir, se calzó las sandalias y se dirigió a su taquilla. Se dio cuenta de que Morrie llevaba las cartas y las manejaba a modo de jugueteo inconsciente.

—¿Dónde las encontraste? —preguntó.

—No importa —dijo Morrie—. Las tenemos, simplemente. ¿Dos manos, Bill?

—Seguro, barájalas.

Morrie y yo estábamos sentados a lo largo de la nave y la primera carta que él dio al repartir se fue al otro extremo completamente opuesto. La fuerza de gravedad artificial no ejercía la suficiente presión sobre la carta como para que ésta se quedara depositada como hubiera pasado en la Tierra.

—Creo que es mejor que nos pongamos en sentido opuesto —dijo recuperando la carta.

Nos colocamos de manera que no importaba del modo como Morrie diera las cartas; todas se quedaban abajo. Axel se vistió y se fue a la cabina de control. Pocos momentos después, entró el doctor Joel, y nos vio jugando a las cartas.

—¡Buen Dios! ¿Las Vegas por los espacios interplanetarios?

—¿Quieres unirte a nosotros, Warner? —pregunté.

—No, por todo el oro del mundo —dijo—. Si Spartan llega a descubriros con los naipes, os colgará del primer asteroide que encontremos.

Nos contempló mientras jugábamos, mirando de modo aprensivo hacia la puerta de separación como si esperase que en un momento cualquiera entrara Spartan y nos descubriera jugando. Al fin se levantó

y salió. Yo estaba de cara a la puerta pero no me di cuenta de que él se había ido porque estaba por ver si jugaría aquella baza o no. Fue Morrie el que escuchó el ruido de la puerta al abrirse y volvió la cabeza tan rápidamente que casi produjo un silbido y se cae de su sitio.

—¡Vaya! —exclamó—. Joel se ha ido. ¿Crees que nos acusará ante Spartan?

—Déjalo —dije—. Estas cartas valen el polvo que se puede levantar para tirarlas al espacio. Posiblemente preservarán nuestra cordura, por eso, Spartan no podrá objetar.

Morrie me miró como si no supiera qué creer. Yo desvanecí sus dudas, cierto de que Spartan sería lo suficientemente inteligente como para ver que las cartas no estaban ocasionando mal a nadie, aunque habían sido llevadas a bordo de forma ilegal.

Yo jugué y gané. Morrie estaba reuniendo las cartas para barajarlas de nuevo, cuando se abrió la puerta y en ella apareció el doctor Spartan que entró seguido del doctor Warner Joel.

—¡Dejen eso inmediatamente! —chilló Spartan.

Volvimos la cabeza y miramos el rostro enfurecido de Spartan. Entonces noté que llevaba algo nuevo, algo que hasta ahora no le había visto, una pistolera de la que pendía una pistola. Un juguete de niños.

—¡Levántense! —dijo Spartan con la mano puesta en la pistola.

Por un momento me pregunté si Gail tendría razón, si Spartan sería capaz de llevar a cabo un castigo capital con el objeto de pasar más deprisa las aburridas horas en el espacio. Morrie y yo nos pusimos de pie.

—Esas cosas —dijo Spartan señalando con un gesto de la cabeza las cartas—, están aquí en contra de las órdenes dadas. Si tienen tiempo libre deberían dedicarlo a mirar el proyector y a estudiar trabajos científicos de la nave. No podemos consentir estupideces.

—Maldición, doctor —dije—, si sólo trabajamos sin permitirnos la más leve distracción, toda la tripulación quedará convertida en un grupo de astronautas maniáticos.

—Tonterías —dijo Spartan—. Prohibido terminantemente que se juegue a las caritas. No estamos en la Tierra; estamos en el espacio. Fuera de las leyes terrestres. Al margen de toda regulación o costumbre que exista en nuestro planeta. Estamos en efecto en otro mundo y yo soy el que manda en este otro mundo. Lo que yo digo, constituye la ley y como tal debe ser obedecida.

Morrie se le quedó mirando fijamente con la boca abierta. Mas yo había sido avisado de lo que habría de esperar de Spartan. Después de todo, él había dicho exactamente lo mismo a Gail.

—No estamos discutiendo su autoridad, señor —dije—. Y lo que estábamos haciendo no puede ser más inocente.

—Yo soy el más capacitado para juzgarlo. Denme las cartas, usted, Grover.

Morrie dudó un instante y en su cara se reflejaron sus sentimientos interiores de incertidumbre.

Spartan sacó el revólver.

—Esto es una pistola —dijo de modo imperioso y en tono duro y del todo intransigente—. Ustedes comprenden bien el daño que puede ocasionar una pistola a bordo de este artefacto. Una bala puede perforar las paredes o estropear la maquinaria. Esto es una pistola de aire, así que puedo disparar un dardo impregnado en veneno lo suficientemente eficiente como para dejar paralizado a un hombre en pocos segundos. Incluso el más ligero rasguño podría ser muy perjudicial. Estoy capacitado para detener cualquier clase de insurrección que se plantee.

—¡Esto no es ninguna insurrección! —dije con la mayor deferencia que me fue posible fingir—. Desde luego admito que las cartas no debían de estar aquí, pero el caso es que lo están. Ciertamente no están haciendo daño a nadie. La cápsula fue puesta en órbita y el vuelo de la nave ha sido perfecto desde el principio, Ahora, estas cartas están sirviendo para distraernos, para levantar nuestra moral, que bien lo necesita.

Spartan me apuntó con el revólver; sus ojos estaban fijos como los de una persona sin vida.

—Tengo potestad sobre la vida y la muerte de la menor cosa que se encuentra a bordo —dijo.

Cuando un hombre se ve acosado por un revólver que le está apuntando, a menudo se rinde, pero la pequeña pistola de aire que yo tenía delante, me parecía de lo más inofensivo. Además, estaba furioso. Di un paso hacia Spartan. No creo que hubiese llegado a tocarle. El hecho de dar el paso se debía a que quería demostrarle que no le tenía miedo, tampoco temía a la pistola y pensé que estaba organizando demasiado jaleo por un asunto tan insignificante.

Bing.

La pistola se disparó y yo sentí una extraña sensación en mi brazo izquierdo. Lo levanté sacando un pequeño dardo de la carne. De repente, me fallaron las rodillas y caí desvanecido al suelo.

No me encontraba inconsciente y podía escuchar la voz de Spartan diciéndole a Morrie que le entregara las cartas. Morrie estaba demasiado asustado para desobedecer.

—Deje ahí las cartas, doctor Joel —dijo Spartan.

—Sí, señor —dijo la voz, trémula por el temor, de Warner Joel.

Traté de llamarlo cobarde, pero la voz no respondía a mis esfuerzos, aún no podía hablar.

—Por esta desobediencia, Bill Drake tendrá veinte turnos de trabajos extra en los próximos veinte días —dijo Spartan—. Por perder tiempo, Morrie Grover tendrá diez turnos extras. Necesitamos de dos hombres en la cabina de control ahora, de modo que cada uno de ustedes hará sus turnos extras en compañía de otro miembro de la tripulación.

Cinco horas más tarde, cuando Gail entró en la cabina para ir a relevar a Axel en el control, empezaba a recuperarme y a hacer de nuevo uso de mis músculos. Morrie le explicó todo lo que había pasado.

—Dame un poco de antiséptico —dijo ella examinando mi herida.

—No es necesario —dije haciendo un esfuerzo—. La nave ha sido esterilizada. No hay gérmenes a bordo.

Ella estuvo mirando la herida.

—Parece algo profunda —dijo—. ¡El muy animal! Lo que únicamente quería era desplegar su poder sobre todos aquí.

—Será difícil la convivencia con él de ahora en, adelante, Gail —dije—. ¿Te importa que haga mi turno extra contigo?

Morrie arrugó el ceño pero no dijo nada, ni yo tampoco.

—No, Bill. Pasaremos juntos algún rato aunque no todo. Alguna parte de él la pasaré con Morrie.

Lo sentí respirar con gusto.

—Ahora, escúchame, Bill. Yo sé que estás enfadado con Spartan, pero has de tener cuidado. Creo que sabes por qué. Tenemos que evitar que haga cosas tan desagradables y violentas como ésta.

Me sentí capaz de asentir con la cabeza. Tenía que llevarme bien con el bastardo. No solamente estaba en juego mi vida sino también la seguridad de Gail Loring.

CAPÍTULO VI

Al final resulto que el mismo Spartan dispuso un horario para que Morrie y yo cumpliéramos nuestro castigo, de modo que no podíamos elegir el momento en que haríamos éste. Sin embargo yo pasé el mismo tiempo que Morrie con Gail, Axel y Joel.

Gail y yo no tuvimos ni el menor rato para poder hablar de nuestras cosas, nuestros problemas —que concernían principalmente al doctor Spartan— pues él siempre estaba con nosotros en la cabina de control. Axel siempre estaba ocupado en la radio astronómica, o tratando de interpretar radiodifusiones terrestres, las cuales eran más lejanas cada día, Joel siempre estaba inquieto en mi presencia.

—Siento haberte causado todo este daño —dijo—. Pero si no llego a decirle al doctor Spartan que se estaban dejando de cumplir las órdenes, me hubiera castigado.

—Axel no dijo nada y él no ha sido castigado —dije.

—El doctor Spartan no sospechaba que Axel supiera nada de eso —dijo Joel dando un suspiro—. Temo que mi acción me haya puesto en contra de todos los demás.

—Olvídalo —dije—. En un viaje a Marte eso es algo que no tiene importancia. Si volvemos con buenos resultados, nada importará. Todos seremos como unos héroes.

Mas el incidente había servido para demostrarme que Joel no sería de fiar caso que hubiera necesidad de hacer algo en contra de Spartan. Por otro lado quedaba bien a las claras que Axel no era confidente privado de nuestro jefe.

En el cuarto turno de trabajo extra, me encontraba en la cabina de control con Axel. Él estaba completamente concentrado en los sonidos que podía recoger con nuestro aparato de alta frecuencia. Finalmente, los sonidos que estaba escuchando quedaron reflejados en el osciloscopio.

—¡Mira a eso, Bill! —exclamó señalando las extrañas ondas que se reflejaban en la pantalla.

—Muy bonito —comenté. Todo lo que yo podía ver era que se trataba de algo diferente.

—Esa señal —dijo Axel—, fue hecha por seres inteligentes. No es un mensaje vulgar de radio de la clase que se puede enviar de una estrella o una nebulosa.

Aparté los ojos de los aparatos y los fijé de nuevo en las ondas.

—¿Tratas de decirme que los rusos han inventado un nuevo sistema de radio?

—Las señales vienen de Marte —dijo Axel.

—Me parece que te ha entrado la locura espacial —dije—. No hay ningún ser inteligente en Marte. Solamente existen algunas plantas.

—Nosotros no lo sabemos muy seguro —dijo Axel—. He estado recogiendo estas señales durante varios días. Vienen de doble distancia de la que nos separa de la Tierra. El volumen es también mayor. Eso puede significar por lo menos que el poder es cuatro veces o más mayor.

—¿Se lo has dicho a Spartan? —le pregunté.

—He consultado algunos libros —dijo Axel—. También he hecho una especie de informe. La señal no es una voz, pero parecen ondas artificiales de radiodifusión. Algo así como ondas de radar…

—¿Los marcianos nos han detectado?

A dura fuerza hubiera podido creer aquello.

—¿Nos mandarán una flota de naves espaciales y nos aniquilarán antes de que hayamos podido llegar hasta el planeta?

—Si tuvieran naves espaciales deberían haber visitado la Tierra —dijo Axel.

—Entonces, nosotros estamos más adelantados que ellos. Y si son inteligentes, no tendremos nada que temer. Posiblemente nos llevaremos las llaves de todas las ciudades marcianas.

—Quizás no estemos a la cabeza —dijo Axel—, y aunque ellos sean seres inteligentes, debemos tener cosas de las que temer. ¿Como recibiríamos nosotros a los marcianos si llegasen a aterrizar en nuestro planeta?

—Posiblemente los contrataríamos para la televisión —dije.

—No hubiera sido eso lo primero —dijo Axel—. Hubiéramos tomado medidas para contenerlos de alguna manera, para prevenirnos de que pudieran causarnos el menor daño. Nos aseguraríamos de que habían venido a la Tierra con fines pacíficos. Incluso tardaríamos en confiar en ellos aunque viéramos que se acercaban desarmados.

—Los marcianos pueden ser diferentes —dije—. ¿Por qué no se lo dices a Spartan? Tú ya sabes cómo es él. Si se le ocurriera pensar que le ocultábamos algo, usaría de su pistolita con nosotros.

—Eso es lo que iba a hacer —dijo Axel—. Pero quería asegurarme de que estas señales venían de Marte. Ahora estoy seguro. —Tocó el zumbador de señales que estaba en un gran globo en el centro de la cabina donde todo el control de la nave estaba localizado.

La voz de Spartan llegó a través del micrófono.

—¿Qué ocurre ahora?

—Hemos recibido señales desde Marte, señor —dijo Axel.

—Tonterías —fue un simple «clik» que obtuvimos de respuesta. Un momento después, apareció Spartan en la puerta de comunicación. Sus ojos estaban oscurecidos por la sospecha, como si estuviera esperando que se tratara de algún truco.

—Es algo así como la captación de ondas —dijo Axel a Spartan al quedar éste como clavado en el suelo. Parecía una especie de radar... como si estuviéramos siendo captados.

Era obvio que Axel estaba asustado a consecuencia del nuevo fenómeno.

—Eso es completamente ridículo —dijo Spartan—. El radar sería una muestra de vida inteligente. Marte es un mundo muerto. La era de la vida inteligente murió allí hace años.

Aún brillaba en su mirada el fulgor sagaz y sus labios se curvaron con una sonrisa burlona.

—Quizás se trate de una clase diferente de inteligencia —sugerí.

—¿Qué otras clases hay? —preguntó de modo desagradable Spartan—. La inteligencia consiste en conocer lo que es verdad y lo que no lo es. Una cosa solamente puede ser cierta o falsa. No hay muchas diferencias entre las inteligencias.

Había aprendido que no se podía discutir con Spartan, quien rehusaba reconocer o admitir que la verdad tiene dos caras y es muy relativa; que a menudo existen muchos puntos de vista todos diferentes y verdaderos en esencia, sin que ninguno sea falso.

—Sea lo que fuere, hemos recibido señales —dijo escuetamente reconociendo la inutilidad de discutir.

—Señales, ¡bah! —Estaba casi furioso ahora, sin querer admitir cualquier posibilidad que viniera a estropear sus preconcebidas ideas.

—Doctor, hay millones de estrellas y aunque sólo se trate de una fracción de un uno por ciento de las que puedan ser habitadas, o sea que tengan condiciones de vida, debemos pensar en la posibilidad de encontrarnos con seres inteligentes.

—Muy bien, pero Marte no es un planeta con las condiciones de vida necesarias. ¿Cómo es que se atreve a insinuar que los marcianos pueden ser más inteligentes que nosotros? En la Tierra no podríamos captar ninguna cosa u objeto del tamaño de esta nave tan lejos de nuestro planeta. Déjeme ver esas señales...

Spartan empezó a mover los discos controlando la dirección de la antena delante y detrás de la nave.

—Debe tratarse de otra cosa; algo diferente del radar...

La voz de Axel vino a interrumpirle.

—¡Doctor! ¡Mire nuestra pantalla de radar!

Volví mi cabeza rápidamente en dirección a la pantalla. En ella se reflejaba la simple línea de algo que pasaba; algo que era escasamente perceptible a las ondas de captación de la antena en la parte delantera del aparato. Pero lo que quiera que fuera, estaba en nuestro camino, y era muy grande. Podía ser una nube, solamente que las nubes no se veían por radar.

—¡Meteoros! —gritó Spartan—. ¡Señor, ayúdanos! ¡Es una nube de meteoros!

Me dio un empujón echándome a un lado y se ocupó él del control. Al mismo tiempo, tocó el timbre de alarma haciendo sonar la sirena.

CAPÍTULO VII

Excepto dos o tres nubes de meteoros con que tropieza la tierra en su anual vuelta alrededor del sol, el número y localización de éstos en el sistema solar es desconocido. No hay nubes en el sentido de que cuelgan como una espesa niebla, oscureciendo los objetos que están por detrás. Son tan finas y tenues que si miles de meteoros no se mostraran a la Tierra después de atravesar esta niebla, no estaríamos avisados de su presencia en el espacio.

La nube que estaba enfrente nuestro, posiblemente fuera de medio millón de millas de diámetro, lo cual la hacía muy pequeña. Los Pereseidas y Leónidas, por ejemplo, pueden extenderse completamente alrededor del Sol en una órbita igual a la de un cometa desintegrado. Muy pocos meteoros son mayores que un grano de arena, pero están tan esparcidos que todos los meteoros que caben dentro de una milla cúbica de espacio, pueden ser reunidos en un pote de té. Sin embargo, algunos de ellos pueden ser tan grandes como una taza de té, y, muy raramente, puede encontrarse alguno del tamaño de una casa.

Con un planeta como la Tierra con el que chocar, una nube de meteoros significa un peligro mínimo. En primer lugar, la mayoría de los meteoros son vaporizados al chocar con las capas superiores de la atmósfera. Solamente muy pocos de ellos llegan a rozar la Tierra y ha habido solamente uno o dos casos en que un ser humano se haya visto lastimado por uno de ellos.

Pero el Jehad no tenía alrededor la atmósfera que lo defendiera de los meteoros. Cierto que llevábamos paredes capaces de vaporizar un meteoro hasta el punto de reducir su tamaño. Teníamos también métodos para disminuir el peligro ante los mayores meteoros; un líquido fluido en las paredes, una sección de segmentos en que estaban divididas las paredes, trajes espaciales y una reserva de oxígeno como suplemento. Pero siempre había la posibilidad de tropezar con uno grande que acabara con todos nuestros medios de defensa. La nube que se encontraba delante nuestro, ciertamente llevaba algunos de gran tamaño.

Si Axel y yo no hubiéramos estado tan interesados en las señales de Marte, nos hubiéramos dado cuenta de la presencia de la nube de meteoros algunos minutos antes. Nuestra nave iba ahora a la velocidad aproximada de treinta mil millas por hora, sin embargo, aquellos dos minutos nos habían hecho recorrer una distancia preciosa durante la cual podía haber hecho maniobras de modo que el aparato hubiera quedado fuera de peligro.

Estábamos a menos de una hora de distancia del principio de la nube. El Jehad, a pesar de usar una pequeña cantidad de fuerza para impulsar a gran velocidad su enorme masa, no podía ser detenido y vuelto para evitarla.

Así que Spartan hizo sonar la sirena de alarma, habló tenso por el micrófono, avisando del peligro que teníamos delante y diciendo que la tripulación se esparciese, se separase cada cual a una cabina distinta para disminuir las pérdidas en caso de que un gran meteoro irrumpiera en algún lado de la nave. Todos habíamos sido avisados de que esto podía pasar, se podía decir que era algo así como una parte de nuestro traje espacial.

Mientras que Spartan permaneció en la sala de control, Axel y yo nos pusimos los trajes, los cerramos convenientemente y luego yo llevé uno a Spartan, que se lo colocó mientras Axel continuaba manipulando en el control. El trabajo consistía entonces en aumentar el poder de los motores de plasma.

Todos, los doce, estaban ahora funcionando entonces, y se habían encendido los caños de salida auxiliares a ambos lados de la nave con el objeto de hacer curvarse ésta, y una vez que la trayectoria estuviese cambiada, se intentaría que el aparato pasara lo más lejos posible del extremo de la nube. Aquí, los meteoros serían más pequeños, rechazados de la masa central por la presión de la luz del sol que tendría menos efecto en los cuerpos más grandes.

Usar los cascos espaciales a bordo de la nave era un gran inconveniente. Para poder hablar, era necesario hacer uso de la radio transmisora de que iban provistos. Todos nos encontrábamos igualmente excitados y como estábamos hablando al mismo tiempo, un sonido de voces extrañas resonaba en nuestros oídos.

—¡Silencio! —dijo la voz de Spartan sobresaliendo de todas las demás—. ¡Estense quietos! ¡Me distraen!

Los sonidos se acallaron. Spartan se volvió a ocupar del control tomando éste de las manos de Axel y haciendo aumentar el poder de la nave. De repente, pareció darse cuenta de que Axel y yo estábamos aún en la sala de control.

—¡Váyanse a mi compartimiento! ¡Los dos! Ustedes conocen las reglas para una emergencia semejante.

El compartimiento del doctor Spartan, como el de aseo y el laboratorio al extremo final de la nave, se encontraba dividido en dos por una galería. A un lado se encontraba el departamento donde hacía su vida y al otro la habitación de los planos y mapas que contenía un pequeño pero adecuado computador eléctrico, tablas astronómicas en microfilms, un proyector de los mismos y nuestros suplementos completos de materiales de escritura.

Axel se quedó en este departamento y yo entré en el cuarto de dormir de Spartan. Me sentía indefenso y atrapado. La habitación reservada al capitán, era fría y vacía. Su saco de dormir se encontraba colgado de la mampara y había un lavabo privado y un pequeño espejo para afeitarse, pues él no compartía el que todos los demás usábamos. Junto al saco de dormir se encontraba un pequeño baúl parecido al que todos usábamos para guardar nuestras cosas personales.

Recordé de repente que todos los miembros masculinos de la tripulación, habíamos sido pelados y afeitados por completo antes de venir a bordo. Incluso Gail andaba como un muchacho. Más el doctor

Spartan había conservado su barba. Si con el objeto de evitar el mínimo exceso de peso nos habían pelado a todos, ¿por qué el doctor Spartan no había hecho un sacrificio en ese sentido?

Pensaba en estas cosas quizás para olvidarme del peligro que se aproximaba. Esta era también la razón por la que me dediqué a curiosear en su baúl personal. De ordinario no soy curioso, no me gusta husmear. ¿Sería él de la clase de hombres capaz de matar para conseguir a Gail? ¿Habría una pista en su baúl? Miré en el interior del mismo.

Encontré un cepillo de dientes, jabón, ropa y zapatos, así como una caja cerrada que posiblemente contendría dardos envenenados. Tenía una razón para robarla, pero sabía que la pistola estaba cargada y no podría escapar con el botín.

Después encontré una cuartilla pequeña de papel en la que estaban escritos los nombres de la tripulación. El nombre de Morrie Grover estaba el primero. El mío el segundo. El de Joel había sido puesto el tercero, mas ahora se encontraba tachado y puesto detrás del de Axel. El nombre de Gail seguía con un signo de interrogación. No había ninguna nota que indicara el porqué se hallaban escritos los nombres. No necesitaba una lista de la tripulación, ya había una en el libro de registro.

Dejé el papel en su sitio y cerré la arquita. Esperé el choque de los meteoros y me pregunté sí alguno causaría algún daño a la nave. Pero sabía que el único sonido que podría escuchar sería el producido si se verificaba un choque. Mientras más grande fuera el meteoro, mayor sería el sonido.

Apliqué la cabeza al suelo. Llevaba puesto el casco desde luego, pero las vibraciones que se producirían se retransmitirían a través del casco hasta llegar a mi oído. A menudo habíamos hablado así unos con otros, sin usar la radio aplicada al casco.

Durante algunos minutos, me mantuve a la escucha sin oír nada. Entonces se produjo un «Bing». Era como para desmayarse, pero yo sabía que un meteoro había producido aquel ruido al chocar contra el aparato.

Después se oyó: ¡Bing, bing, cramp!

Dos pequeños, uno mayor. Mas no se habían techo agujeros en la nave. Al menos no había venido la alarma del doctor Spartan, quien sabría por los conductos de aire si algún departamento había sido abierto.

Los sonidos continuaron de dos en tres a modo de silbidos. Se trataba de una densa nube, a pesar de que solamente nos chocábamos con ellos en doce o así por minuto. Eso es densidad en el espacio. Después escuché un tras. Un pequeño porrazo se dejó sentir en el suelo de metal a no más de dos pies de mi casco. Un gran meteoro había perforado el otro lado de la pared de la nave penetrando en el interior antes de ser vaporizado. Mas el fluido de las paredes estaría ahora cerrando el agujero de modo que no perderíamos aire.

Sonó otro tras. No sabía donde había golpeado éste.

La velocidad de la nave que había aumentado cuando el Dr. Spartan puso a funcionar todos los motores, pareció decrecer de repente. La voz de Spartan llegó hasta mí a través de la radio de mi casco. «Un motor ha sido alcanzado».

Por supuesto había cortado fuerza de empuje, desde luego. Un solo motor, sin accionar, impulsaría más los otros tres lados de la nave, resultando una curvatura en la trayectoria del aparato. Por lo tanto, tres motores más tenían que ser detenidos con el objeto de seguir la dirección correcta en línea recta.

Al continuar con mi casco pegado al suelo pude escuchar más bings y tras. Pasó una hora. Después otra. Dos horas de terror. Después el ruido paró.

—Creo que hemos sobrevivido al peligro —dijo la voz de Spartan a través de la radio de mi casco— Penetramos un segmento delgado de la nube.

—¿Ha habido alguna filtración, doctor? —preguntó Axel.

—La presión del aire no da señal de ninguna pérdida. Mas el motor ha de ser reparado. ¿Quién está de turno ahora?

—Miss Loring me sigue en la sala de control —dijo Axel—, pero ésta ha sido una penosa prueba para ella. No me importa hacer trabajo a desturno.

—No puedo permitir eso —dijo Spartan—. Todos tienen que cumplir con su obligación. Tráigala, Drake.

—Sí, señor —dije.

Me dirigí a la cabina principal donde encontré a Joel despojándose de su traje espacial. Me quité el mío.

—¿Dónde está Gail? —le pregunté.

Hizo una seña con la cabeza indicando la parte posterior de la nave.

—Se fue a la cabina de las herramientas —dijo—. Morrie está en la cocina.

Me dirigí hacia allí. El traje de Morrie aparecía tirado en el suelo, pero no había señal de él allí.

Tampoco se encontraba en el laboratorio. Acababa de empujar la puerta de la sala de herramientas cuando oí gritar a Gail.

Permanecí quieto un momento sin poder creer lo que veía. Morrie la había forzado hasta tirarla al suelo. Casi le había arrancado el uniforme del cuerpo. Ella trataba de liberarse de él luchando, pero sus brazos la tenían inmovilizada.

Me aparté rápidamente de la puerta. En el centro de la nave, la fuerza de gravedad es mínima y literalmente volé hacia ellos hasta que me coloqué junto a la pareja que luchaba.

Me agaché y cogí a Morrie salvajemente por el cuello con un brazo haciéndolo retroceder de un empujón y separándolo de Gail. Él se rehizo de mi golpe y me asestó un salvaje puñetazo que me alcanzó en el hombro. Pero él no estaba muy preparado para devolver el golpe y apenas si lo sentí. Estaba muy furioso y me dirigí hacia él con las peores intenciones, sujetando su brazo con mis dos manos. Sus pies abandonaron el suelo y yo lo envié por el aire hacia el destilador de agua al otro extremo de la habitación.

Se dejó caer con un golpe.

Entonces me volví hacia Gail.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy... estoy... bien —dijo ella aún conmocionada. Después sus ojos se fijaron en Morrie que estaba al otro lado de la habitación.

—¡Mira allí, Bill! —chilló.

Me volví. Morrie había arrancado una de las tuberías del purificador de agua y se disponía a golpearme con ella.

CAPÍTULO VIII

Aguardé el ataque de Morrie agachado. Sostuvo la cañería de aluminio —a unos tres pies— aguardando el momento con la boca fruncida en un gesto amargo. Se me ocurrió pensar cuan afortunado era si me golpeaba con la cañería que al fin y al cabo era de aluminio en lugar de duro hierro. Triste consuelo, pensé. Ciertamente podría quitarme de en medio con un golpe.

Mas la expresión furiosa de Morrie mostraba un deseo diferente, como si quisiera hacer algo más que dejarme inconsciente. Tenía los ojos furibundos.

Tiró con fuerza la cañería. Yo me agaché y me pasó rozando el pelo haciendo moverse mis cabellos. La fuerza que hizo al tirarlo le hizo levantarse del suelo y caer por el aire derribando las cubetas del jardín y dando una vuelta mortal se quedó de nuevo de pie en el techo.

Salté hacia él. Se echó a un lado y cogió de nuevo la tubería dándome un buen golpe en el hombro y haciéndome caer contra la pared de la nave cerca del purificador de agua. El aparato estaba ya que se bamboleaba después de haberlo golpeado dos veces. El chorro irrumpió en la cabina y si agua se esparcía por el suelo.

Me dirigí hacia él rodeando la cabina de la nave, mantenía la barra ondeante como un jugador de baseball mantiene su bate con intención bien elocuente en sus ojos de no fallar el golpe esa vez. Leía fácilmente esta intención en su mirada.

Yo me moví poniéndome al alcance y esta vez golpeó de un modo que no pude escabullirme. Recibí el golpe en el brazo y el dolor me lo recorrió entero, pero afortunadamente, había recibido el golpe a tiempo de parar el mayor empuje de éste de modo que no se partiera el hueso. Al instante que me golpeó, sujeté la cañería con la otra mano agitándola violentamente hasta que se desprendió de la mano de Morrie.

Se abalanzó contra mí y yo le rechacé con un golpe dirigido a la barbilla pero que le alcanzó en el pecho. Entonces se agachó para volver a atacar y yo le tiré la tubería, una vez más, no pensé en el diez por ciento de gravedad. La cañería paso por encima de su cabeza yendo a incrustarse en la puerta al otro extremo de la cabina.

Morrie saltó y yo le alcancé. Ambos permanecimos unidos, sin separarnos del suelo debido a nuestros zapatos magnéticos, golpeándonos, aporreándonos, los dos lo suficientemente furiosos como para matar. Ambos luchábamos hasta dar de nuestros músculos y fuerza el máximo de rendimiento, pero Morrie tenía la ventaja de que se

sentía como loco, tenía la fuerza propia de los maniáticos. Mis golpes le alcanzaban pero no le hacían demasiado daño. Siempre volvía a golpear; esta vez me dio dos puñetazos en la mandíbula y en el vientre que me hicieron caer al suelo. Sólo el hecho de rodar en buena postura me evitó el quedar por completo abatido. Trató de alcanzarme de nuevo pero yo me quité de en medio. Ambos empezábamos a demostrar un poco de cansancio. Yo sentía un fuerte dolor en el estómago, en el sitio donde él me había golpeado, y sus mejillas estaban destrozadas por el efecto de mis porrazos. De nuevo intentó pegarme; yo le di en la mandíbula pero él me agarró en un gancho.

Luchamos a brazo partido mitad en el suelo mitad botando cerca del jardín y en el centro de la cabina. De repente, me agarró por los hombros subiendo hasta ellos su rodilla.

Al apretarme yo chillé de dolor.

No sé de qué manera alcancé uno de los potes del jardín defendiéndome y quitándome de su alcance, pero al caer al suelo quedé casi sin poder moverme. Toda la lucha acabó para mi después de haberme dado aquel golpe. Desde algún lado oí la voz de Gail diciéndome:

—¡Bill, levántate!

No estaba para moverme. No podía estirar mis brazos ni mis piernas.

Morrie dudó un momento, después, decidió que yo estaba sin fuerzas en absoluto y se dirigió a la puerta donde quedaba la cañería tirada en el suelo. Quería usarla con el objeto de darme el golpe final que me causara la muerte. Cogió el arma en las manos y se volvió con una mirada salvaje en sus ojos en la dirección en que yo me encontraba.

Se me acercó, cierto de que yo no podría defenderme más. Rodé hacia otro sitio mientras el dolor tan fuerte que sentía casi me causaba la muerte. Entonces, lo enganché con las piernas y le hice dar un gran traspiés a pesar del fuerte dolor que sentía, que le hizo caer desprendiéndose entonces de la tubería.

Lo sujeté fuertemente en un abrazo fiero, y permanecí tirado en el suelo respirando con dificultad tratando de librar mi cuerpo del dolor que lo recorría por entero. Morrie se retorcía y se volvía tratando de quedarse libre. Cada movimiento que hacía, se deslizaba un poco más hasta que por fin se soltó.

Me moví como pude poniéndome de rodillas, esperando su próximo ataque. Necesitaba todo el tiempo posible para recuperar fuerzas. Como Morrie sabía esto, se preocupaba ante todo de no perder un momento. Esta vez se dispuso, por lo pronto, a atacar rápidamente.

Entonces vi a Gail. Había cogido la cañería que Morrie había tirado y se movió hacia mí llevándola en alto dispuesta a golpear. Al mirarla, Morrie se fijó en ella volviéndose en el momento justo en que ella iba a asestar el golpe. Se defendió del ataque con el brazo izquierdo, exactamente igual que yo había hecho al principio de la pelea, y se protegió furiosamente con el brazo derecho. Este golpe fue dirigido directamente a la mandíbula de Gail quien cayó al suelo dando un chillido de dolor.

Esto me causó más efecto que todo lo que hubiera podido pasar a mi alrededor. El dolor pareció abandonarme de repente. Al menos, no lo sentía más. Todo lo que sentía era un intenso deseo de castigar a Morrie por haber lastimado a Gail con el golpe que le asestó. Y le golpeé de modo brutal.

Se vino al suelo y yo me eché encima de él. Le puse las rodillas en el estómago y le di puñetazos en la cara, en la nariz, en la boca, en las mandíbulas. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Una y dos y de nuevo una y dos. La cabeza de Morrie se bamboleaba con los golpes y estaba casi inconsciente. Entonces, las fuerzas me abandonaron y caí encima de su cuerpo desmayado sintiéndome desvanecido yo mismo.

Las oscuridades parecieron disiparse al tiempo que sentía algo frío en el rostro. Abrí los ojos y vi a Gail inclinada sobre mí. Su ropa estaba tan deteriorada que casi parecía que estaba desnuda. Había cogido una tira de tela rota y después de humedecerla en el purificador de agua, estaba bañando con ella mi destrozada cara.

Volví la cabeza y vi a Axel y al doctor Spartan acercarse a la puerta de entrada.

—¿Qué demonios ocurrió aquí? —preguntó Spartan.

—Grover —dijo Gail señalando con un gesto de su cabeza a Morrie que estaba trabando de levantarse del suelo.

—¡Está lastimado! —dijo Axel.

—Hay que atenderlo —dijo Spartan. Entonces se volvió hacia Gail.

—¿Y Drake? ¿Lucharon? ¿Por usted?

Gail dejó de lavarme la cara con la tela húmeda. Empezó a sollozar y entonces yo me senté sintiéndome muy furioso.

—¡Deje de atormentarla! —dije tan enfadado que casi me chocó a mí mismo.

—¡Señor! —dijo Spartan.

Siempre insistía en que le llamáramos señor. Ahora, aquel signo de rango e importancia, parecía ser más importante para él que nunca. Sus ojos brillaban fieros, determinados a hacerme someter; sus labios se apretaban con fuerza y se curvaban con odio.

—He dicho, que deje de atormentarla y no he dicho señor! —chillé—. Morrie trató de violentarla, ¿se imagina eso?

—¡Señor! —gritó Spartan—. ¿Y cómo puedo saber que no fue usted el que trató de hacer eso que dice?

—¡Maldito, señor, porque yo soy su marido!

La expresión de Spartan fue un verdadero llamarajo de furia.

—¡Ese no es el modo adecuado de dirigirse a un superior! —dijo entre dientes—. Por esta impertinencia…

Interrumpió la frase de sentencia al detenerse sus ojos en el aparato purificador de agua.

—¡Lo han destruido! —gritó y se dirigió a él para examinarlo.

Axel estaba ocupando entonces de levantar a Morrie y Gail volvió a ocuparse de mi cara vertiendo en ella agua fresca.

—Dame un poco de agua —dijo Axel cogiendo un trozo de tela de la camisa rota de Morrie.

Spartan se acercó hecho un basilisco.

—¡Dejen de desperdiciar esa agua! —dijo como en un graznido—. ¿No se dan cuenta de que podemos vernos peligrosamente escasos de agua a consecuencia de esta tontería?

Gail continuó enjugándome el rostro con el paño húmedo.

—¡Deje eso! —rugió Spartan.

—Bill está lastimado —replicó ella tranquilamente.

—Por su culpa, por tonto.

—¿Tonto? —Gail se levantó enfrentándose con Spartan—. ¡Si hay algún idiota a bordo de esta nave, ese es... ese es usted, capitán interplanetario!

Spartan no movió un solo músculo de su rostro. Su cara era una máscara de piedra a fuerza de rencor y contención.

—Miss Loring —dijo—, el hecho de ser una mujer no le da ningún privilegio especial. Yo soy el capitán de esta nave y he de ser tratado con respeto.

—¿Por qué no hace algo para hacerse merecedor del respeto de todos? —preguntó ella a punto de romper a llorar de un momento a otro.

—Diez días de trabajo extra para usted, miss Loring —dijo.

Se volvió dirigiéndose a la puerta. Cuando llegó a ella, se volvió para mirar a Axel.

—Tan pronto como estos hombres estén capaces, tráigalos a la cabina principal.. Sostendremos una conversación allí.

Desapareció tras de la puerta. Axel se levantó yendo hacia el purificador de agua. Lo examinó durante tres o cuatro minutos y cuando terminó su inspección, parecía preocupado.

—Dos de las cuatro unidades están estropeadas —dijo—. Habremos de tener la mitad de la ración de agua durante los dos próximos años.

Cuando Morrie y yo estuvimos capaces de sostenernos por nuestros propios pies, nos dirigimos a la cabina principal donde Spartan estaba arreglando el traje espacial de Morrie junto a su bolsa de dormir. Nos dirigió una mirada con el ceño fruncido e hizo una seña a Axel que se acercó hasta donde él estaba de pie. Hablaron durante unos minutos discutiendo el problema del sistema de agua. Sólo Joel estaba ausente pues se encontraba en la sala de control.

Finalmente, Spartan se volvió hacia nosotros.

—¡Siéntense! —dijo.

Esperó hasta que nos hubimos colocado enfrente suyo, Axel, Gail y yo sentados en el suelo con las piernas cruzadas detrás de Morrie que se encontraba delante de Spartan reclinado en los codos.

—Mr. Ludson acaba de decirme que nuestro equipo de agua está bastante estropeado —dijo Spartan al tiempo que se sentaba—. Por lo tanto, nos veremos obligados a consumir menos agua, a menos que podamos hacer algunas reparaciones. El presente está muy malo; me refiero a la apariencia. La unidad del cilindro solamente puede destilar la mitad de la cantidad que hemos venido usando. No podemos gastar menos agua de la que usamos para irrigar el jardín. No podemos

preparar las comidas sin agua así que tendremos que gastar menos agua en beber, lavarnos y para lavar nuestros útiles de todas clases.

—¡Por el amor de Dios, doctor Spartan! ¡No podemos vivir en la inmundicia! —dijo Gail.

—Quizás no —dijo Spartan—, pero cuando nos lavemos o hagamos limpieza el agua que utilicemos ha de venir de la que ahorremos para beber. Eso nos forzará a no hacer nunca limpieza innecesaria.

Era obvio que tendríamos que formar el más sucio grupo que jamás surcó los espacios en un viaje interplanetario.

—Hay que añadir que —siguió diciendo Spartan—, el motor número cinco no funciona porque fue alcanzado por un meteoro. Aún tenemos que determinar si es o no grave la avería, pero desde el momento en que nos veremos obligados a asegurar eso, debemos hacer todo lo posible por contribuir a repararlo. Y por si esto fuera poco, dos miembros de nuestra tripulación se han metido en una desgraciada pelea.

—¡No fue una pelea! —dijo Gail.

—Miss Loring, ya le he avisado. Aumentaré su castigo ni continúa haciendo lo que no debe. Les he reunido a todos en una especie de congreso, para decidir cómo se pueda arreglar el daño ocasionado a la purificadora de agua. Ahora, miss Loring, si desea hablar, puede decirme todo lo que ocurrió.

Gail, que había tenido tiempo de cambiarse de uniforme, inclinó la cabeza.

—Es muy embarazoso, doctor Spartan.

—Es necesario —dijo el doctor Spartan.

Gail dudó un momento tratando de ordenar sus ideas.

—Cuando se dio la alarma de los meteoros, me dirigí a la cabina de las herramientas, pues es la que está más cerca de mi departamento al extremo final de la nave...

—Todos saben ya eso. Es del todo innecesario que se extienda en estos detalles —dijo Spartan.

—Después que usted hubo emitido claramente la señal, Morrie... mister Grover... que había estado en la cocina, vino donde yo me encontraba y me preguntó si estaba bien. Después que le dije que si lo estaba, se puso a llorar. Sentí compasión de él y me acerqué pasando su brazo por encima de sus hombres para animarlo.

—¿Está segura, miss Loring, de que esa fue la única razón por la que puso su brazo alrededor de sus hombros? —preguntó Spartan.

—No puse mis brazos alrededor de sus hombros, doctor —dijo Gail indignada—. Mister Grover estaba aparentemente bajo una fuerte depresión nerviosa. Como usted sabe, él es el más joven de la tripulación.

—Es lo suficientemente mayor como para dominar sus emociones.

—Ha demostrado que sus emociones son del todo imposibles de dominar —replicó Gail—. Como, ya he dicho antes, traté de animarlo, mas él —como otras personas que podría nombrar— interpretó de diferente manera mi inocente gesto. Me rodeó con sus brazos y me besó. Dijo algunas cosas salvajes acerca de que estaba enamorado de mi o

algo por el estilo. Traté de rechazarlo explicándole que yo era una mujer casada...

—Todos sabemos qué clase de matrimonio es ese —dijo Morrie interrumpiendo.

—Yo nunca, en ningún momento de la ceremonia, hice ninguna promesa, e intento guardarla hasta que Bill Drake deje de ser mi marido —replicó ella—. Pensé que Morrie estaba loco. Entonces, antes de que pudiera darme cuenta, empezó a desgarrarme la ropa. Traté de desprenderme de él pero me tenía tan fuertemente sujeta que me era imposible moverme. Entonces apareció Bill Drake. Hizo volar a mister Grover a través de la habitación, y Morrie rompió un trozo de tubería y... y empezaron a luchar.

—Entonces, ¿fue Drake quien tiró a Grover contra el aparato? —preguntó Spartan.

—Sí —contestó Gail—, pero no fue intencionadamente.

—¡Pudo no ser intencionadamente! —rugió Spartan—, pero han puesto en peligro algunas cosas y causado disturbios en la expedición.

—Morrie también tiró a Bill Drake contra el aparato —dijo ella. Estaba llamando a Morrie por su nombre y a mí me nombraba también por el apellido. Me dio la sensación de que al llamarme por el nombre completo, ella no hablaba de modo formal. Por el contrario era como si lo dijera en tono cariñoso. Era algo así como si le gustara saborear el nombre completo, mejor que cualquier otra abreviatura.

—¿Y está usted segura de que en ningún momento incitó usted a mister Grover a... a... este abuso de confianza?

—¡Desde luego que no!

Spartan se volvió para mirar a Morrie.

—¿Qué es le que usted tiene que decir?

Estaba bien claro que esperaba que Morrie desmintiera la historia contada por Gail.

Morrie tragó saliva inquieto, y como si se sintiera acorralado.

—Quiero una respuesta —dijo Spartan—. ¿Está diciendo ella la verdad?

Estaba encaminando la conversación para obtener la respuesta que él deseaba.

Morrie suspiró profundamente.

—¿Cuál es la verdad, doctor Spartan? —preguntó.

—Seguro que usted sabe cuál es. —Una expresión de incredulidad se extendió por sus facciones.

—No hable tan dogmáticamente. La verdad puede ser doce cosas diferentes. Precisamente, en este momento, no sé lo que es real y lo que no lo es. Nada es aquí del mismo modo a como era en la tierra. Todo lo familiar está a millones de millas de distancia. Incluso la Tierra aparece como una estrella en el cielo, y se toma un telescopio para observar la luna. Las estrellas titilan alegremente alrededor y el Sol es más pequeño y tiene una corona, la cual nunca podíamos divisar desde nuestros hogares excepto cuando había eclipse. Viajamos en un vehículo que jamás se hubiera soñado ver, dirigido por un medio que ningún otro vehículo lleva. No usamos ropa normal sino trajes espaciales. Nuestras

comidas son distintas y en mayoría formadas por vegetales. El agua que bebemos es orín destilado. Tenemos una fuerza centrífuga que hace de gravedad e incluso tenemos un matrimonio que no es real.

—Todos los demás nos hemos ajustado a esta. forma de vida —dijo Spartan demostrando claramente que no le gustaba el giro que había seguido la conversación.

—¿Realmente lo cree? —preguntó Morrie—. Yo no estoy tan seguro. Estamos viviendo en unas condiciones que son decididamente para volver loco a cualquiera. No falta mucho para que alguno de nosotros sufra un ataque psíquico. Nada es real, ni siquiera nuestros pensamientos, porque nuestro mundo es completamente diferente.

Spartan apretó los labios con fuerza, después preguntó:

—¿Es esa su excusa?

—Gail Loring es la única cosa real que hay a bordo. Eso es porque ella es una mujer y yo soy un hombre. El único resto que queda de nosotros, de nuestra personalidad terrestre, es nuestro sexo.

Una vez que hubo dicho esto, lanzó a todos una mirada como implorando merced del juicio de los presentes.

—¡Eah! Es simplemente una defensa.

El tono de Spartan no era convincente. Él mismo estaba sobreavisado sobre lo del sexo.

—Entonces, si no es una defensa, no es una excusa, es una razón que explica por qué me volví loco por irnos minutos —dijo Grover—. Quizás no tenga perdón, según las ideas de los terrestres, pero esas ideas no imperan aquí. Usted mismo lo dijo. Todo lo que podía pensar era que se trataba de una mujer. No pensé en las consecuencias. Solamente lo hice en mí mismo.

Yo estaba enfurecido y no podía perdonar a Morrie, pero sentí pena de él. Fuera de control, yo mismo había tenido deseos tentadores, pero afortunadamente me había podido contener.

Spartan parecía no querer admitir la respuesta.

—He de pensar que se declara culpable.

Gail tragó saliva para, aclarar su garganta.

—Hay circunstancias atenuantes, doctor —dijo—. Como la parte más injuriada que soy, le pido que no sea duro con mister Grover.

Spartan la miró con ojos duros y fríos.

—¿Significa esto que puede usted ser más culpable de lo que admite?

Gail se ruborizó intensamente.

—Todo lo que pido es un poco de comprensión humana para mister Grover.

—Humm. —murmuró Spartan—. Es necesario hacer comprender a mister Grover que debe dominarse en circunstancias futuras. No se ha ambientado bien. Ciertamente nuestros examinadores cometieron un error. Era de suponer que habrían de descubrir cualquier señal de debilidad o incapacidad. Si fallaron en este caso, ¿cómo podemos saber que no han equivocado su juicio con el resto de los que están aquí?

—¿Y usted, doctor? —preguntó.

Él la ignoró.

—No podemos enviar a Grover a prisión. No hay ninguna, pero él está incierto —se divirtió, como si estuviera hablando para él solo—. El modo más simple de proceder sería ajusticiándole...

—¡Doctor! —exclamó Gail.

—¿Qué demonios está diciendo, señor? —dijo Axel—. No sea tan loco como Grover.

Durante un momento, los ojos de Spartan brillaron con indignación, después movió las manos imponiendo silencio.

—Aún no he terminado. Simplemente estaba exponiendo una idea sencilla. Eliminando a Grover, el problema del agua sería menor. Si no existiera, no tendríamos que preocuparnos de sus arranques de violencia, lo cual puede volver a ocurrir. Por otro lado, la pérdida de un miembro capacitado de la tripulación, mostraría sus resultados al final de la expedición. Debemos pensar en ella. Sin embargo, alguna acción disciplinaria vendrá bien.

Hizo una pausa.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Morrie—. Y en lo que respecta a mi locura, yo no estoy loco. Estaba bajo los efectos de un ataque de nervios. Estaba asustado. Se me olvidó portarme como un ser civilizado.

—Me alegro que lo vea así —dijo Spartan—, porque le he asignado una tarea un poco peligrosa. Usted se encargará de hacer las reparaciones necesarias en el motor número cinco.

Sentí una sensación de realidad. Había temido cualquier decisión de Spartan, especialmente cuando habló de la pena capital. Aunque la reparación del motor sería una empresa difícil, el peligro no era excesivo y al fin y al cabo se trataba de un trabajo que cualquiera hubiera tenido que llevar a cabo.

—Empezará en seguida —dijo el doctor Spartan.

—Gracias, señor —dijo Morrie.

Se levantó y se dirigió a su saco de dormir empezando a vestirse el traje espacial. El doctor Spartan le observó con curiosidad. Después se volvió a mí.

—Aguarde junto a las aberturas hasta que él regrese, Drake.

Asentí haciendo un gesto con la cabeza.

El doctor Spartan se volvió bruscamente para volver a su torre de marfil.

CAPÍTULO IX

Gail y Axel se dirigieron a popa para ver qué se podía hacer para arreglar el aparato del agua. Ayudé a Morrie a que se ajustara su traje espacial, en silencio.

A pesar de que presentía que él no se había encontrado en su sano juicio cuando atacó a Gail, no me sentía capaz de perdonar su acción. Tampoco supongo que él se sintiera con ganas de perdonarme. Estaba seguro de que me odiaba por no consentirle seguir adelante en sus intentos con respecto a Gail, a pesar de que aparentemente estaba arrepentido de su acción. Antes de que le pusiera el casco sobre la cabeza, dijo:

—Yo, yo... no era dueño de mi mismo, Bill... Quiero que te des cuenta de eso. Y trata de que Gail comprenda que fue así.

—Ella aceptará tus excusas después —dije—. Pero entérate bien de una cosa, Grover. Si en alguna otra ocasión se te ocurre hacerle algo, te mataré por encima del mundo entero, incluso del doctor Spartan.

Él se mordió los labios.

—No puedo censurarte porque pienses de ese modo. Tú la amas, ¿no es verdad?

—Tienes mucha razón —dije—. Incluso antes de casarnos, yo la amaba.

Su casco estaba ya ajustado y se dirigió a las trabaduras. Yo cerré la puerta dispuesto a usar el Walkie-talkie en caso de que hubiera algún mensaje. El doctor Spartan apareció en aquel momento.

—Grover necesitará el equipo de soldadura para reparar el motor —dijo—. ¿Lo llevaba consigo?

—No, señor —dije.

—Entonces, cójalo y déselo —dijo Spartan volviéndose para regresar a su cabina.

Me encogí de hombros, yo no había sido asignado para reparar nada como Morrie, pero tenía que obedecer órdenes. Tomé el equipo y algunas herramientas en una bolsa de la cabina de utensilios. Cuando dije a Axel y a Gail que tenía que llevar el equipo de soldadura a Morrie, Axel me miró de modo preocupado.

—No vayas a empezar de nuevo, Bill —dijo él.

—Ya hemos hecho las paces —repliqué.

Volviendo a la cabina principal, encontré al doctor Spartan esperando con un tanque de oxígeno en las manos.

—Aquí está el tanque que quiero que use, Drake —dijo—. Este contiene muy poca cantidad de oxígeno, pero usar un tanque nuevo para una empresa de tan poco tiempo sería un desperdicio. No sabemos cuándo tendremos otro accidente.

—Muy bien. Quiero decir sí, señor —dije.

—Confío que Grover y usted no vuelvan a tener... a tener... altercados.

—No señor. Estoy seguro de que no era dueño de sí mismo, señor.

Mientras yo me ajustaba el casco, Spartan me colocó el tanque sobre los hombros. Después de arreglar las conexiones, me dirigí hacia las compuertas. Comencé a dejar salir el aire y llamé a Morrie por medio de la radio transmisora del casco...

—Te traigo un equipo de soldar, Morrie.

Él no contestó.

—¿Me escuchas, Morrie? —llamé de nuevo.

Tampoco hubo respuesta esta vez. Llamé una tercera vez y al no obtener respuesta de Morrie, empecé a escamarme.

—¡Morrie!

Sabía que algo no iba bien. Debía haberme oído. Algunas veces se aparta uno del transmisor pero el auricular siempre se tiene puesto. El sitio donde me encontraba estaba falto de aire y abrí la puerta exterior.

Até una línea de vida a mi cinturón y preparé el cerrojo del otro extremo uniéndolo a la parte exterior de la puerta.

Giré justo alrededor de la enmarcadura de la puerta y planté mis botas magnéticas contra el lado metálico de la nave. Allí se quedaron prendidas y yo comencé a caminar alrededor hacia el motor número cinco.

Encontré a Morrie Grover junto al motor tieso como una estatua, con las manos levantadas, —debido a la fuerza centrifuga— como si un invisible bandido le hubiera gritado manos arriba.

Su extraña posición y su demora en contestarme cuando le había llamado, eran motivos suficientes para convencerme de que algo iba francamente mal. Está inconsciente o... traté de no imaginarme la alternativa.

¿Qué era lo que no estaba bien? Solamente un meteoro podía haberle lastimado aquí, mas hacía bastante tiempo que habíamos pasado junto a la nube. Sabía que la oportunidad de ser alcanzado por uno era tan remota que incluso en un par de años era difícil que ocurriera.

Salté sobre las placas de metal de las bombas de los motores que se encontraban entre Morrie y yo. Su cuerpo parecía algo sobrenatural a la luz del sol, pasando por distintas fases, como si se tratara de un hombre-luna, a cada revolución de la nave. La mitad de su figura era negra y la otra media brillaba como una estrella. Y entonces, cuando el sol asomó a través del cristal de su casco, vi su cara contorsionada, la boca abierta y los ojos estáticos como sin vida.

Seguro que estaba muerto; me puse a su lado y observé el recipiente de oxígeno que llevaba en el pecho en lugar bajo para que quedara visible a Morrie. La bomba estaba casi llena, pero la válvula no funcionaba como debiera haciendo como si Morrie estuviera respirando. Estaba completamente muerto.

—¡Doctor Spartan! —llamé.

No obtuve respuesta y llamé de nuevo. Aparentemente, el doctor Spartan no estaba escuchando ni tampoco ninguno de los otros. Sentí la imperiosa necesidad de dirigirme a una de las mamparas que comunicaban con el interior y ponerme allí a mover los brazos para que Joel me pudiera ver desde la cabina de control. En lugar de eso, decidí llevar a Morrie a las cabinas rápidamente por si acaso quedaba un poco de vida en su inanimado cuerpo.

El bolso de herramientas que había llevado conmigo no estaba magnetizado y podía perderse en el espacio con la fuerza de las vueltas que daba el aparato. Abrí la bolsa y cogí los alicates cortando con ellos dos cabos del cinturón de seguridad de Morrie. Uno lo usé para atar la bolsa y el otro lo amarré de mi cinturón al de Morrie, dejando una distancia de unos ocho pies entre los dos. Después, dejé los alicates en su sitio, cerré la bolsa y me dispuse a caminar.

Cargar con Morrie con sus botas magnéticas hasta las cabinas sería un trabajo duro, especialmente si se piensa que yo tenía que moverme en la misma distancia. Lo levanté del piso y cargando con su desvanecido cuerpo sobre los hombros, doblé las rodillas y di un salto.

Salí hacia afuera, o lo que es lo mismo, hacia arriba de la nave; Morrie y yo, formábamos un ángulo perfecto con el Sol, por si se interesan por la posición geométrica de los dos. El Sol estaba alto sobre el fondo de la nave y a unos treinta grados a la derecha si se mirase desde la cola del aparato. Esta situación geométrica iba a ser muy importante y decisiva en el futuro de mi existencia.

Parecía que estuviéramos viajando a una gran distancia, a pesar de que la distancia es difícil de juzgar en el espacio donde no hay puntos de referencia. Yo quizás llevaba unos cincuenta pies de cinturón de seguridad y no fue hasta que sentí que me había alejado más de esto cuando empecé a preocuparme.

Entonces miré hacia abajo. La delgada banda de cobre que me unía a la nave no estaba atada a la anilla por fuera de la puerta. Había sido arrancada y Morrie y yo nos movíamos uno alrededor del otro como dos refulgentes estrellas, alrededor de un centro de gravedad común. La fuerza centrifuga de nuestro movimiento influía a la rotación.

Era algo que no me podía explicar. Había un cerrojo al final de la banda que no tenía que estar desatado. La cinta de seguridad no se pudo haber roto. Esto hubiera significado un esfuerzo muy grande y no lo había habido. No solamente pesábamos muy poco sino que yo no tenía noticias de haber forzado la banda en ningún momento.

El empuje que había dado hacia afuera o hacia arriba, solamente había sido un movimiento para separarme de la nave y hubiera continuado en esa dirección siempre al menos que se me hubiera aplicado alguna fuerza para detenerme. La única fuerza de la que tenía noticias era el empuje de gravedad del Sol, pero esto significaba que hubiera estado girando alrededor del Sol para siempre sin pensar en volver jamás al Jehad.

Sin embargo, había otro movimiento, también, y se trataba de la velocidad de la nave en el momento que me había separado de ella. Esto me hubiera hecho ir más allá... lo que para mí significaba la dirección general hacia la órbita de Marte. Mas mi relación con la nave no era permanente. Esta había ido acelerando constantemente, segundo tras segundo debido al impulso de los motores de plasma. Incluso al mirar hacia abajo, mi corazón se paralizaba de terror al solo pensamiento de que jamás podría volver al Jehad, cuya figura veía avanzar más allá. El triángulo rectángulo se había convertido en agudo, y ahora debía encontrarme detrás de la nave.

Incluso en ese tenso momento, mi mente pedía explicaciones, aunque fueran fantásticas. ¿Qué había ocurrido? Si el nudo o cerrojo no se pudo desatar solo, si la línea de seguridad no se pudo haber roto, algo debió partirla y desatar el nudo. ¿Qué? ¿Quizás se trataba del espíritu de Morrie clamando venganza por lo que le había hecho en la cabina de las herramientas? ¿Se trataría de Spartan? ¿O sería otra persona?

Todos estos pensamientos, ocuparon mi mente en varios segundos, pues tenía que volver a la realidad, y así que Morrie y yo girábamos en nuestra fantasmagórica danza espacial, alcancé el dispositivo de mi bomba de oxígeno. Al instante en que lo toqué, un disparo de alarma resonó en mi mente: Spartan me había dado una bomba con una

pequeña cantidad de oxígeno, por lo tanto, tenía que ser él el que quería deshacerse de mí. Había soltado mi línea de seguridad sabiendo que yo seguiría el camino más corto en lugar de escalar por los lados de la nave.

Este descubrimiento era un triste consuelo. Me di cuenta de que desde el momento que tenía menos cantidad de oxígeno de la necesaria, sería un suicidio utilizar la más mínima parte de él para volver a la nave que se alejaba y se alejaba cada vez más.

Cruzándose conmigo en un continuo girar y girar como de carrusel, un carrusel maldito, el gesto de Morrie parecía cambiar a medida que el sol penetraba alternativamente en su casco. Él estaba muerto y tenía gran cantidad de aire; yo estaba vivo y no tenía bastante. Ese gesto suyo pareció avisarme, inspirarme esta idea providencial. Tendríamos bastante para volver si actuaba de prisa.

Lo atraje hacia mí. Era difícil hacerlo moverse más cerca, pero aún más difícil sería llevarlo hasta la nave. Finalmente, lo encaucé en la dirección correcta y con el dedo gordo conecté la base de su equipo de oxígeno.

Fue hacia delante, pero la línea de seguridad que unía nuestros cinturones, le hizo dar una vuelta mortal al mismo tiempo que el gran tirón distendió el cable que nos unía. Estaba tirando de mí y alejándome de la nave, poniendo más distancia entre mi y la libertad. A él ya nada le importaba.

Rápidamente tiré para que volviera. Agarré sus piernas como se puede agarrar los mandos de un vehículo, disponiéndolo en la dirección correcta hacia la nave que a cada segundo que pasaba se alejaba más y más. Cuan lejos estaba, no lo podía saber porque como ya he dicho, las distancias, en el espacio son difíciles de calcular.

Ahora el empuje del aire nos hacía ir hacia la nave, cada vez más aprisa, esperaba que la velocidad que llevábamos se igualara a la de la nave, ahora la pregunta era ¿habría suficiente aire en el tanque de Morrie para alcanzarla? La corriente de aira salía por la válvula y alcanzamos la parte trasera de la nave, pero el aire salía con menos presión y ya no íbamos tan rápido. No llegaríamos hasta las cabinas, pero la cinta de seguridad de Morrie estaba aún rotando junto con la nave.

El aire se detuvo, pero logré alcanzar la cinta de seguridad con mi último esfuerzo y un momento después me llevaba a mi mismo hasta las cabinas. Justo en el momento de llegar se abrieron las compuertas y una mano salió al exterior y nos introdujo a Morrie y a mi en la nave, era Axel Ludson con su traje espacial.

Instantáneamente todas las sospechas que había sentido en el exterior se afianzaron ¡Axel había cortado mi cinturón de seguridad! Lo observé mientras cerraba las válvulas de seguridad para que se llenara de aire.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí, Axel? —le pregunté en tono exigente.

Él se volvió pero no contestó. Sus ojos estaban concentrados en el casco de Morrie y en su cuerpo inmóvil fijo en el suelo por las botas magnéticas, balanceándose al mismo tiempo que giraba la nave.

—¿Qué le pasa? ¿Le ocurrió algo?

—Está muerto —dije.

Axel me miró de la misma forma que yo debí mirarle a él cuando me pregunté lo que habría pasado con mi cordón de seguridad. Estaba pensando en la lucha sostenida por Morrie y por mí.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó rápidamente.

—Te estás preguntando lo mismo que yo —dije—. Lo encontré de esta forma. Y alguien trató de asesinarme, Axel. ¿No viste cómo mi banda de seguridad estaba suelta y yo me encontraba en el espacio?

Él se cogió la cabeza entre las manos, después, se agachó hasta alcanzar la banda que se encontraba en el suelo. El cerrojo estaba al otro extremo. Alguien lo había abierto.

—Miré a través de la puerta y te vi intentando entrar. Pensé que se trataba de tu banda —dijo.

—Era la de Morrie. Tuve que cortarla para atar la bolsa allá arriba.

Axel parecía no creerme. Ahora, examinó la parte de la cinta que había servido para atarme con Morrie. Aparentemente satisfecho, fue a mirar el aparato del aire. Había gran cantidad de aire respirable en la cabina y nos quitamos los cascos. Entonces dejamos a Morrie despojado del suyo. Estaba muerto, absolutamente cadáver. Muerto y frío.

Axel examinó el casco de Morrie. Sus dedos se deslizaron dentro del mismo hasta el orificio de entrada de aire.

—La válvula está estropeada —dijo.

Pude ver que estaba diciendo la verdad.

—Creía que alguien le había matado —dije.

—Alguien lo mató —dijo Axel.

Sacó los dedos de la válvula trayendo en ellos un trozo de papel.

—Pero pudo tratarse de un accidente —dije.

—Pudo haber la suficiente cantidad de aire como para mantenerle vivo algunos minutos —dijo Axel—. Lo que le mató fue el aire viciado... el dióxido que él exhaló. Alguien puso ese papel ahí para que no le pasara el aire. Probablemente no sabía lo que esteba ocurriendo hasta que era demasiado tarde.

Ya no sospechaba de Axel. Un asesino no es capaz, generalmente, de explicar como mató a su victima, pero tenía que asegurarme.

—No me contestaste, Axel, cuando te pregunté cuanto tiempo llevabas aquí.

Me miró de una forma rara.

—¿Piensas que yo fui el que separó tu línea de servicio de la nave?

Evité su mirada.

—Bien, supongo que yo he pensado lo mismo. Mas sólo hace unos minutos que vine a. este lugar. Acababa de desalojar de aire la cabinas y me disponía a salir para ayudaros a Morrie y a ti, cuando te vi en el exterior. Yo no tuve tiempo de cortar tu línea de seguridad. Deberías

saber que si mi intención hubiera sido la de matarte, te hubiera empujado hacia fuera, no te hubiera dejado entrar.

—Lo siento, Axel —dije—. Tengo hecho un verdadero lío en la mente. Nada parece ir bien, aquí, en el espacio.

—No había nadie alrededor de las cabinas cuando yo entré en ellas —continuó diciendo Axel—. Gail y yo estábamos trabajando en la cabina de herramientas hasta el momento en que ella se empezó a preocupar y me dijo que fuera a echarte un vistazo. Supongo que hubiera podido ayudarte. Joel se encuentra en la sala de control.

Él se quedó callado y yo no respondí nada. Ambos sabíamos quién había intentado matarme y quién era posiblemente responsable de la muerte de Morrie. Aquel pedazo de papel no se había introducido en el casco de Morrie por accidente. El papel, todo el que llevábamos en la nave se encontraba en la cabina de Spartan.

—¿Por qué? —preguntó Axel con calma y un acento extraño en su voz.

Parecía como que no había pronunciado las palabras. Me miró fijamente, con perplejidad.

—¿Está loco también el Dr. Spartan?

Recordé algo que había ocurrido algunos años atrás, mas parecía, sin embargo, que hubiera sucedido hacia menos de dos horas.

—Me encontraba en la cabina de Spartan mientras cruzábamos la nube de meteoros, Axel. Encontré algo allí.

—¿Sí?

—Sí. Un trozo de papel con nuestros nombres. El de Morrie estaba al principio de la lista. ¡Después seguía el mío! El nombre de Warner Joel se encontraba tachado y vuelto a escribir detrás del tuyo. Al final, estaba el nombre de Gail con un signo de interrogación junto.

—¿Una lista de la tripulación?

—Quizás; pero el signo de interrogación es algo que me asombra. Ahora, creo que nos ha inscrito en la lista por el orden que quiere ejecutarnos... acabar con nosotros, por decirlo más claramente.

—Es una idea completamente ridícula —dijo Axel.

—Mató a Morrie y trató de matarme a mí —dije—. Ambos formábamos los números uno y dos de la lista.

Axel parpadeó por la sorpresa. Después, miró a Morrie balanceándose suavemente, fijo al suelo por sus botas magnéticas.

—En primer lugar, tenemos que llevar a este muchacho dentro de la nave —dijo—. Después hablaremos del particular, Bill, tú y yo solamente.

Llevamos a Morrie a la cabina principal. Gail se encontraba aún en la sala de herramientas y llamamos a Spartan por el altavoz. Cuando cruzó el umbral de la puerta y vio a Morrie en su saco de dormir, le lanzó una mirada semejante a la que hubiera dirigido a una mancha de aceite en un tapete o alfombra.

—¿Qué ocurrió? —preguntó. Le dije escuetamente lo que me había encontrado omitiendo a propósito mi escapada de la muerte por pura casualidad. Me figuraba que si no le insinuaba el éxito que pudo haber tenido si la suerte no se llega a poner de mi parte, quizás desistiera de

su empeño. Mas no había demostrado ninguna sorpresa al encontrarme con vida y tampoco me había preguntado como había conseguido meter a Morrie en la nave.

Spartan se arrodilló junto al cuerpo. Introdujo la mano en el casco e hizo la misma comprobación que Axel había hecho en la válvula de entrada de aire.

—La válvula está estropeada —anunció—. La cosa ha ocurrido cuando estaba prestando un eficiente trabajo de reparación. Haré un informe completo de esto cuando vuelva a la tierra.

Noté que dijo cuando vuelva a la tierra. Me pareció que no esperaba llevar mucha compañía en el viaje de vuelta. Los acontecimientos del día habían probado claramente sus intenciones.

—¿Qué haremos ahora, señor? —preguntó Axel respetuosamente.

—Le haremos un entierro espacial, desde luego —dijo Spartan, se volvió hacia mi—. En los días que siguen, usted puede ocuparse de hacer un informe oral del incidente que yo transcribiré. Lo necesitaremos para presentarlo a los oficiales cuando volvamos a la tierra.

Hizo una pausa y miró a Morrie.

—Nuestro joven amigo ha descubierto una nueva realidad del espacio. Me temo que se trate de la muerte.

Se volvió para dirigirse a su torre de marfil.

Me agaché y recogí el casco de Morrie. Toqué la válvula interior. El pedazo de papel que Axel había encontrado no estaba ya allí. El Dr. Spartan había quitado la huella de un asesinato.

Pusimos el casco de Morrie en la cabeza del mismo y lo llevamos a las cabinas exteriores. Después de ponernos nuestros propios cascos, desalojamos de aire las cabinas y arrojamos el cuerpo inanimado de nuestro compañero al exterior. Después nos dirigimos a dar cuenta de lo ocurrido a Gail.

CAPÍTULO X

Axel y yo no tuvimos oportunidad de sostener nuestra conversación en seguida. En primer lugar, yo me encontraba cumpliendo con mi trabajo como disciplina que me había impuesto el Dr. Spartan, y en segundo lugar tenía también parte del trabajo extra impuesto después de la muerte de Morrie.

Spartan no atentó de nuevo contra mi vida, lo cual me pareció muy extraño. Continuó obsequiándonos con su odio hacia todos, especialmente hacia Axel y hacia mi. Actuaba de diferente manera con respecto a Gail, lo cual era muy fácil de comprender. Hacia Joel, parecía haber adoptado maneras especiales. Aparentemente, lo trataba como a uno más de todos nosotros, pero en particular se portaba mejor con él. Noté que Joel hacía los trabajos menos pesados mientras que los más arriesgados y duros eran encargados a los demás. Esto no importaba, pues estar ocupado significaba no estar aburrido; pero Joel se había convertido en el predilecto de Spartan y no había ninguna duda acerca de eso. Quizás Spartan pensó en la necesidad de tener un ayudante, o a

lo mejor había planeado hacerle cumplir órdenes que vendrían más tarde.

Joel estaba muy engreído porque Spartan, su jefe, lo invitaba a menudo a su cabina particular para que hiciera con él alguna comida o para discutir cuestiones de ajustamiento de nuestra órbita. Y estoy seguro que Joel le iba con el cuento de la menor cosa que Axel y yo hiciéramos o dijéramos, lo cual servía para descubrir nuestros sinceros sentimientos hacia Spartan.

Antes de que mi trabajo extra —y el de Gail— terminara, alcanzamos la mitad de nuestro recorrido. En este punto, habíamos conseguido la máxima velocidad que desempeñaba el aparato: cuarenta mil millas por hora. Esta velocidad se alejaba bastante de la teórica que podía recorrer la nave: cien mil millas por segundo; pero Marte estaba demasiado cerca de la tierra para viajar a semejante velocidad.

Los que se habían encargado de planear el viaje, habían señalado varias rutas posibles hacia Marte. La más corta, la de cuarenta millones de millas, se podría surcar cuando la Tierra y Marte se encontrasen más cerca. Seguir esta ruta, significaría acortar considerablemente la distancia, algo así como coger por un atajo. Sin embargo, habría algunas vallas que salvar, supuestas vallas u obstáculos debido a la fuerza de gravedad del Sol. El aparato tendría que usar de su fuerza desde el primer día hasta el último, y también el presupuesto sería mayor.

La segunda ruta haría consumir el mínimo de fluido y el máximo de tiempo. Nos aceleraríamos en una órbita, intersecando las distancias entre la Tierra y Marte. Entonces se pararían los motores y seguiríamos en vuelo libre hasta llegar a nuestro destino, donde se aminoraría la marcha. Pero ese viaje sería de cinco a siete años.

Nuestra actual ruta era la intermedia entre estas dos. Usaríamos el mínimo de fluido y el mínimo de tiempo. Esto era más rápido que el plan segundo pero más económico que el primero. Alcanzaríamos una buena velocidad hasta colocarnos en la órbita del planeta, después aminoraríamos la marcha. De tener suficientes suplementos, habríamos de permanecer en Marte durante tres meses. Sin embargo, cada onza de suplemento que hubiéramos de usar en Marte, tenía que ser llevada en una nave distintos cohetes separados que ya se encontraban en órbita alrededor del planeta. Tres naves de este tipo, habían sido lanzadas desde la Tierra dos años antes. Uno de éstos nos recogería del Jehad y nos devolvería de nuevo a él, del mismo modo que nosotros habíamos alcanzado al Jehad desde la Tierra. Los otros dos se dejarían en Marte.

Mas solamente se llevarían a bordo las necesidades de tres semanas. Después de nuestra vuelta al Jehad, estaríamos en órbita unos setenta y cinco días, cuando Marte y la Tierra estuvieran en la posición adecuada para hacer nuestro viaje de retorno.

Aunque teníamos más trabajo que de costumbre, la nave comenzó a hacerse aburrida después que Gail y yo cumplimos nuestro trabajo de castigo. Entonces cambiamos nuestros días por los de veinticuatro a veinticinco horas, haciendo el trabajo de cinco horas e incluyendo un turno de seis horas por el trabajo de Morrie. Viviendo esta gran rutina y

deprimiéndonos con ella, comprendíamos cómo Morrie había perdido la cabeza en un momento. Pero el resto de nosotros no dio esta clase de señales, ni siquiera Joel, que aguantaba todo de buena manera. Quizás las ideas que surcaban nuestra mente se debían a una sola equivocación. Nos imaginábamos una cosa imposible de suceder; que el Dr. Spartan se viera atacado por la misma manía que podía alcanzar a los demás. Sin embargo, Spartan era un buen astronauta y llevaba a cabo su trabajo de un modo eficiente.

Entonces nos encaminábamos a sobrepasar la línea media de nuestro viaje, recibimos nuevas señales desde Marte en nuestros equipos electrónicos. El primer signo, de radar indudablemente, continuó como al principio. Mas el segundo se trataba de una onda más larga y sería indudablemente una transmisión por medio de la radio. Llegó hasta nosotros como un sonido profundo y Axel sugirió que los marcianos estaban intentando comunicar con nosotros.

—Quizás sean palabras de bienvenida —dijo, y después añadió—: o avisándonos que no debemos traspasar los límites.

La primera mitad de nuestro viaje terminó. Marte, era ahora un disco visible y el giróscopo movía la nave de modo que la cola de ésta se orientaba hacia nuestro destino. Los motores fueron dispuestos y el largo período de aminoramiento comenzó.

Mientras que esto era llevado a cabo por Spartan ayudado de Joel en la sala de control, Gail, Axel y yo nos encontrábamos juntos en la cabina principal, sosteniendo, entonces, nuestra primera discusión acerca de lo que ocurriría de ahora en adelante.

—Spartan debe haber cambiado de forma de pensar —dijo Gail siempre esperanzada—. Realmente, no ha intentado hacer nada fuera de lo normal desde que intentó quitar la vida a Bill.

—Por entonces —dijo Axel—, creíamos, y él también, que habría dificultades a consecuencia de la falta de agua. Sin embargo, hemos podido destilar agua para regar el jardín usando el vacío de las cabinas exteriores. Hay suficiente líquido para beber —si nos encargamos de no desperdiciarlo— y también para preparar nuestra comida. Incluso podemos lavarnos de vez en cuando.

Sonrió y se pasó las manos por la sucia camisa que llevaba puesta.

—Ahora pues, no es necesario disminuir el número de pasajeros por falta de agua.

—¿Por qué no aguardó un poco antes de intentarlo? —pregunté.

—Morrie Grover tenía que ser eliminado —explicó Axel—. Spartan dio sus razones. Dijo que no había una prisión a bordo de la nave y que a pesar de eso, Morrie debía ser encarcelado. Se figuraba que lo que ocurrió una vez pudo pasar otras, si Morrie se dejaba dominar otra vez por sus sentimientos.

—¿Y yo, no era peligroso o demostré no saberme dominar? —pregunté.

—Ninguna de las dos cosas —interrumpió Gail contestando por Axel—, mas él te consideró peligroso en su forma de ver las cosas.

—Tú luchaste por Gail —dijo Axel—. Spartan no quiere que nadie se le ponga por en medio cuando trata de salirse con la suya.

—Está loco como el pobre Morrie —dijo Gail.

—En un modo distinto —dijo Axel—. Conozco al doctor desde hace mucho tiempo. Fuí a la luna con él. Se ve empujado por la ambición y por la idea de compartir el prestigio que sería llevar a cabo satisfactoriamente una empresa semejante. Le disgustó mucho, que los periódicos dieran mayor publicidad a la boda Loring-Drake, que al proyecto de un vuelo hacia Marte. Spartan quería aparecer como un único héroe.

—¿No es por eso por lo que todos estamos haciendo este viaje? Para ganar crédito, fama, gloria o todo lo que vosotros queráis denominar de esta forma.

—En parte sí. Hay también otra cosa —dijo Axel.

—El intento del viejo colegio —dije—. ¿Cuál es la razón justa de este viaje a Marte? cuesta seis billones de dólares. No podríamos volver sin algo que equivaliera a este presupuesto.

—Conocimientos —dijo Gail.

—¿Serán los conocimientos, los que nos proporcionen alguna ventaja —pregunté.

—No lo sabemos —dijo Gail—. Acuérdate de Colón. Fue llevado a prisión. La gente le acusó de arruinar el gobierno español por sus locos viajes a lejanas tierras. No había mucho oro, decía la gente, sin darse cuenta de que eso no era realmente lo que importaba; que el valor del descubrimiento del nuevo mundo no podría ser equilibrado en dólares y centavos. Lo mismo ocurrirá con Marte, estoy segura de ello.

—Muy bien —dije—, supongo que el viaje vale eso. ¿Por qué vamos? Particularmente si no hay dinero en él.

—Los soldados no se hacen ricos —dijo Axel—. ¿Y cuántos de ellos arriesgan sus vidas para ganar las guerras, o incluso para salvar a un compañero o llevar a cabo una acción de valentía.

—¿Se puede llamar a esa gloria, perder? ¿Se puede considerar eso, egoísmo?

—¿Serías capaz de llamar a los mártires hombres sucumbidos de la gloria porque murieron por defender principios y creencias?

—No muchos hombres —excepto uno o dos, que los hay— llegaron a ser mártires intencionadamente —dije.

—Hay dos clases de egoísmo que rigen la vida de todos los hombres, Bill Drake —dijo Gail—. Una es la defensa propia, que hace a un hombre matar a un semejante para defenderse. La otra es la conservación de la raza, donde se incluye la conservación de ideales y creencias, todo lo cual es necesario para el progreso de la raza. Muchos hombres mueren y se convierten en mártires por esto.

—Una clase de ideal de conservación te hace matar y la otra hace que te quiten la vida —dije—. Eso no tiene mucho sentido.

—No —dijo Axel—. Pero Gail tiene razón. Esa es la forma como se rige la vida. ¿Llamarías mártir a Willy Zinder?

—No —le respondí—. Willy iba a hacerse con una oportunidad y fue muerto. Supongo que es un héroe después de todo.

—Willy Zinder fue asesinado —dijo Axel bruscamente.

—¿Fue qué?

—Asesinado, he dicho. Spartan no tenía la atención de matar a Willy, sin embargo no quería que pasara la prueba y planeó el accidente.

Gail tragó saliva.

—Quería que Gail fuera a Marte —añadió Axel.

—Pero yo creía que esto era idea mía —dijo Gail.

Después hizo una pausa.

—Pero él aceptó la idea muy rápidamente en cuanto que yo sugerí mi participación en la tripulación. Quizás lo había planeado desde hacía bastante tiempo. Mas ¿qué os hace pensar que se trató de un asesinato?

—Spartan fue la última persona que inspeccionó los controles de la cápsula de Willy. Habían sido inspeccionado ya por otros antes que él y todos coincidieron en que estaban en buenas condiciones. Mas era cosa fácil para Spartan accionar de tal manera el control de reentrada que Willy volviera a la atmósfera noventa minutos antes de lo previsto, lo cual era demasiado pronto. Semejante acontecimiento, haría creer a todos que Willy había estado confundido o lleno de pánico. Podéis recordar que puso a Gail Loring en el control justo antes de que ocurriera el accidente. Quería que ella se creyera responsable del accidente, y por algún momento ella se sintió en realidad palpable.

—Pero tú no tienes pruebas de que lo que estás diciendo es verdad, Axel —dijo Gail.

Él se cogió la cabeza entre las manos.

—Yo no sospeché otra cosa sino que se trataba de un accidente hasta que supe que Spartan mató a Morrie Grover e intentó acabar con Bill también. A parte de esto, Bill me habló de esa pequeña lista de muerte que Spartan hizo. Fue entonces, solamente, cuando recapacité de que él había matado a Willy Zinder.

—¡Con el solo objeto de traerme a bordo! —dijo Gail. Su voz era casi un susurro.

—Quería casarse contigo, desde luego, pero tú cambiaste sus planes. Cualquier objeción suya ante tus planes, hubiera dado que pensar a todos y él no tenía poder en la Tierra para hacerte contraer matrimonio con él en contra de tu voluntad. Además, el platónico matrimonio, finalmente, no venía a deshacer sus planes. Él había decidido que Bill moriría antes de regresar a la Tierra.

—Había organizado todo este lío de la expedición de seis tripulantes, con el objeto de que tú vinieras en ella —le dije a Gail—. Nos va muy bien ahora con cinco… —Me detuve.

El doctor Spartan acababa de entrar en la cabina.

Miró el grupo con ojos cargados de rencor. Me pregunté cuánto tiempo llevaría escuchando y cuánto habría escuchado de nuestra conversación.

—Releve a Warner Joel en el control, Ludson —dijo.

A Joel aún le quedaba una hora de trabajo antes de ser relevado, pero Axel se levantó.

—Sí, señor —dijo.

—Miss Loring, es hora de que empiece a preparar nuestra próxima comida, ¿no es así?

—Es el turno de cocina de Bill Drake, señor —dijo ella.

—Usted lo hará esta vez. Drake se ocupará de cumplir ese trabajo la próxima vez que toque a usted. Ahora, quiero hablar con él.

Se volvió hacia mí.

—Venga a mi cabina, Drake.

—Sí, señor —dije.

Le seguí y ambos entramos en su cabina particular. Uno no camina para entrar en su habitación, más bien se tira al interior. El corredor que separa las dos partes de la cabina de Spartan está equipado con una doble fila de pequeñas puertas a cada lado y aproximadamente en el centro de la nave. Uno tiene que empujarse y pasar rápidamente a través de él debido a la fuerza centrífuga.

Spartan estaba de pie frente a la puerta cuando yo entré en la habitación. Me puse a su lado y él me hizo un gesto para que me sentara en el suelo junto a él.

—Drake —dijo—. Comprendo que tuviera algunas dificultades para traer el cuerpo de Grover a la nave después que lo hubo encontrado.

Esta fue la primera vez que mencionó lo que yo sabía que él sabía.

—Una pequeña dificultad, señor —dije.

—Para su información, Warner Joel vio el episodio completo en la pantalla de televisión de la sala de control. Estuvo usted a la vista la mayor parte del tiempo. Parece ser que su línea de seguridad quedó rota.

—Se soltó, señor —repliqué.

—¿Que se soltó? ¿Y cómo pudo ocurrir eso?

—No lo sé —dije—. Y como usted dijo, y tenía muy poco oxígeno en la bomba. Me valí del tanque de Grover para volver a la nave.

Me miró con el ceño fruncido como desaprobando mi actitud.

—¿Y llama a eso una pequeña dificultad?

Noté que tenía puesta la mano sobre la pistola pero no hizo ningún movimiento por sacarla.

—Sobreviví —dije sin ninguna expresión que revelara mis pensamientos.

—De modo que no hubiera considerado el hecho una seria dificultad a menos que no hubiera podido sobrevivir.

¿Se trataba de mi imaginación o realmente estaba jugando conmigo?

—Un poco más serio, señor.

Por un momento se quedó pensativo.

—De ahora en adelante, Drake, evitará usted las empresas peligrosas. Parece estar propenso a sufrir accidentes y puede verse metido en una seria dificultad, lo cual no ocasionaría ningún bien al fin de nuestra misión. Necesito una tripulación completa para llevar a cabo nuestro trabajo de Marte.

—Gracias, señor —dije.

—Puede retirarse.

Volví a la cabina principal, dándome cuente de que Spartan había hablado lo suficiente, él sabía que yo sabía que había intentado matarme y ahora intentaba garantizarme mi seguridad personal, probablemente porque se figuraba que necesitaría un par de manos

más al llegar a Marte. Sin embargo me había avisado de que si no me portaba bien, cambiaría sus intenciones y decidiría que yo era peligroso.

CAPÍTULO XI

Nos encontrábamos a un millón de millas de Marte, viajando a la comparativa velocidad de 12.000 millas a la hora —como una sombra sobre la velocidad de escape sobre la superficie de Marte— cuando Spartan hizo su siguiente movimiento.

Anunció por medio del altavoz que un serio accidente acababa de ocurrir. Las compuertas de aire se habían desatado de una manera misteriosa, y diez recipientes de agua que se encontraban en proceso de destilación con el propósito de regar el jardín se habían escapada como un verdadero torrente.

—Será absolutamente necesario que encontremos agua en Marte —añadió—. De otro modo, solamente la mitad de la tripulación, quizás solamente dos de nosotros, podrá regresar a la Tierra. Eso es todo.

Esto era demasiado. Algo más tarde, cuando Axel y yo nos encontrábamos solos, declaré mis sospechas.

—No fue un accidente —dijo Axel claramente.

—Exacto —dije.

Nadie se encontraba en la cabina principal cuando, alrededor de una hora antes, se escapó el agua. Gail había estado dormida en su departamento. Yo había estado en la cabina de las herramientas ocupándome de los aparatos del agua. Axel se encontraba entonces en la cabina de control y Joel había estado en la cocina preparando la comida para todos los demás.

—Acaso se cree que somos estúpidos —añadí—. Cualquiera puede decir con toda seguridad que él lo hizo.

—En el informe, aparecerá todo como Spartan decida —nos dijo Axel—. Ni tú ni yo vamos a contradecirle. Y en el mismo respecto, tampoco Joel lo hará.

—¿Asesino?

Axel asintió con la cabeza.

—Creo que durante mucho tiempo tiene planeado volver solo.

—Pero seguramente… seguramente que lo hará sin Gail.

—Si tú fueras Spartan y pensaras como él, ¿qué harías? Gail es la que puede ponerle en peligro contradiciendo su historia.

—¿Crees que incluso Gail está en peligro?

Axel asintió de nuevo.

—Como ya dijimos una vez, Spartan no es un hombre al que le gusta compartir la gloria —dijo—. Además, hay dos asesinatos que tendrán que ser aclarados.

Parecía increíble, pero había un lógico orden en los acontecimientos que hacía plausible la historia de Axel. Primero, Spartan quería a Gail. Había preparado un accidente para Willy Zinder y este accidente resultó ser un asesinato. Segundo, había ocurrido el accidente que estropeó el equipo del agua, lo cual había servido al doctor Spartan para menguar la tripulación, teniendo en cuenta, desde luego, que Spartan jamás

había pensado que ninguno de nosotros volvería sano a la tierra, con la posible excepción de Gail. Esto había resultado ser el segundo asesinato. Tercero, él había planeado eliminarme pero, por una buena razón, había cambiado de parecer: yo sería necesario cuando llegáramos a Marte. Una vez que yo hubiera cumplido mi misión, podía ser eliminado. O, posiblemente, Spartan temía encontrar criaturas hostiles en Marte y no podía arriesgarse a menguar la tripulación por si era necesario luchar. Ahora, había ocasionado el problema del agua.

—Suponiendo que tengas razón, Axel —dije después que estos pensamientos cruzaron mi mente—, ¿qué podríamos hacer acerca de todo esto?

—Nada... por ahora.

—¿Después?

—Si queremos vivir, tendremos que hacer algo —dijo Axel—. Debemos decidir una cosa, Bill, y es hasta dónde queremos llegar.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté—. Si se trata de defender mi vida, llegaré hasta donde sea necesario.

—No es tan simple —dijo Axel—. Como Spartan dijo, sin ninguna exageración, hay agua suficiente solamente para dos —tres a lo más—. Eso significa, que dos de nosotros al menos, hemos de morir, a no ser que encontremos agua en Marte. Supón que tuviéramos que hacer prisionero a Spartan, ¿qué ocurriría entonces?

Me di cuenta entonces de cuál era el verdadero problema. Incluso aunque se tratara de un prisionero, no tendríamos derecho a ejecutar a Spartan por el solo hecho de que no había agua suficiente. ¿Y cómo elegiríamos a otra persona para ser sacrificada?

—Es un problema terrible, Axel —dije—. ¿Debemos decidirlo ahora?

—Debemos decidirlo antes de que abandonemos Marte —replicó él.

Yo estaba de acuerdo y también en que no podíamos hacer nada de momento. A pesar del Dr. Spartan, a pesar de todo, el éxito de la expedición era lo primero. Allá, enfrente nuestro, se encontraba Marte, o lo que era lo mismo, algo que pedía significar la muerte para alguno de nosotros.

El planeta, se veía como un gran gigante en la pantalla de televisión. Las señales que habíamos creído aciagas, eran ahora señales de esperanza. Si había vida en Marte, debía haber agua. Verdaderos científicos, habían hablado de la posibilidad de que una vida diferente de la nuestra existiera en el planeta, una vida sin agua, usando amoniaco en cambio, quizás. Por nuestra propia conveniencia, esperábamos que aquello no fuera cierto.

Mirábamos como sedientos a las capas polares, la norte disminuyendo rápidamente, pues era casi verano en aquellos hemisferios. La capa sur iba creciendo a medida que se acercaba el invierno.

Mas aún estábamos inseguros de nuestra recepción.

—Se sienten inquietos por nuestra causa —me dijo Gail—. Imagínate lo que tú sentirías si una flota de naves espaciales procedentes de Marte se aproximaran.

—¿Una flota? Esto es solamente una nave.

—Tres cohetes están ya girando alrededor de Marte —me recordó ella—. Si los habitantes nos descubrieron cuando aún no llevábamos hecho ni la mitad de nuestro viaje, ciertamente ya se habrán explicado la presencia de esos cohetes.

—No les costará mucho tiempo enterarse de si somos dañinos —dijo Joel—. Al menos que sean de esos que disparan antes de hacer las preguntas de rigor.

—No habrá ningún campo común de comunicación —dijo Gail—. La vida de los marcianos será diferente de como nosotros nos la imaginamos.

Todos habíamos leído todo lo posible acerca de Marte antes de abandonar la tierra. La pregunta sobre la vida de los marcianos no había quedado aclarada. Había vida, pero si no pasaba de la vida vegetal observada por medio de fotos y de telescopios, era otro asunto. Tratamos de imaginarnos a las plantas usando radar y enviando mensajes; la idea parecía de lo más absurda.

Los canales originalmente llamados por Schiaparelli, «canali», según la palabra italiana para describir los «channels» erróneamente interpretados luego como canales (canals) estaban tan geométricamente dispuestos, que mucha gente pensaba que aquello no había podido ser obra de la naturaleza, sino que se debían al trabajo de seres vivos.

Había algo de oxígeno, mas la cantidad exacta era una pregunta que no tenía respuesta cierta. Era difícil de determinar porque todas las pruebas se tenían que hacer por medio de la masa de oxígeno que rodea la tierra. No se había llegado a una idea fija. Había agua, pero la cantidad no se podía determinar, porque el aire que rodea la tierra está lleno de vapor de agua. El clima podía ser estudiado. Marte era frío pero no demasiado. En el ecuador era posible que se diera un día muy caluroso con temperaturas quizás más altas de sesenta o setenta grados. Las noches podían ser muy frías, hasta el punto de helarse incluso en verano. Las capas de hielo eran delgadas pues se derretían rápidamente. Generalmente se creía que se trataba de hielo, sin embargo, también se creía que era dióxido de carbono, hielo seco. Los polos eran lo suficientemente fríos como para producir dióxido de carbono en el invierno.

Había dos clases de nubes en Marte. Unas vaporosas y blancas formadas probablemente por vapor de agua, y nubes amarillas, que daban la impresión de ser nubes de polvo levantadas por violentas tormentas. A pesar de que en Marte el aire fuera fluido podía haber fuertes vientos.

Ahora podíamos ver las dos lunas de Marte. La más lejana de las dos, Deimos, se encuentra solamente a 15.000 millas de la superficie del planeta. Su diámetro es de unas veinte millas y da una vuelta alrededor de Marte cada dieciséis horas. Considerando que el día de Marte es casi igual al da la tierra, solamente treinta y siete minutos más largo. Deimos se levantaría por el oeste y se pondría por el este unos tres días más tarde, estando visible y moviéndose lentamente hacia el este la mayor parte del tiempo. La luna más grande, Phobos, tiene cerca de treinta millas de diámetro, y dista solamente 6.000 millas de la

superficie de Marte. A pesar de ser muy pequeña, se podría ver como un pequeño y brillante disco desde la superficie del planeta. Su período es de seis horas, de modo que se levanta por el oeste tres veces en lo que dura el día marciano. Actualmente, circunda a Marte cuatro veces al día, Marte se vuelve una vez de modo que aparece Phobos a la vista del planeta rodeándolo sólo tres veces.

Nuestro problema no consistía en chocar contra Marte sino en pasar rozando su superficie. Nos acercaríamos lo suficiente como para ser atraídos por la gravedad del planeta. Entonces haríamos espirales como un satélite aminorando cada vez más la velocidad y menguando las órbitas hasta llegar lo más cerca posible al grupo de cohetes que habían sido mandados desde la Tierra con nuestro suplemento. Nos meteríamos en uno de éstos, y después, usando controles eléctricos, haríamos llegar al planeta a los tres cohetes equidistantes uno de los otros en una especie de desierto cerca de un oasis, lugar que parecía muy apropiado para una exploración.

Lo más interesante de estos oasis, de los cuales había muchos, eran dos planicies ovaladas de tonos verdimarrón, señaladas en los mapas de Percival Lowell como Solis Lacus Mayor, la una y Solis Lacus Menor la otra, generalmente llamadas solamente Solis Lacus. Estas se encontraban aproximadamente a la mitad del trayecto comprendido entre el ecuador y el polo del hemisferio norte. En 1924, Solis Lacus, empezó a extenderse, llegando casi a medir dos veces su tamaño normal en dirección norte. Indudablemente, había una buena profusión de vegetación en este área. En la lejanía, las dos áreas estaban unidas por medio de un canal, frecuentemente dividido en dos y formando por lo tanto dos canales. Entre los oasis, se encontraban las zonas desérticas. Por lo tanto, si llegábamos al planeta deteniéndonos entre los dos Solis Lacus, tendríamos la oportunidad de aprender mucho acerca de las características físicas del planeta.

A la distancia de un millón de millas, teníamos que dirigirnos cuidadosamente a Marte. El planeta giraba a gran velocidad, cerca de quince millas por segundo, len comparación con la velocidad que llevábamos nosotros, que era ligeramente casi tres veces menor. Si fallábamos no podríamos alcanzarlo ya que íbamos muy despacio. Tendríamos que volvernos con el rabo entre las piernas.

Nuestro computador electrónico accionaba las correcciones de la línea de vuelo para que pudiéramos ser atraídos por la fuerza de gravedad de Marte. Ya habíamos localizado los tres cohetes por medio del radar y aparte teníamos un telescopio en la sala de control más lentes telescópicas en las cabinas que comunicaban con el exterior para que nos sirvieran de ayuda, esto fue una suerte, pues a medida que nos acercamos a Phobos, Axel llamó excitado desde la sala de control.

—¡Estamos teniendo complicaciones con los marcianos, doctor Spartan!

No se veía nada en la pantalla de televisión que indicara una ataque con naves espaciales, pero podíamos ver una cantidad de «nieve» enorme a modo de interferencia. Hasta que no me tocó mi turno en la cabina de control no comprendía el problema. Axel se encontraba allí

entonces, pues se había quedado para descubrir lo que él creía que era la verdad.

—Están descentrando nuestro radar —explicó—. Está tan estropeado que no podemos localizar los cohetes.

—Entonces no se están portando como amigos —dije.

Sospechaba que no nos recibirían con los brazos abiertos, y creo que los demás habían presentido lo mismo.

—Quizás no sea una cosa demasiado seria. —dijo Axel.

—Si encontráramos el medio de comunicarnos con ellos —dije—. Quizás pudiéramos hacerles comprender que venimos en plan de amigos.

Axel se cogió la cabeza entre las manos.

—¿Serías capaz de creerte todo lo que un hombre de los espacios extraños viniera a decirte? —preguntó—. Una vez que han observada tres cohetes rodeando su planeta, pueden sospechar que vaya a seguir una invasión, ahora que ven que se acerca un aparato mayor.

—Al menos parece que no tienen proyectiles —dije.

Entonces un pensamiento repentino asaltó mi mente.

—Esto de entorpecer nuestro radar puede probar algo. Quizás no tienen ojos.

Me miró de un modo extraño.

—¿Por qué te figuras eso?

—Deben tener radar y por lo tanto saber que pensamos ponernos en contacto con el resto de la «flota». Ellos se figurarán que se trata de un radar, desde el momento en que parece ser que no sospechan que podemos ver los cohetes; quizás el radar sea su único medio de ver.

—Aunque no sea absolutamente tuya esa idea, es cierto que estás cavilando, muchacho —dijo Axel.

Mas el descentrado radar nos había traído un mensaje bien claro: «Terrestres, no sois bienvenidos porque desconocemos las razones que os traen aquí. No queremos que piséis nuestra tierra.» El mensaje era tan claro como si hubiese sido enviado en inglés.

No había pensamiento de volver. ¡Qué demonios! Habíamos llegado hasta aquí, ¿no era así?

Observamos detenidamente a Phobos, parecía que ni siquiera era de roca. Tampoco era redonda. Parecía un trozo de basalto, mas el doctor Joel, geólogo, nos hizo notar la existencia de rayas negras que él describió como hierro meteórico. Originariamente todo había formado parte de Marte, como nuestra luna fue una vez parte de nuestra Tierra. Phobos había sido un asteroide captado por el planeta y probablemente ocurrió lo mismo con Deimos.

Los cohetes se encontraban agrupados, con una distancia de diez millas de uno a otro. Estaban rodeando a Marte en dos horas, dentro de la órbita de Phobos. Nos aproximamos a ellos pesar de no tener radar, pues se veían con facilidad como movibles puntos brillantes en el cielo.

No había nada que empaquetar, ni siquiera instrumentos, pues éstos cohetes debían llevar todo lo que fuéramos a necesitar. Nos limitamos a ponernos nuestros trajes espaciales, calculando una línea entre el

Jehad y el mayor de los tres cohetes, después de detener la rotación del Jehad, nos lanzamos.

A pesar de que yo ya había experimentado varias veces los vuelos espaciales, este hasta Marte no se podía comparar con ninguno de los anteriores. Se trata de un pequeño planeta, solamente tenía 4.200 millas de diámetro, pero no parecía tan pequeño ahora. Parecía llenar medio cielo, grande, rojo y feo. En el hemisferio norte, donde la primavera estaba para terminar, la capa de hielo polar había casi desaparecido. La vegetación verde y marrón se extendía hacia el sur. Aquí y allá, sobre la superficie, se encontraban esparcidas algunas nubes y los misteriosos canales tan rectos como si hubiesen sido trazados con reglas. Todos los del norte se habían doblado y parecían líneas paralelas. Había algo parecido a montañas en el área conocida por Mare Erithraeum, que no era un mar como se creía, sino un oasis.

Una vez a bordo del cohete, me senté próximo a Gail. Contrariamente a lo que ocurría en la cápsula Saturn, ésta tenía miradores, para que se usaran como focos de observación del planeta que nos disponíamos a pisar una vez que ya estuviéramos en él, y a través de ellos podíamos observar a Marte mientras grabábamos alrededor de nuestro lugar de tomar tierra.

Habíamos llegado hasta aquí por medio de cabinas exteriores del cohete. Un gran aposento estaba lleno de cosas que necesitaríamos y aparte había una cabina larga que iba de un extremo a otro del cohete. Noté, apreciando toda la realidad que aquello quería decir, que en un gran tanque se leía, AGUA. Contenía suficiente cantidad para todos los usos en el planeta. Podíamos «derrochar» agua durante tres semanas y si aparte de esto, encontrábamos agua potable en Marte, podríamos cubrir nuestras necesidades del Jehad.

Esto, desde luego, no entraba en las consideraciones del Dr. Spartan.

El Dr. Spartan llegó a bordo el último. Tomó asiento.

—No se quiten los cascos —avisó—. Aún no he acondicionado el suplemento de oxígeno y es mejor que pisemos tierra con nuestros trajes espaciales. No sabemos qué clase de terreno pisaremos y es posible que de hacerlo de otro modo se estropeara alguna nave y tuviéramos que desperdiciar el suplemento de aire.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Y, desde luego, desconocemos qué clase de armas tendrán los marcianos.

Sentía un agudo silbido en mi receptor de oídos. No era solamente Gail la que hacia el ruido sino también los demás.

—Dentro de poco rato —continuó hablando Spartan—, seremos los primeros hombres que habremos puesto los pies en Marte. Hemos hecho un largo viaje interrumpido por... por... serias dificultades.

Estaba usando mis mismos términos.

—Quizás no estén contentos conmigo, incluso deben odiarme. Sin embargo, hay cosas más importantes en que pensar ahora. La Tierra espera que nosotros cumplamos nuestra misión en Marte. Yo soy el jefe. Yo doy las órdenes. Y así estén o no contentos conmigo, habrán de

obedecerme. Vamos hacia un mundo extraño, donde una extraña forma de vida —hostil quizás— existe.

»Los marcianos nos encontrarán en su propio terreno, e indudablemente tendrán mayor número de partidarios que nosotros y posiblemente poseerán armas que nosotros no entenderemos. Mas, en la Tierra, existen muchos casos gloriosos de pequeños grupos que se defendieron de fuerzas mayores a ellos. Por defensa propia, debemos permanecer unidos. En favor de la fe que nuestro mundo tiene puesta en nosotros, la expedición debe seguir adelante y terminar satisfactoriamente. Debemos permanecer juntos hasta el último momento de abandonar Marte.

Prestando mucha atención a las palabras de Spartan, no se me pasó la frase «hasta el último momento de abandonar Marte». Comprendía que él no tenía ningún interés en que el grupo permaneciera unido después de eso.

—Ahora —continuó después de una pausa—, los que planearon este viaje tuvieron mucha cautela. A pesar de las opiniones de muchos hombres que han estudiado a Marte, esa inteligente —y por consiguiente, posible y beligerante— vida, puede no existir aquí; los hombres que seleccionaron nuestro equipo lo hicieron pensando que habríamos de defendernos.

El Dr. Spartan se levantó hasta llegar a la cabina que estaba detrás de mí y abrió la puerta. Allí había dos rifles. Seis pistolas y las balas correspondientes en las cartucheras. Cogió cinco pistolas y se guardó una de ellas repartiendo luego las demás.

—Guardaremos la pistola de Grover por si la necesitamos —dijo Spartan, señalando con la cabeza hacia el arma que quedaba allí—. Hay balas para todas ellas y aún quedan más a bordo. Tenemos cartuchos regulares y explosivos para los rifles que son automáticos. Podrán observar que el gatillo está acondicionado para que puedan accionar aún con los guantes del traje espacial puestos.

Así que observamos nuestras pistolas y las guardamos, Spartan levantó uno de los rifles; éste también tenía el gatillo arreglado.

—Estas son armas M-14 —continuó—. Es un arma militar moderna que se carga con postas de 7,62 mm. Pueden ser disparadas automáticamente o de manera semiautomática y de ambas formas su manejo es simple. Sin embargo, además de mí mismo, solamente William Drake ha experimentado estas armas. Él estuvo en el ejército por algún tiempo. Por consiguiente, Drake y yo llevaremos los rifles.

Al menos, pensé, Spartan y yo iríamos armados de la misma manera.

Miré a todo el grupo. Gail estaba pasando la mano por su pistola.

—Yo no sé cómo disparar esto, doctor Spartan —dijo.

—No hay nada que saber —dijo Spartan—. Dispone el arma hacia donde quiera disparar y luego apriete el gatillo. Es muy sencillo si lo hace con tranquilidad.

Axel se aclaró la garganta.

—¿No cree, señor, que sería mucho mejor que hiciéramos nuestra primera aparición en Marte sin llevar armas? Si nos encontramos con esa vida inteligente, o si nos detectan por medio de radar, debemos dar

la impresión a esas criaturas de que no somos unos invasores hostiles sino pacíficos científicos.

—¿Quién dijo alguna vez que éramos hombres de paz? —preguntó Spartan—. Marte llegará a ser una colonia de la Tierra.

—Esa es la misma equivocación que cometieron los españoles cuando Colón descubrió América —dijo Axel—. Se pudo derramar mucha sangre si las naciones de la tierra no hubieran pensado en la libertad de las tierras.

—Eso son simples pensamientos idealistas, Ludson —dijo Spartan—, pero nunca hicieron llegar a nadie demasiado lejos. El hombre es la mayor fórmula de inteligencia que existe en el mundo, o mejor dicho, en el universo...

—¿Cómo lo sabe —preguntó Gail.

—Porque soy un hombre. Haremos un gran favor a los marcianos dándoles el gran beneficio de nuestra civilización. Me refiero a hacer de Marte un trozo más de nuestra tierra. Y no se preocupen porque estos monstruos marcianos vayan a tomar a ofensa nuestras armas. No reconocerán que son armas.

Hizo una pausa y después su voz sonó dura.

—Usen sus armas en todo momento. Manténganlas a mano mientras duerman. Esto es una orden.

Sabíamos que tenía razón acerca de las armas como había llevado razón en muchas otras cosas. Nadie le quitaba a Spartan, sus méritos como astronauta. Los marcianos no reconocerían las armas. Cualquier cosa que lleváramos en las manos sería como un arma ofensiva para ellos. Un instrumento científico, incluso una bandera de paz. Del mismo modo que Marte era completamente nuevo e incomprensible para nosotros, lo sería la Tierra para ellos y lo mismo serían los seres de la Tierra.

—Pónganse los cinturones —dijo Spartan.

Así que me lo ajustaba, tuve la misma idea que la primera vez que estuve en órbita. Estaba mitad asustado, mitad ansioso. La primera vez que tuve que volar solo, pregunté a uno de mis compañeros de tierra:

—¿Qué puedo hacer si algo no va bien?

Y él me replicó:

—Puedes limitarte a permanecer sentado. No habrá tiempo para más.

Habíamos llegado a Marte bien. Habíamos tenido suerte y estábamos vivos. Mas despedirnos de Marte con vida, era otro asunto. Me encontré a mí mismo pensando: «Si los marcianos no me alcanzan, lo hará el Dr. Spartan».

Spartan conectó un botón. Una luz verde se encendió en la sala de control. Todo estaba bien dispuesto para entrar en la atmósfera de Marte. La luz parpadeó una vez. Los controles electrónicos estaban funcionando. En el momento oportuno, los cohetes aminorarían la velocidad y descenderían, mientras que la gravedad de Marte se encargaría de lo demás.

Entonces, toda la nave tembló, como impulsada por una ráfaga. Sentí la presión más fuerte a través de mi traje espacial. Después de vivir durante dieciocho meses con una gravedad tan ligera que apenas hacía

caer a un hombre al suelo, este contraste me hizo sentir como si tuviera un peso muy grande en los pantalones. Me pareció que había vuelto a la Tierra. Ya no estaba nada asustado. Estábamos muy próximos a pisar tierra firme.

Al menguar la velocidad, la fuerza de gravedad comenzó a entrar en la cápsula. Pero no era nada similar a la fuerza que un hombre siente cuando empieza la reentrada, o sea el choque con la atmósfera de la Tierra; Marte tiene únicamente una décima parte de la masa de la Tierra y la gravedad es algo así como el cuarenta por ciento. Estábamos descendiendo lentamente, y los cuidadosamente calculados cohetes, absolutamente automáticos, nos harían posar en tierra con más suavidad que si lo hiciéramos en paracaídas. De hecho, llegar a Marte en paracaídas sería más efectivo que hacerlo en la luna. En Marte existe la atmósfera, aunque muy ligera, mientras que en la luna no existe.

El paisaje era muy bonito. Quizás los colores no eran tan definidos y brillantes como los que se perciben cuando uno se acerca a la Tierra. No había azules profundos de mar, verde de los campos y los bosques, amarillo de los desiertos o las suaves tonalidades blancas que cubren las grandes montañas. Las capas polares de Marte tampoco eran como las nuestras, pues aquéllas eran casi círculos perfectos. El hielo en las capas polares de la tierra adopta formas irregulares debido a los mares y a los continentes.

Mas Marte era muy espectacular. Casi todo lo que se extendía a la vista, tenía tonalidades rojas. Incluso las áreas llamadas mares por los astrónomos, pues tenían una especie de sombra verdosa, con reflejos entre marrones y rojos en su base. Las montañas, que pronto se hicieron visibles al aproximarnos al planeta, eran grandes pero erosionadas, mucho menos impresionantes que nuestras montañas Rocosas, los Alpes, los Andes o la cordillera del Himalaya. No vimos nada que se pareciera a cuerpos o agua.

Así que nos acercábamos al planeta, nuestra órbita se achicaba llevándonos más cerca cada vez de Marte a una velocidad superior a la del giro de esta masa alrededor de su eje. Mare Erithraeum se encontraba ahora a nuestra espalda y extendiéndose hacia el este había un canal llamado Néctar, que fluía de una gran extensión de desierto rojo.

Entonces sentí un estremecimiento de la cápsula y supe que se debía a que acabábamos de entrar en contacto con la atmósfera de Marte. No podía ver nada directamente debajo de nosotros, pues la base de la cápsula quitaba la vista, pero, volviendo la cabeza, pude observar las verdi-marrones pampas de Marte extendiéndose hacia el norte mientras el desierto lo hacía hacia el sur, Mare Erithraeum al este, y después, demasiado pequeñas, algunas extensiones de vegetación hacia el oeste.

Lo último que vi fueron Solis Lacus Menor y Solis Lacus Mayor, entre los que se encontraban otras extensiones de terreno donde nosotros habíamos planeado tomar tierra.

No notamos ninguna sensación de calor al llegar y tampoco era esperada. A pesar de que había aire suficiente como para causar algún roce en el exterior de la nave, nuestra velocidad era mucho menor a la

que llevaríamos en caso de emprender la reentrada en la atmósfera de la Tierra.

Observé los dos óvalos iguales en los que tomaríamos tierra. El oasis mayor, Lacus Mayor, se ofrecía completo a nuestra vista. En el centro había como una mota negra brillante y pulida como el ébano brillando al sol. Y hacia el sur, a poca distancia del norte del ecuador, hacia otra mota exactamente igual de negra y de brillante. Quizás fueran ciudades.

—¿Qué le parecen esas cosas, doctor Joel? —pregunté señalando las motas.

Joel se cogió la cabeza entre las manos.

—Nuestros astrónomos ya las habían visto —dijo—. La que se encuentra en Lacus Mayor se llama Umbra. La otra es Pnyx, en la unión de los dos canales. Ciertas personas han sugerido que se trata de ciudades.

—¿Ciudades circulares? —pregunto Gail, que también observó la pantalla.

—Con una cúpula encima de ellas —dije.

Ahora podía ver por qué brillaban. La pulida superficie era alguna sustancia transparente que cubría la ciudad como si se tratara de su concha. Abajo, se encontraban unos edificios oscuros.

—Desde el momento que parece sentirse tan interesado por estas cosas, Drake —dijo Spartan—, puede ocuparse de descubrir que son realmente.

Capté la mirada asustada de Gail así que sus ojos se detuvieron en mí, y después volvió la cabeza para que yo no pudiera ver su miedo. Mas yo sabía lo que Spartan tenía en la mente. Quería que yo muriera, y mandándome a las mismas puertas de una ciudad marciana, se evitaría la engorrosa ocupación de tener que acabar conmigo personalmente.

Muy, muy despacio, nos acercamos al desierto de Marte. A través de las ventanas pude ver uno de los cohetes tomar tierra cerca de la parte posterior del doble canal al norte de donde nos encontrábamos. La tierra era irregular allí, debido a los surcos y grietas y por un instante, el cohete se balanceó quedando por fin apoyado sobre un lado.

Afortunadamente, todo el fluido fue eliminado antes de aterrizar por lo que no se produjo fuego.

Volviendo la cabeza, observé el segundo cohete que se encontraba en el lado oeste.

Después, hubo un sólido pero chirriante porrazo, lo mismo que se sentiría si se saltara desde una pared de diez pies de altura. Nuestro cohete se resintió del impacto, pero se mantuvo derecho.

Los motores estaban parados, mas se había conservado el fluido necesario pues este cohete sería el que nos llevaría de vuelta al Jehad.

—Estamos en Marte —dijo Gail a través de su micrófono. Alargó su mano y rozó mi brazo como para darme aliento y seguridad.

—Sí, lo conseguimos —dije, y me pregunté si abandonaríamos alguna vez este planeta.

CAPÍTULO XII

Busqué algo en Marte que se pudiera comparar con otra cosa de la Tierra para poder decir «esto es como en casa». Mas la similitud, si existía, era muy vaga. Mientras los cohetes se colocaban en el desierto, oí de manera poco distinta y clara el murmullo de una corriente, algo así como el ruido del agua de una catarata al caer. El aire era tan espeso que los sonidos retumbaban; pero al fin había algo bueno: existía el sonido, contrariamente a lo que ocurría en pleno espacio.

Ahora que los cohetes estaban detenidos, quedé firmemente fijo a mi asiento debido a la fuerza de gravedad —verdadera gravedad, no fuerza centrífuga—. Mas se trataba de una presión distinta de la de la tierra.

—Suéltense los correajes —dijo Spartan—. Pero, por favor, permanezcan en la cabina hasta que yo experimente la atmósfera.

Al tiempo que dijo esto, se soltó su propio cinturón y empezó a subir por uno de los lados. Así que desapareció a través de la portezuela del suelo, lancé un vistazo a este peculiar hombre y a su extraña sonrisa de contento. ¿Venía ésta en respuesta de lo familiar que nos resultaba la gravedad? ¿Se estaba recreando acaso en algún pensamiento de su futura gloria?

Oí como abrió la puerta de las cabinas. Gail se asió a mí al tiempo que una pequeña nube de polvo penetró por la abertura hasta la parte inferior del cohete.

—¡Aire! —dijo.

Aire marciano había entrado en el cohete.

Mirando a través de los miradores, vi a Spartan con su traje espacial, de pie en el rojo planeta; se trataba del primer ser humano que pisó Marte, anduvo expectante algunos pasos, después sacó un instrumento pequeño y presionó algunos botones y leyó algunos discos. Después se agachó y tras haberse llenado la mano de tierra, la levantó y la lanzó al aire. Un gesto muy juguetón tratándose del Dr. Spartan. ¿Y por qué no iba a estar gozoso? Él había dirigido el primer viaje desde la Tierra hasta Marte. La tierra que había lanzado parecía caer muy suavemente, unos pequeños guijarros que tardaron algunos segundos para descender de cinco pies de altura. En la Tierra, la misma cantidad de pedrezuelas hubieran descendido en el mismo tiempo unos dieciséis pies.

Spartan permaneció recto y en silencio, con sus ojos fijos a través del casco en los oasis del desierto. Por un momento, olvidé su arrogancia, sus instintos asesinos y su determinación de matarme para obtener a Gail. Era un individuo de la Tierra, un representante de ella, no un hombre corriente y vulgar. Marchó de nuevo hacia el cohete, con sus dañinos ademanes acentuados. Cada movimiento, cada gesto, mostraba un claro desprecio hacia los demás. Era el tipo de hombre capaz de volver loco a alguien con sólo decirle: «Buenos días».

Entró en la nave y cerró las cabinas. Subió por el lado hasta el control y accionó una válvula dejando libre el aire del cohete.

No fue hasta ese momento que se digirió a nosotros por medio del transmisor de su casco.

—La atmósfera de Marte es muy parecida a la de la Tierra —dijo—. Contiene oxígeno, nitrógeno y una pequeña cantidad de dióxido de carbono y también un poco de vapor de agua. Posiblemente contenga otros gases, los más pesados. Dudo que exista mucho helio. No es venenosa aunque contiene una pequeña cantidad de vapor de amonio. Sin embargo, es demasiado frío para respirarlo. Podremos meter aire en nuestra nave para llenar nuestros suplementos, y puede que sea bajo, pero no podemos salir del cohete sin trajes espaciales.

El hecho de nombrar el amonio, cortaba nuevo campo de especulaciones. Muchos científicos habían hablado de que podría existir una vida diferente en la que el amonio viniera a sustituir al agua. Hay algunas indicaciones acerca de que la primera señal de vida que hubo en el mundo se valió del amonio del agua del mar en lugar de absorber el oxígeno, y para algunos, ese compuesto está aún presente en las proteínas. Como el oxígeno era muy abundante en la Tierra, la vida se amoldó a éste y al agua. En Marte no debió ocurrir lo mismo a pesar de que se pudo producir un fenómeno muy semejante. Tan raro como era el oxígeno, dijo el doctor Spartan, la cantidad de vapor de amonio en el aire era muy pequeña.

Pronto estuvo la cabina llena de aire. Descendimos por uno de los lados y comenzamos a desempaquetar los materiales.

Axel permaneció en la sala de control atento a lo que pudiera ocurrir con los marcianos, escuchando la radio en la que ahora sólo se oían ruidos extraños, silbidos y chirridos.

—Están enterados de que hemos tomado tierra —dijo Axel—. No puedo entender a estos marcianos, pero sospecho que todo esto que se oye se debe a nosotros.

—Podemos defendernos —dijo el Dr. Spartan.

—¿Y qué ocurrirá si ellos poseen armas nucleares? —pregunté.

El Dr. Spartan emitió una especie de gruñido.

—No es del todo imposible —dijo.

Aquel primer día en Marte fue todo trabajo. Nos acercamos al cohete más cercano que había tomado tierra con nosotros, el que se mantenía de pie, y nos ocupamos de lo que contenía. Como este cohete no iba a abandonar Marte, había muchas más cosas a bordo ya que no había sido necesaria la carga de fluido extra. Lo más valioso de la carga consistía en dos «Coches-Marte», vehículos automáticos muy parecidos a los que se usaron para explorar la luna.

Tenían cuatro ruedas, y una cabina en la mitad. Cada rueda estaba rodeada de neumáticos de dieciséis pies de diámetro. A pesar de que la simple máquina era tan grande como un coche corriente, estaba construida de aluminio, no hubiera resultado de más peso que un automóvil normal. Los «Coches-Marte» se conducían por medio de electricidad y se impulsaban por medio de baterías que se podían cargar con la energía solar misma dentro del cohete principal.

A bordo de este cohete se encontraban también nuestros equipos que se usarían para estudiar la geología del planeta rojo. El Dr. Spartan ordenó a Warner Joel que se ocupara de cavar un foso alrededor de lo

que constituiría nuestro cuartel general. En lugar de un puente levadizo, se dejó un pequeño sendero que se dirigía a la parte norte de la nave cruzando diagonalmente el foso. Se apilaron algunas rocas en la mitad del sendero para que quedaron dos espacios destinados a las llantas de los «Coches-Marte». Cualquier fuerza hostil que intentara sobrepasarse y atravesar nuestro sendero, sería atacada con pistolas y rifles desde una especie de barracas que se encontraban en la misma base de la nave o desde las cabinas del cohete mismo.

Fue mientras escarbaba en la tierra para hacer los fosos, cuando el Dr. Warner Joel encontró rubíes. El suelo estaba lleno de ellos. Había tantos como guijarros existen en nuestro planeta.

—Posiblemente, el color rojo que predomina en la tierra de Marte, se debe al óxido de aluminio teñido por pintura de cromo —explicó Joel. Dio por sentado que todos sabíamos que ésta era la composición química de los rubíes.

—Había sospechado que los marcianos usarían «Lidar» —dijo Axel.

Y desde luego, no se metió en averiguar si nosotros sabíamos que Lidar se refería al sistema de radar que los físicos de la Tierra estaban empezando a estudiar. Es un método de ampliar la luminosidad de la luz por medio de un tubo especial de rubíes artificiales. La luz, refleja el tono rojizo del cromo de los rubíes, haciendo que los átomos emitan este encarnado resplandor. El rayo rojo resultante, puede usarse de tal manera que pueda ser mandado a grandes distancias. Los científicos creen que algunas estrellas de las más cercanas —las que se encuentran distantes del sol diez años luz— pueden ser exploradas por medio de este método: Lidar.

Habíamos desempaquetado la mayor parte de las cosas que venían en los cohetes y preparado los «Coches-Marte» para el mediodía del día siguiente.

—Ludson —dijo Spartan—, lleve a Drake al tercer cohete y traigan la mayor cantidad de suplementos posibles. Los demás, nos ocuparemos de hacer habitables nuestras habitaciones.

—Sí, señor —dijo Axel.

Se volvió hacia mí.

—Vamos, Bill. Ya podemos empezar.

—Si ven señales de vida —dijo Spartan—, disparen los primeros.

—Pero, señor —comenzó a protestar Axel—, ¿No sería más conveniente para nosotros, no hacer nada a menos que seamos atacados?

—Debemos demostrarles que somos más poderosos que ellos. El mejor modo de defenderse es atacando —dijo Spartan.

—Deben estar mejor equipados que nosotros para disparar, señor —dijo Axel.

—Ludson, ¿qué le hace pensar que somos inferiores a los marcianos? Este es un mundo moribundo y decadente. Nosotros somos jóvenes y fuertes; estamos en la flor de la juventud. Como diríamos en nuestro planeta. El hecho de que los marcianos tengan inteligencia, no demuestra que tengan que ser superiores.

—Pero...

—Ya les he dado las órdenes —dijo Spartan—. Llévenlas a cabo.

Nos metimos en el coche a través de pequeñas cabinas. En el interior había gravedad y aire, de modo que podíamos quitarnos los cascos. Había ventanas a todo lo largo de los lados y podíamos ver completamente bien la roja tierra de la llanura que teníamos delante.

Nuestro cohete había tomado tierra en una parte de desierto comprendida entre Solis Lacus Mayor y Solis Lacus Menor. Estábamos en una colina, posiblemente, el punto más alto entre los dos oasis, a pesar de que no podíamos ver Menor a nuestra izquierda, ya que se encontraba lejos en el horizonte.

Hacia el este, la tierra estaba rebajada y en el horizonte, se distinguía el tono verdoso de la vegetación que marcaba el comienzo de Mayor. Hacia el norte, se extendía el primero de los dos canales que unían el doble oasis. Hacia el sur, sólo se divisaba desierto, estrechándose a algunos cientos de millas hasta llegar al Pnyx.

Había cerca de tres millas hasta llegar al cohete. Este se había detenido en la suave arena y yacía allí estrecho y alargado. Quizás la base del aparato había dado en las rocas cercanas haciendo que éste no se mantuviera firme sino caído. Noté que las rocas estaban muy pulidas, sin ninguna señal de estratificación. Probablemente serían ígneas. Las tormentas de arena debieron ser las causantes de su pulida apariencia, no había agua alrededor que hubiera podido erosionarlas, y los glaciares polares no descendían tanto hacia el sur.

Un pequeño montículo nos previno de acercarnos al canal, y conducimos cerca de él mirando por primera vez este gran fenómeno de Marte.

No estábamos suficientemente preparados para la grandiosidad del panorama. El canal tenía por lo menos cinco millas de ancho, y posiblemente tres de profundidad. Las paredes eran algunas veces como cortadas a pico, cayendo cientos de pies, nivelándose entonces era volver a caer formando unas terrazas gigantescas que componían toda una serie. En otros puntos, había habido desprendimientos de tierra y ésta se hallaba cortada en sesgo, bastante escarpada, mas no muy peligrosa para recorrerla en nuestro coche.

—¡Bajemos! —dije.

Quería ver el nacimiento de esta obra majestuosa. Constituía un elemento de gran inspiración, como el Gran Cañón, y se parecía a éste en el color, pero sus paredes no se encontraban estratificadas. Estas rocas no provenían del fondo del mar sino que se había secado antes de que los canales se hubieran formado. A pesar de que eran rojos, el color tenía matices oscurecedores de brillante escarlata, para acabar en marrón en la base. Había vegetación allá abajo, y algo más, más valioso que todo lo que habíamos visto hasta entonces... ¡Agua!

No había demasiada; simplemente una pequeña corriente que fluía del centro del canal y que corría recta como el canal mismo.

—Espero que será potable —le dije a Axel—. Pero tiene que serlo. Este canal no se hizo por la fuerza de la naturaleza. Tampoco fue hecho por la mano de unos seres más o menos semejantes a nosotros.

Solamente máquinas pudieron hacerlo y donde hay máquinas, tiene que haber inteligencia.

Axel lo sabía. No era necesario que yo se lo dijera. Alcanzó el micrófono y se lo llevó a la boca diciendo a través de él:

—¡Dr. Spartan!

No hubo una respuesta inmediata. La voz de Joel sonó entonces a través de la radio.

—Spartan no está aquí, Axel. Se está ocupando de revisar el equipo científico ¿Hay algo importante?

—Hay agua aquí abajo, en el canal —dijo Axel—. A lo mejor quiere que llevemos una poca.

—Un momento —dijo Joel—, se lo preguntaré.

Esperamos durante algunos minutos. Después, la voz áspera de Spartan llegó hasta nosotros.

—Desde luego, traiga un poco de agua, usted, pedazo de tonto. ¿Es potable?

—No lo sabemos, señor —dijo Axel.

Su cara estaba roja debido a la indignación que la causaron las desagradables palabras de Spartan.

—Está en la base del canal.

—¿Cuánto tiempo se tardará en descubrir si lo es o no?

—De treinta minutos a una hora —dijo Axel—. Hay una gran inclinación hasta llegar al lugar donde se encuentra.

—Drake puede ocuparse de ello —dijo Spartan—. Usted, ocúpese de lo que contiene el cohete. Ambos pueden instalar todo en el coche, cuando Drake vuelva.

—Sí, señor.

Axel desconectó la radio. Se volvió hacia mí mesándose los cabellos.

—Ese sujeto no sabe comportarse como las personas, ¿no es verdad?

—En efecto —dije—, mas, lo que me preocupa es por qué me tiene que mandar a que yo busque el agua. Debe ser porque piensa que yo soy más peligroso que tú y se figura que debe haber peligros allá abajo.

—¿Marcianos?

—Sí —dije.

Eché mano a mi pistola: estaba cargada.

Axel se puso el casco y salió de las cabinas. Desapareció dentro del cohete y volvió a salir cargado con un bidón que depositó en las cabinas. Entonces, yo empecé a descender por uno de los escalones menos inclinados del canal.

Todo el camino de descenso era duro y escarpado. Mucho antes de llegar a la base, pude notar que la vegetación que parecía tan pequeña no era así en realidad, llegando a medir en algunos casos hasta veinte y treinta pies de altura.

Alrededor de unos quince pies sobre el nivel del arroyo se encontraba una especie de armazón y por debajo de él no crecía ningún arbusto. Más abajo, la tierra estaba cubierta por muchas clases diferentes de plantas. Siendo éste el mejor nombre con que pude designarlas. Realmente, constituían vegetación pero completamente diferente de la que había visto hasta entonces.

Algunos de aquellos arbustos eran tan altos como árboles. Otros eran redondos y caían en la tierra como si fueran coles solo que marrones. Había algunos que semejaban ser hongos, excepto que tenían ramas y varias capas diferentes. Casi todas las plantas tenían ramas y las menos, flores que variaban de colores, desde el delicado rosa hasta el morado fuerte. Ninguna parecía tener hojas.

Las mayores se parecían al cactus gigante —el Pitahaya— de Arizona, aunque sin espinas.

Encontré un lugar donde ninguna de las plantas eran suficientemente grandes y resistentes como para impedir la marcha de nuestro coche, y luego me dirigí al encuentro del arroyo que ahora aparentaba tener unos veinte pies de ancho y estar estancado. Cogí el micrófono para comunicar a Axel lo que veía.

Entonces las ruedas rozaron contra un Pitahaya marciano y pude oír como una especie de trallazo seguido del chasquido de algo que se rompe y seguidamente, el coche quedó envuelto en una llamarada azul.

Pisé el acelerador y rodé por encima de la planta. Al mirar hacia atrás, vi que el cactus había caído sobre otra planta parecida al bambú y ambas estaban desprendiendo humo. De ambas plantas se desprendían chispazos centelleantes con toda la letalidad de una gran línea de fuerza.

—¿Qué ocurre, Bill? —habló Axel a modo de respuesta a mi llamada.

Me di cuenta de que debí gritar con la sorpresa pero hasta ahora no me había enterado.

—Estas malditas plantas están cargadas de electricidad, Axel. Al menos una de ellas lo está. Se ha producido un gran chisporroteo.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Te has lastimado?

—No, el coche resistió la carga —dije—, pero me dio un gran susto, sin embargo.

—¿Crees que puedes traer una muestra? —preguntó.

—¡En qué cabeza cabe, Axel! ¿Quieres que muera electrocutado?

—Es solamente una idea que se me ocurrió. Recuerda que estarás a salvo por medio de tu traje espacial. Resistirá la carga del mismo modo que lo hizo el coche.

—Bien, trataré de hacer lo que me pides.

Me puse el casco y salí del coche. Primero anduve con sumo cuidado hacia el arroyo. Evité rozarme con aquellos cactus, pero noté que cuando mis botas pasaban por encima de otros tipos de plantas, despedían chispas. Más de la mitad de las plantas tenían características y propiedades de electricidad.

El arroyo, aunque casi estancado, fluía. No se trataba de agua caliente, pues la temperatura debía de ser mediana, mas la presión atmosférica era tan leve que el agua se evaporaba en grandes cantidades.

Era difícil ver cómo el arroyo estaba alimentado por el agua, desde el momento en que se encontraba entre dos oasis y ambos parecían estar regados por la misma corriente; y allí parecía que no había mucha afluencia, aunque después de observar el arroyo por unos minutos, decidí que el agua se movía en dirección a Mayor.

Entonces, vi pequeños hoyitos, a lo largo de toda la extensión que estaba observando, de los que manaba el agua. Era muy simple saber de dónde procedía el líquido. Todo venía de las capas polares, pero desde luego fluía de debajo de la tierra. Los marcianos, simplemente, habían cortado los canales para asegurarse el suplemento artesiano desde el polo norte.

Tomé el bidón que Axel había colocado en la cabina y lo llené. Después lo llevé al coche. Tras haber dejado el agua en la cabina, me dirigí al cactus que había derribado pocos momentos antes. Estaba algo achicharrado, mas el fuego estaba apagado. Aparentemente, el aire no soportaba gran combustión. Valiéndome de mi cuchillo, corté una de las ramas. Esta vez no salieron rayos, pero noté que en lugar de savia, había una pulpa pastosa y espesa en el interior. Se trataba de ácido, pues antes de que pudiera limpiar la hoja de mi cuchillo, la sustancia había atacado su superficie.

Llevé mi preciosa carga al coche y la deposité en la cabina. Acababa de meterme en el coche y de cerrar la portezuela, cuando algo se movió a mi derecha, al lado que se encontraba el canal, en dirección a Solis Lacus Mayor.

Una pequeña criatura, un poco mayor que un perro de San Bernardo, se aproximó al coche. Parecía un camello pequeño, sólo que sin cabeza. Y la joroba no era en absoluto una joroba sino una especie de chichón con brillo metálico.

He dicho que no tenía cabeza, pero sí que tenía boca —bostezante, gesticulante y con puntiagudos dientes—. Tenía cuatro piernas y muchos brazos largos, sinuosos, muy unidos, con dos dedos al final y que salían de los lados de la joroba que tenía aquella criatura en la espalda.

Entonces vi que la vegetación que estaba cerca se encontraba humeando sin llama. El animal tenía sólo que mover una pequeña cosa negra que le salía de la joroba y todo lo que se encontraba enfrente de él, fuera lo que fuera, comenzaba a prenderse.

—¡Axel! —grité por medio del transmisor de mi casco—. ¡Aquí hay marcianos!

Nadie me había dicho qué era aquéllo, ni ninguno de sus actos me había demostrado que aquéllo tuviera inteligencia, pero un secreto instinto me avisó que esto significaba la más importante forma de vida de Marte.

CAPÍTULO XIII

El aparato en que yo viajaba no tenía nada que lo diferenciara de delante y de detrás. Se accionaba un mando de dirección para ir hacía delante y otro para retroceder. Corría tanto para un lado como para otro y no era necesario hacerlo girar. Comencé a retroceder subiendo sin volver nada excepto mi asiento, tan ansioso me encontraba de perder de vista al marciano.

Así que retrocedía, miré a través del espejo retrovisor y pude ver que aquella criatura iba acompañada por otra semejante a ella en todo, en el menor detalle que se ofrecía a mis trajinados ojos.

La voz de Axel resonó en mis oídos, pero yo no estaba escuchando. Quería salir de este canal y alejarme de aquellas horribles criaturas. No me gustaban sus dientes, ni tampoco su negra joroba o antena de radar, así como tampoco me gustaban sus pies. Aquel destructor rayo caliente debía ser el radar.

—¿Qué es eso del radar, Bill? —me llegó la voz de Axel.

Sin darme cuenta había vuelto a hablar en voz alta.

—¡Tienen un aparato de radar en lugar de ojos! —dije—. Es tan poderoso que hace que las cosas comiencen a arder.

El radar podía hacer aquéllo. Las estaciones fuertes, en la Tierra, podían hacer que un hombre quedara achicharrado si tenía la mala suerte de ponerse dentro de esta área peligrosa. Incluso las estaciones débiles podían hacer aparecer rayos luminosos en la cámara de fotografía. Las paredes del coche me habían protegido. A lo mejor, mi traje espacial hubiera sido también suficiente protección. Pero no me gustaba todo este poder en un cuerpo con vida.

Los marcianos, aparentemente, se habían sorprendido tanto de verme como yo me había asombrado de verlos a ellos y dudaron antes de comenzar a seguirme. Yo estaba escalando ya las empinadas paredes del canal antes que ellos empezaran su persecución. Venían despacio, sin prisa, pero a una razonable distancia.

—¿Te hicieron algo, Bill? —preguntó Axel—. ¿Te encuentras bien?

Su voz sonaba ahora preocupada.

—Estoy muy bien —le aseguré—, pero... pero estos monstruos me vienen siguiendo. Son dos. Tienen una apariencia horrible. No tienen ojos, ni siquiera cabeza, solamente una joroba en la espalda, como un camello, y una colección de brazos alrededor de ésta... —Miré hacia atrás—. Ocho brazos —le dije después de contarlos—. Quédate donde estás y yo te recogeré. Lo principal es volver a la nave. Ellos no corren mucho y creo que podré ganar distancia en terreno plano.

Entonces el Dr. Spartan que había oído nuestra conversación por la radio, interrumpió para decir:

—¿Por qué no disparó contra ellos, Drake?

—Estaba en el coche —le dije—. Y además son dos contra uno.

Pareció dudar un momento, después dijo:

—No trate de acabar con ellos. No se aleje demasiado; déme tiempo para que pueda ir hasta allí.

—Sí, señor —dije.

No era posible discutir con Spartan y aparte de eso, me encontraba demasiado ocupado conduciendo mi coche a través de las rocas para pensar en una contestación. No creo que hubiera podido alejarme mucho de los marcianos subiendo como estaba. En terreno plano, sin embargo, la cosa sería diferente.

Mi radio, de pronto, comenzó a emitir una serie de extraños ruidos. Los marcianos parecían haber descubierto la onda. Era un sonido que no se parecía a nada que yo hubiera oído con anterioridad. Si acaso, se

podría comparar con el sonido grave del canto de un grillo. O quizás con el pip-pip-pip de la telegrafía sin hilos. Pero los marcianos habían demostrado que podían hacer cambios de frecuencia y yo me pregunté cómo les iría en la televisión o en las MF (Foreign Mission) Emisiones para el extranjero.

De repente, pareció que trataran de imitar mi voz.

—Siseñor-siseñor-siseñor.

Parecían cuervos parlantes.

Finalmente llegué arriba del canal y vi a Axel, después de haber rodado por encima de un alto, permanecer de pie junto a unas pocas de canastas que había depositado junto a las rocas cerca del cohete. Movió las manos en el aire cuando me vio y yo conduje hacia donde él se encontraba.

Por detrás de él se acercaba Spartan en el otro coche y a gran velocidad. Me hizo acordarme de las guarniciones de los trenes que se acercaban a estos a gran velocidad cuando se encontraban sitiados en los viejos días de las azarosas fronteras.

—¡Bill Drake! —llamó Axel, en medio de las voces de los marcianos que continuaban sonando.

—Billdrake-Billdrake —repetían aquellos seres.

Manejó el coche y Axel corrió hacia la cabina al tiempo que los marcianos aparecieron por la ladera del canal, junto a mis espaldas.

Axel miró aprensivamente en aquella dirección antes de venir a bordo de nuestro aparato.

—¡Tanques humanos! —murmuró, y en realidad dijo menos de lo que aquellos seres parecían.

El coche que traía el doctor Spartan se encontraba a unas doscientas yardas al sur de nosotros. Lo vi salir de la cabina con el rifle en la mano.

—Tancumano —chillaban los marcianos.

—¡Siga por aquí, Drake! —dijo Spartan haciéndome señas con los brazos para que pasara por su izquierda.

—Sigaporaquidrake —resonó en mis oídos como un eco—. Billdrake-Tacumano-siseñor.

—Oh, callaros —dijo Axel a los marcianos.

—Callaros.

Axel me miró y movió la cabeza con desaliento al oír la respuesta de los marcianos.

Conduje en la dirección que Spartan me había indicado colocándome por detrás desde donde pudiera observar lo que pasaba.

Los marcianos se acercaban casualmente en la dirección de los dos coches, aparentemente sin prisa por llegar hasta ellos. Y fue entonces cuando me di cuenta de que sus intenciones no eran hostiles. Yo había estado muy asustado cuando se prendió el cactus en el canal pero me di cuenta de que ellos habían estado tan asustados de mí como yo de ellos y que aquello lo habían hecho como medio de defensa. No hay nada en el universo que asuste más a un hombre que una nueva situación que no sabe cómo llevar a cabo y que además no ha vivido

jamás. Esto me hizo pensar que había cierta similitud entre nosotros y los marcianos.

De hecho, pude comprender muy pronto que aunque en lo físico el cuerpo de un ser vivo puede adoptar la mayor cantidad de formas distintas que se pueda imaginar, la psicología de los marcianos era tan humana como la nuestra. Y esto era una cosa lógica también. Después de todo, la mayoría de las acciones de la vida van encaminadas a un doble propósito: defensa del individuo y de la raza. Este hecho es básico, como lo es la ley de Newton en el gobierno del universo.

De hecho, las dos formas diferentes de vida en el espacio, animada e inanimada, no debían ser muy diferentes después de todo. La energía contenida en ambas debe ir dirigida a controlar su destino, y la vida debe, por tanto, ser la propiedad básica existente en cada átomo.

Pero no era tiempo apropiado para filosofar. Estos pensamientos no se me ocurrieron entonces, fue mucho después que acudieron a mi mente.

Me encontraba observando a los marcianos, que entonces se dedicaban a enfocar su radar hacia los dos objetos similares que estaban parados en el desierto.

Así que llegaron enfrente del cohete lo observaron también. Esperé ver arder las pilas de suplementos que Axel había sacado del cohete —las llamas se elevarían en el aire—, pero los marcianos ya no estaban asustados. Sin duda, creían que no les causaríamos daño. Y esto era otra cosa que los hacía semejantes a los seres humanos; sospechaban debilidad donde en realidad no la había.

El Dr. Spartan se colocó en posición dominante y levantó el rifle. Aparentemente, los marcianos no habían reparado en él pues estaban muy atareados examinando el cohete, los suplementos y los dos coches. Quizás creyeran que los coches eran los seres de la Tierra ya que no los había visto antes.

Mientras duró el examen, sus voces se acallaron, tan embebidos estaban en lo que se encontraba delante de su antena.

—No dispare, doctor Spartan —dijo Axel—. No están haciéndonos ningún daño.

Los marcianos captaron las últimas palabras: «Ningún daño».

—¡Bah! —dijo Spartan y acto seguido disparó.

El explosivo alcanzó al marciano en el lado derecho. No olmos el ruido del disparo ni tampoco la explosión de la bala al dar contra aquella pobre criatura. Pero pudimos ver el humo y lo que quedó del marciano caído en tierra.

El segundo, que no había visto a Spartan, pareció helarse por el terror momentáneamente. Posiblemente, su compañero lanzó un lastimero grito de dolor, un sonido que no fue captado por nuestra onda. De cualquier modo, sólo fue necesario un cuarto de segundo para que el marciano comprendiera que no éramos débiles ni inofensivos como habíamos aparentado. Se volvió y corrió hacia el canal a todo galope.

Su velocidad era asombrosa.

El Dr. Spartan disparó de nuevo. Esta vez falló el tiro y sólo consiguió levantar una polvareda de arena. Lanzó un Juramento y disparó de nuevo. Tampoco explotó la bala esta vez después de fallar, Spartan cogió el rifle automático y por medio de sucesivos disparos, le cortó la retirada al marciano que poco después cayó en tierra.

—¡Ah! —exclamó Spartan triunfalmente—. ¡Transportemos al muerto a la nave! Me gustará ver cómo es.

Era un engorroso asunto pero había que cumplirlo, así que llevamos el cuerpo inanimado hasta la cabina de nuestro coche. El primero que Spartan había derribado estaba demasiado estropeado y destrozado para transportarlo. Además, el fluido que pudiéramos llamar sangre, o savia, parecía ser un ácido y temía que éste estropeara el fondo de nuestro coche. Mi juicio pareció ser correcto pues cuando Gail, nuestro biólogo, examinó a aquella criatura, anunció que era una masa de veneno y lo mismo eran las plantas que yo había acarreado desde el canal.

—¿Qué clase de veneno? —preguntó Spartan.

—No estoy muy segura, pero Bill Drake nos lo dirá después de hacer algunas pruebas —respondió.

Spartan se dirigió a mí haciendo un gesto.

—Vamos, pues, Drake.

Tomé instrumentos químicos de entre las cosas que Axel había extraído del cohete que permanecía tumbado y me dispuse a empezar mi tarea.

Fue bueno que hiciera esas pruebas. Las plantas y el marciano muerto eran muy similares en su composición química, dando origen a especulaciones acerca de que la evolución de la vida en Marte debió comenzar alrededor del mismo tiempo en que el planeta se estabilizó en su estado actual. En la Tierra, la vida empezó mientras que el planeta evolucionaba desde formas muy remotas y la vida continuó desarrollándose al mismo tiempo qua continuaban los cambios. Los cambios, probablemente, dieron como resultado la diferencia entre el animal y el vegetal, y debieron continuar hasta hace sesenta millones de años, cuando desaparecieron los reptiles gigantes, o incluso más tarde en las épocas glaciares.

Pero en Marte sólo había un predominio. No era enteramente animal ni tampoco era absolutamente vegetal, aunque quizás fuera algo más de esto último. Los tejidos estaban compuestos por series de moléculas con cianuro de base. En otras palabras, los marcianos eran veneno para nosotros, y muy posiblemente, nosotros lo fuéramos para ellos.

Y aún había más, el agua que habíamos cogido del canal contenía la suficiente cantidad de hidróxido de amoníaco como para causar serios males si hacíamos la tontería de beberla. Sin embargo, era muy útil para lavar y limpiar nuestros guantes y trajes espaciales de cianuro, después de haber dado por concluida la autopsia.

Y la autopsia, aparte de demostrarnos que los marcianos probablemente obtenían las sustancias químicas y el oxígeno mascando la tierra que contenía gran cantidad de óxidos, resultó de lo más

azarosa. Spartan tomó fotos y microfilms para ser estudiados en la Tierra, sí volvíamos a ella.

Todo lo que sabíamos, consistía en que la vida en Marte era algo similar a la de los vegetales, vegetales móviles que no eran realmente vegetales; y decididamente eran venenosos. No sabíamos cómo se reproducían estas criaturas, pero Gail expresó su opinión acerca de que los muchos brazos que tenían parecían indicados para distintos usos y probablemente alguno de ellos constituirían los órganos sexuales; reproduciéndose los marcianos, por consiguiente, llevando a cabo una especie de injerto, como ocurre en la Tierra en cierta clase de vida.

—Probablemente, cada marciano es a un tiempo macho y hembra —dijo ella—, como algunos gusanos:

Como el fluido eléctrico, poseían órganos capaces de producir una gran corriente eléctrica. Pero su equipo de radar —la joroba metálica y el punto negro por encima— nos sorprendieron mucho. La naturaleza había hecho todo el trabajo compacto y asombroso entre las células.

—Esos dientes parecen malignos —dijo Gail.

—Me pregunto si sus dueños lo son —dijo, Joel—. Nos estuvieron espiando durante todo el viaje desde la Tierra. Estropearon nuestro equipo de modo que no pudiéramos usar radar. Persiguieron a Drake. Todo esto, parece indicar que sean seres malignos.

Axel hizo un gesto con la cabeza.

—Actuaron simplemente con cautela —dijo—. Nosotros nos hubiéramos procedido de la misma manera si un marciano hubiera llegado a la Tierra. Y, realmente no parecieron perseguir a Drake. Él se asustó y corrió. Vieron entonces que no había nada que temer de él y le siguieron, posiblemente tratando de establecer comunicación.

—Sí —dije—. Trataron de imitar nuestra lengua. Hicieron un gran trabajo por cierto. No había habido nada de hostil ni de maligno en eso.

—Mas, algo de lo que podemos estar seguros —dijo Axel—, es que la próxima vez que nos vean, nos atacarán. Hemos perdido nuestra oportunidad de hacernos amigos de los marcianos. Estoy seguro de que los dos que vio Bill, habían sido enviados para espiar y tendrían que notificar órdenes por radio, y decir que nos habían visto. Ahora, ellos no están y sólo se puede sacar una conclusión. Nosotros los matamos. Esto es un acto que hará que ellos ahora reclamen venganza.

—¡Bah! —dijo Spartan—. No hay motivo para preocuparse. Les hemos demostrado que nos han de tener miedo. Nosotros somos fuertes. Esta forma inferior de vida, reconoce la fuerza; nos dejarán solos.

—¿Forma inferior de vida? —dijo Axel—. ¿Y qué hace a una criatura de forma superior? Yo diría que nosotros somos de forma inferior en Marte porque tenemos dificultades para vivir aquí. No nos podemos desenvolver bien en este planeta. Nos extinguiríamos en poco tiempo si fuéramos traídos aquí para siempre.

Las facciones del Dr. Spartan se oscurecieron dentro de su casco. Sus palabras sonaron llenas de odio.

—Se está olvidando, Ludson —dijo—, que yo soy el que manda aquí. Nadie tiene que contradecirme ni hablarme del modo que usted lo ha hecho. Yo pensaré por todo el grupo.

Se limpió los guantes con el agua extraída del canal y penetró en el cohete.

CAPÍTULO XIV

Si Spartan estaba pensando por todo el grupo, sus pensamientos eran muy similares a los de Axel, o quizás las palabras de Axel habían servido de base a sus actuales ideas. Nos ordenó a Joel y a mí preparar el cohete para salir rápidamente en caso de que se produjera un ataque por parte de los marcianos. Esto acortaría nuestro tiempo de exploración en el planeta, pero ya habíamos tomado tierra de forma satisfactoria, y habíamos determinado algunos hechos básicos de la vida en Marte. Naturalmente, trataríamos de seguir adelante con nuestra misión hasta que los marcianos nos rechazaran. Esto constituiría la exploración de un área considerable de nuestro planeta vecino. Más tarde, cuando el Jehad estuviera girando a su alrededor, tendríamos ocasión de tomar fotos del resto de la superficie. Las siguientes expediciones, que se llevarían a cabo otros días, podrían hacer el resto.

Todos los suplementos fueron colocados dentro del foso y los que íbamos a necesitar se habían llevado al interior del cohete que constituía nuestro cuartel general. Spartan y Axel desmontaron el cohete que había caído en tierra, acostado, obteniendo así suficiente metal como para construir una rampa que fuera desde la tierra a las cabinas, eliminando la necesidad de usar una escalera lateral para entrar y salir de la nave.

Durante el tiempo en que preparamos nuestro cuartel general y defensas, todos estuvimos ocupados en la labor de aprender lo más posible de la vida en Marte. Hicimos análisis del terreno y de las rocas, estudiamos el tiempo y tomamos innumerables fotografías. Gail hizo un viaje hasta el canal, sin ser molestada por marcianos, y trajo consigo nuevos ejemplos de la vegetación de este mundo desconocido.

El problema del agua era algo que nos preocupaba. Había muchas cosas en aquel agua para poder destilarla. Sin embargo, vino a solventar una de nuestras necesidades: la del lavado y los propósitos sanitarios.

Spartan y Axel hicieron un corto viaje a Lacus Menor, que se encontraba a ciento cincuenta millas al oeste de nuestro cohete. Gail y yo permanecimos examinando y analizando las plantas que Gail había encontrado, mientras el Dr. Joel se ocupaba de buscar ejemplos de roca a lo largo del canal.

Terminamos nuestros análisis y cuando hubimos limpiado y dispuesto todas las sustancias venenosas que habíamos examinado, yo dije:

—Ya es hora de que hagamos algo con respecto a Spartan, Gail.

Me lanzó una mirada de inteligencia.

—Pensé que habíamos decidido que la expedición estaba primero que nada, Bill Drake.

—Es cuestión de sobreviví, de lo que hablo ahora —dije—. Todos sabemos que estamos en peor situación que antes en lo que al agua se refiere. Solamente habrá suficiente para tres. Spartan necesitaba una tripulación de seis personas, principalmente para organizar las cosas aquí, en Marte. Ahora, lo peor ha pasado. Incluso si tiene la oportunidad de hacer otras exploraciones, cuatro bastarán para sus propósitos. Sin embargo solo hay dos coches. Piensa por consiguiente, con lógica: dos personas serán suficientes, una para cada coche. No hay ninguna razón por la que Spartan retrase sus planes. Pronto comenzará a quitar de en medio a los que le molestan.

—¿Qué hay de los marcianos?

Lancé un gruñido.

—Nos hemos hecho enemigos suyos desde el momento en que matamos a los dos primeros que vimos. Dudo que nos perdonen por eso. Han demostrado tener muchas cualidades semejantes a las de los seres humanos; curiosidad, miedo, bravata, por ejemplo. Probablemente tendrán la habilidad de enfadarse y de pedir ojo por ojo. Esto significa que estamos luchando contra todo un planeta. Lo mismo que si fuéramos cinco o tres, no hace mucho el cambio, la situación no sería muy diferente. Pero, Spartan nos tiene preparados para salir en un momento dado, y no creo que esté esperando que se produzca un ataque para menguar la tripulación.

Ella parecía muy pensativa, después dijo:

—Bill, ¿sugieres que matemos al Dr. Spartan?

Yo no había insinuado aquéllo. Todo lo que yo había pensado era salvar mi vida y la de ella. Autoprotección. Y esto incluía matar en defensa propia. Posiblemente, en el interior de mi mente tuviera la idea del crimen, mas, cuando ella lo dijo yo me sentí tranquilo.

—No, si podemos evitarlo —dije.

—Pero, es que no hay agua suficiente para cinco, fue lo que tú dijiste. Eso significa... —Aquí se detuvo.

—Desearía dividir del mejor modo posible las raciones —dije, y en verdad sentí aquello.

—Spartan, sin embargo, no piensa del mismo modo. Él planeó eliminarnos de cualquier forma.

Ella movió la cabeza lentamente.

—No, no creo que ni Spartan siquiera se porte de ese modo. Admito que se me ocurrió a mi eso en una ocasión. Pero tendría demasiadas cosas que explicar cuando llegara a la Tierra. Incluso si planeara un accidente...

—Ya preparó dos. Willy y Morrie. ¿Qué puede detenerle para librarse de Axel y de mí? Y tal vez de ti si llegaras a constituir cualquier riesgo para él.

—No podemos hacer una partida para asesinar, Bill Drake —dijo ella.

Tenía razón. Yo sabía que aunque hubiera llevado esa idea en la cabeza, no sería capaz de matar a sangre fría. Si Spartan tratara de matarme y yo tuviera que defenderme, la cosa sería diferente. Pero incluso si las cosas sucedían de esta forma, yo estaba convencido de que él no tenía la intención de dejarme escapar con vida; ya había

intentado asesinarme en una ocasión pero yo no me sentía con valor para planear un crimen deliberado.

—Pero, podemos apoderarnos de él —dije—. Hacerlo prisionero.

—Eso constituirla un amotinamiento —dijo ella.

—No. Tenemos la evidencia de que acabó con Morrie Grover —dije—. Lo arrestaremos.

—¿Y la misión?

—El resto de nosotros se ocuparía de lo que hubiera que hacer. El caso más importante ahora, es evitar que se cometan más asesinatos. El arresto evitará que nos veamos en la necesidad de matar a Spartan.

Ella respiró hondo y no dijo nada.

—Axel estará de nuestra parte —dije—. Joel no se opondrá de ninguna manera; hay incluso la posibilidad de que se una a nosotros una vez que le hagamos hecho comprender todo lo que ocurre.

Ella se dejó caer en uno de los paquetes que habíamos estado usando de silla.

—Muy bien, Bill Drake, pero por favor ándate con cuidado —dijo.

Aquella noche, Spartan nos llamó por la radio. Él y Axel habíanse encontrado una terrible tormenta nada más dejar Lacus Menor. El polvo rojo los había detenido prácticamente, y vientos de una velocidad de setenta y cinco millas a la hora había hecho que el coche cayera a un pantano. Sin embargo no había daños más importantes por lo que regresarían al siguiente día.

Cuando Joel volvió y hubimos tomado la comida de la tarde, le dije lo que habíamos descubierto acerca de Spartan.

—Él asesinó a Zinder y a Morrie Grover —dije en conclusión—. Ahora intenta matar a dos más de nuestra reunión con el objeto de tener agua suficiente para el viaje de vuelta. El próximo candidato pudiera muy bien ser Warner Joel.

Joel escuchó asombrado todo lo que yo le estaba diciendo acerca del papel encontrado en el casco de Morrie, de lo que Axel sabía del asesinato de Zinder y cómo Spartan había soltado mi cordón de seguridad cuando yo iba a llevar de vuelta el cuerpo de Morrie al Jehad.

—Yo, yo, no lo puedo creer —dijo—. Quizás esto sea exagerado.

—¿Por qué lo iba a decir exageradamente? —pregunté.

—Por la misma razón que sospechan del doctor Spartan —dijo—. Quiere matarlo para que no les falte el agua y a lo mejor también quieren quitarme de en medio.

—¡Maldición —dije—. Nosotros no queremos matar a nadie. Quizás no haya suficiente agua para evitar que pasemos días sedientos, pero sí habrá la suficiente como para que nadie se muera. Estoy deseando evitar un crimen por todos los medios. Es por eso por lo que estoy planeando arrestar a Spartan.

—¡Arrestar! ¡Eso significa amotinamiento! Cuando se vuelva a la Tierra, será necesario. contestar a muchas preguntas, Drake.

—En ese caso, tendremos que arrestar a dos personas en lugar de a una —dije—. El resto del grupo —Axel, Gail y yo— conocemos el peligro, Warner. He tratado de explicarlo pero parece difícil de creer.

—Un momento. Yo no he dicho eso.

—No en estas mismas palabras —le dije.

Puse la mano en la culata de mi pistola automática.

Sus ojos siguieron el movimiento. El miedo se leía claramente en su cara.

—No sé qué hacer —dijo confuso.

—No hay que hacer nada —dije—. Eso es todo lo que yo he pedido.

Tragó saliva; parecía un poco convencido.

—No comprendo cómo puedo no hacer nada —replicó.

—¡De pie! —dije.

Parecía de nuevo muy asustado.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Quiero el revólver —dije—. Para asegurarme de que no ocurrirá nada por este lado.

Se levantó y le hice que se volviera. Entonces le quité la pistola.

—Esta noche dormirá en la cabina baja —le dije—. Gail y yo nos turnaremos en las guardias.

A la mañana siguiente, el Dr. Joel estaba muy sumiso. Tomó su desayuno en silencio y se ofreció voluntario para asear la cabina. Llevó a cabo su trabajo ansiosamente, deseando agradar. Todo el «rendivú» que había hecho hasta entonces al Dr. Spartan, pareció dedicarlo de repente a Gail y a mí.

Hacia el medio día llegaron los coches. Yo había estado esperando la llegada con mi traje espacial puesto y tan pronto como el primer coche estuvo a la vista, me coloqué el casco y después de ajustarlo, salí a su encuentro.

El coche se balanceó por el camino y vino a pararse junto a la rampa. Spartan de pie en la cabina con el rifle en la mano y Axel se encontraba en el control colocándose el casco.

Entonces, Axel entró también en la cabina y seguidamente, los dos hombres saltaron a tierra.

—Ayude a Ludson con las cosas que trae, Drake —ordenó Spartan.

Al tiempo que él volvía la cabeza en un gesto, yo saqué mi pistola automática.

—Está usted arrestado, doctor Spartan —dije.

La boca de Axel, que yo podía ver a través del cristal de su casco, se abrió por la sorpresa que le causaron mis palabras al ser recogidas por medio del aparato receptor del casco.

—¿Qué significa esto? —gritó Spartan.

—Justamente lo que acabo de decir, doctor Spartan —le dije—. Está usted arrestado por asesinar a Morrie Grover, y si eso no es suficiente, también por matar a Willie Zinder y tratar de acabar conmigo.

—Está usted diciendo tonterías, Drake. ¡Esto es un amotinamiento que se paga con la muerte, Axel!

No sé lo que esperaba que Axel hiciera. Creo que pretendía que yo volviera la cabeza para él atacar en ese momento, o sacar su pistola, pero yo no me dejé impresionar por ese viejo truco.

—Él tiene razón —dijo Axel. No perdió momentáneamente el hábito de llamar «señor» a Spartan—. Yo encontré el papel en la válvula del casco de Morrie antes de que usted la quitara.

—¡Mentiras! —dijo Spartan— Ahora, escuche. Si retira el revólver, Drake, me olvidaré de esto. Se trata simplemente de un ataque de nervios, exactamente igual que ocurrió a Grover.

—Y que le sugirió la idea de matarlo porque era el modo más sencillo de dominarlo.

Esto pareció conmover a Spartan porque en verdad él no sospechaba que supiéramos tan bien los motivos. Pareció deliberar.

—Yo tengo que morir para que a ustedes no les falte el agua.

—Esa es una razón por la que posiblemente usted me hubiera matado —dije—. Pero nosotros somos de otra forma de ser, Spartan. Le vamos a llevar de vuelta a la Tierra. Y compartirá nuestra ración de agua durante todo el viaje. Lo que le ocurra después que celebremos un juicio en la Tierra, no es cosa que yo se la pueda decir, ni ninguno de los presentes.

Sus hombros parecieron abatirse.

—¡Y yo fui el primer hombre que pisó Marte! —Parecía que todo debía ceder a la vista de aquéllo—. Ahora, han echado a perder toda la expedición.

—Está usted equivocado en ese punto, Spartan —dije—. Llevaremos a cabo nuestro propósito hasta el final. Usted estará siempre vigilado, pero los demás podemos cumplir nuestro deber. Hacemos esto con el objeto de defender nuestras vidas.

Escuché un suspiro de Axel a través de mis auriculares.

—Me alegro que hayas dicho eso, Bill —dijo—. Realmente, no sabía qué era lo que iba a seguir.

Después de desarmarlo, llevamos a Spartan al interior del cohete. Le quitamos el casco y el traje espacial y le atamos las manos. Él no dijo nada, no demostró ninguna emoción, solamente odio.

El Dr. Joel entró en la cabina. Vio a Spartan y evitó su mirada.

—¿También estás metido en esto, Warner? —preguntó Spartan—. Tu, el hombre que yo creí mi amigo.

Joel se volvió hacia mi sin contestar a su antiguo jefe.

—Hay bastante ruido producido por los marcianos, en la radio, Drake. He captado la dirección exacta; viene del sur.

—¿Del sur?

—Sí, y también es extraño. No hay otra cosa que arena en esa dirección.

—Allá se encuentra, Pnyx —dijo Axel.

—Creíamos que Umbra era la ciudad más cercana —dije—. Eso es al este, en Lacus. Mayor.

Joel movió lentamente la cabeza.

—Traté de captar el sonido desde Mayor, pero no se oía nada allí.

Axel miró fijamente al suelo por un momento:

—El doctor y yo vimos algo en Menor que muy podría ser la respuesta. Decidimos que los marcianos debieron de ir allí a cortar la cosecha. Si eso es verdad, Umbra debe ser una ciudad de granjeros y

como todas las comunidades de campesinos, tranquila. Pnyx, al otro lado, es mucho mayor y puede ser el lugar donde se disponen las tropas. Algo así como una base militar. ¿Entienden lo que quiero decir?

No fue necesario que él dibujara un esquema. Los marcianos estaban movilizándose para defenderse de sus invasores los terrestres...

—¡Ah! —dijo Spartan—. Lo que precisan es un jefe astuto. Déjenme en libertad y yo me ocuparé de este inconveniente y olvidaré todas las tonterías que han dicho ustedes...

—¡Cállese! —dijo Axel; después se volvió hacia mí—. ¿Qué hace un buen jefe en caso semejante, Bill?

Aunque yo había estado en el ejército, los generales nunca confiaron sus tretas a mi persona. Mas no siempre se hace de algunos conocimientos o más bien principios básicos militares.

—Mandar una patrulla —dije.

—¿Qué bien nos acarreará eso?

—Bien, si nos sentamos aquí como unos tontos inútiles, no sabremos cuándo es que vienen, cuántos vienen y ciertamente, tampoco averiguaremos lo que planean —dije—. Pero si los vamos a buscar, y observamos su potencia, quizás encontremos un medio de defendernos.

—No podremos luchar contra todo un planeta. Ni siquiera una pequeña compañía de soldados armados lo haría, ¿verdad? —preguntó Joel con nerviosismo.

—Si parece que nos vienen a atacar a toda marcha, podemos largarnos —dije—. Quizás piensen que necesitarán una gran fuerza para combatirnos, lo cual les llevará al menos una semana de preparativos. En ese caso, podemos llevar a cabo una buena labor científica antes de irnos.

—¡Muy bien, Bill! —dijo Axel—. Tú eres el patrón.

—¿Ahora?

—Cuanto antes mejor —dijo Axel.

Cogí mi casco. Después cogí el rifle que Spartan había llevado en su expedición. Estaba cargado con dos bandas de cartuchos explosivos y dieciocho vueltas de balas normales. Me metí municiones para la pistola automática en mi bolsillo y seguidamente me dirigí a las cabinas.

Axel me siguió.

—Aguarda un momento, antes de que te coloques el casco, Bill —dijo... Le miré inquisitivamente.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que estás pensando?

—Llévate a Gail contigo —dijo.

—Pero esta será una misión peligrosa —le dije.

—No será menos peligrosa porque la dejes atrás.

—¿Por qué?

—No me fío de Joel —dijo Axel—. Si se vuelven las tortas, nada evitará que Spartan vuele, dejándote detrás y probablemente a mi también, si es que estoy vivo para entonces. Pero Spartan tiene sus planes hechos para Gail. No se irá sin ella. Si ella está contigo, él no hará nada hasta que no volvamos.

—Y si él se encuentra en el control, ¿qué oportunidad tendremos?

Axel estaba preocupado.

—Mientras estemos con vida, habrá una oportunidad —replicó—. Pero si Gail se encontrara a bordo, ya no habría ninguna oportunidad, Spartan podría volver a la Tierra y asegurar que se organizó una sublevación y que todos murieron. Nadie podría probar nada en contra suya. Pero si Gail no está, él no hará ningún movimiento hasta que ella vuelva.

Pensé sobre ello. Si Gail estaba de nuestra parte, no viviría para contarlo en la Tierra.

Este pensamiento me decidió. Estaría más segura conmigo luchando contra todos los marcianos habidos y por haber, que en las manos de Spartan.

—Dile que ella va en esta patrulla también —le dije a Axel—. Llevaré un poco de comida y agua al coche.

CAPÍTULO XV

Nuestro mapa estaba muy escaso de detalles debido a que nos íbamos guiando por cartas escritas por Percival Lowell hacía muchos años y que mostraban que Pnyx se encontraba en la conjunción de los dos canales. Un lado llamado Agathedaemon, se dirigía al sur desde el oasis Erithraeum hasta otro punto de unión, Messeis Fons. El otro corría hacia el suroeste, desde Lacus Mayor para terminar en Pnyx, que parecía encontrarse al extremo de un pequeño oasis.

Puse proa al sur decidiendo viajar en aquella dirección hasta alcanzar el canal procedente de Lacus Mayor que Lowell llamó Chalus.

Gail estaba contenta de hacer aquel largo viaje sobre la superficie de Marte. Pnyx, se encentraba por lo menos a tres veces la distancia de Lacus Menor, pero como los coches podían muy mantener una velocidad de ciento cincuenta millas a la hora a través del desierto, esperábamos llegar en poco más de tres horas, si no ocurría ningún percance.

—Si hubiera algún medio para comunicarse con los marcianos —dijo Gail—. Si pudiéramos explicarles que el hombre que acabó con los dos enviados está bajo custodia y que será castigado por los habitantes de la Tierra y que éstos no vienen a Marte para matar a sus habitantes.

—Resolvería todo el problema, pero me temo que no será posible —dije—. Para empezar, hay un gran abismo entre los marcianos y los habitantes de la Tierra, y ahora, este hecho los ha separado aún más.

—¿Quieres decir que son venenosos para nosotros y todo eso? Hemos demostrado que tenemos algunas cosas en común, psicológicamente hablando.

—Eso podría resultar el peor de los inconvenientes —dije—. ¿Recuerdas cuando tú, Axel y yo hablamos del egoísmo, o de la defensa propia, como quieras llamarlo? Cómo una persona es capaz de matar para salvarse a ella misma e incluso morir por un ideal que es importante para la raza.

—Si. ¿Sugieres que los marcianos quieren ser mártires?

—No. La defensa de la raza, la defensa propia, tiene en sí otras formas que no son morir por principios. Una de las manifestaciones es la intolerancia. Existe el odio hacia todo lo que es diferente o que no está conforme. Los marcianos y los habitantes de la Tierra parecen tener la misma psicología, pero somos de apariencia distinta hasta el punto de repelernos unos a otros, como hacen ciertos elementos. Quizás la intolerancia y el odio tengan sus raíces en la formación misma del átomo. Si eso es así, se explica que los terrestres tiendan a destruir lo que no comprenden.

—Pero nosotros no odiamos a los marcianos —insistió Gail.

—Puede ser que la palabra odio sea demasiado fuerte. Sin embargo, pensando como la mayoría consideremos la diferencia entre el odio que sentimos hacia, digamos, el Dr. Spartan y el que sentimos por los marcianos, una se deriva de la necesidad de la defensa propia, el otro de la defensa de la raza. Este viaje de inspección, por ejemplo, está motivado por el odio. Tratamos de llevarnos, de aprender lo mejor de esta tierra sin que ninguna sufra el menor daño, y ellos quieren destruirnos con el mínimo de casualidades.

—Supongo, que como tú has señalado, esta diferencia de odios es lo que constituye la intolerancia.

—Básicamente —dije—, las diferencias raciales en la Tierra —entre hombres, quiero decir— son tan leves que apenas sí ya se les da importancia. Unas personas son más oscuras y otras más claras, y quizás tengan alguna diferencia de facciones, pero los marcianos son tan diferentes que es imposible encontrar algún parecido a no ser en lo que a psicología se refiere. El abismo es demasiado grande para poder salvarlo.

—¿Ni incluso usando nuestra inteligencia?

—Puede ser que la inteligencia logre cruzar la barrera pero es muy posible que la inteligencia de esos otros seres sea diferente. Los ignorantes marcianos podrían echarse indignados encima de nosotros por ser «diferente» minoría.

—Te estás imaginando todo lo que va a ocurrir, ¿no es así Bill Drake? —preguntó Gail echándose hacia atrás en el asiento.

Nos habíamos quitado los cascos ya que no eran necesarios en el coche y su bonito pelo, ya crecido, en lugar de llevarlo del largo de un hombre como cuando dejamos la Tierra, le caía sobre los hombros.

—Supongo que estás muy inseguro acerca de todo esto que es tan increíble y tan grandiosamente extraño que a duras penas podemos convencernos de que se trata de algo que estamos viviendo.

—Admito que algunas veces creo que estoy en un mundo irreal —dije—, y me gustaría estar rodeado de cosas familiares. Pero tengo confianza en mi mismo y llevaré a cabo mi propósito. Me gusta tener confianza en mi mismo; es algo que uno puede sentir hacia sí mismo y que nadie más puede experimentar.

—Pero muchas cosas son iguales —dijo ella con calma—. Las cosas que yo no quise traer con nosotros. Y no me refiero a la confianza en uno mismo.

Lancé una mirada en la dirección en que ella se encontraba. Tenía los ojos cerrados, los labios suaves y el cuerpo relajado.

—¿A qué te referías? —pregunté.

—Morrie lo mencionó —dijo ella.

Ahora sabía a lo que ella se estaba refiriendo. Me examiné mentalmente. Morrie se había pasado de los límites. Yo me había mantenido en mi lugar. Pedía ser que a fuerza de una gran lucha...

—¿Dijiste algo, Bill? —preguntó ella, abriendo les ojos.

Yo no había dicho nada. Ella continuó:

—Morrie dijo que él era un hombre y yo una mujer. Eso es algo que existe en la Tierra y siguió vivo en el espacio. Tú eres un hombre y yo soy una mujer aquí, Bill.

—Maldición, estábamos de acuerdo.

—Bill Drake —dijo ella—. Digamos justamente que el acuerdo se hizo hace algunos años y que los límites se fueron con el tiempo. Al demonio con los acuerdos. En los pasados días, lejanos días, yo pensaba que el viaje a Marte era el punto culminante de mi carrera. Yo soy una mujer, Bill Drake. Esta es mi carrera ahora.

Maniobré el coche dejándolo parado en seco en la mitad del rojo desierto. Allí, a millones y millones de millas del pequeño planeta en el que nos habíamos casado, la tomé en mis brazos. Mis labios saborearon los suyos quedando ambos muy juntos el uno del otro.

Los trajes espaciales nos molestaban, y decidimos desprendernos de ellos.

Bastante rato después, nos dimos cuenta de que teníamos una labor que llevar a cabo y nos pusimos de nuevo en marcha. Llegamos a Ghaius, tan profundo como el canal Lacus, pero conteniendo más agua; sería la mitad de ancho que el Hudson.

Así que nos detuvimos al margen, mirando el profundo canal, Gail me cogió por un brazo señalándome algo que había llamado su atención. Yo lo había visto también casi al mismo tiempo, una especie de lanchón cargado con algo que parecía paja. No era paja, desde luego, pero sí alguna clase de vegetación marciana, cortada y apilada en la barcaza. Era llevada por medio del canal hacia la dirección de Pnyx, y unos marcianos tirando de unas cuerdas atadas al lanchón constituían la fuerza que movía aquéllo. Había esclavitud en Marte.

—Comercio marciano —dije.

Continuamos rodando hasta colocarnos paralelamente al canal hasta que de repente vimos delante nuestro un gran tajo, como una ramificación de Chalus que se dirigía directamente hacia el oeste.

No teníamos idea de su longitud, pues no se encontraba señalado en el mapa. Y cuando decidimos cruzarlo con nuestro coche, vimos la razón por la que no figuraba. El canal estaba vacío, pero rellenado de arena de incontables tormentas y en aquel lugar no crecía ni la más mínima señal de vegetación.

Era un canal abandonado. Y al otro lado se encontraba una vieja carretera.

Estaba pavimentada con un material de apariencia consistente, aunque se veía resquebrajada y como si no hubiera sido usada en muchos años.

—¿Supones que los marcianos tienen coches? —me preguntó Gail cuando nos detuvimos. Moví la cabeza con inseguridad.

—Tengo algunas ideas acerca de los habitantes de Marte —dije—. Probablemente estén a la cabeza en algunas cosas —ellos están hechos para captar las cosas por medio del radar y tendrán muchas facetas que nosotros no comprenderemos—, pero, ese lanchón que acabamos de ver es el primer aparato de que tengo noticias. Si es que se puede llamar a un bote aparato.

—Deben tener máquinas con las que construyeron los canales —dijo ella.

—Si, pero no una máquina de ruedas —repliqué—. No creo que conozcan las ruedas en Marte. Sabes que se descubrieron cuando el hombre se dio cuenta de que las cosas redondas, los troncos, giraban o rodaban. Las plantas que crecen en Marte, diferentes de los árboles de nuestro planeta, tienen algunos lados completamente planos. En conclusión, los marcianos nunca tuvieron la idea de las cosas redondas.

—Entonces, ¿qué hace esta carretera aquí? —preguntó Gail.

—El piso es muy suave, a pesar de que puede ser debido a las tormentas de arena —dije—. Posiblemente, habrá sido usada para arrastrar algo. Sería siempre más fácil que trasladar cosas llevándolas por encima de la arena.

La carretera hacía un ángulo hacia el sur, en la misma dirección que Íbamos nosotros. Esperaba que todas las carreteras llevaran a Pnyx y seguimos por ese camino, aunque algunas veces se alejara del canal.

Más allá del canal vimos un círculo, como una altiplanicie simétrica en el horizonte, parecida a un medio tomate sobresaliendo de la arena.

Era la cúpula de una ciudad marciana posiblemente desalojada debido al canal seco. No se trataba de Pnyx y no vimos síntoma alguno de vida alrededor de la ciudad.

Nos acercamos a ella con precaución. Posiblemente la hubiéramos evitado a toda costa de haber visto algún signo de vida en ella, pero la ciudad tenía la apariencia de que se encontrado sola, completamente abandonada. Las cercanías no tenían señales de que alguien hubiera andado por allí. En los sitios cubiertos por la arena no había el menor rastro de pisadas.

Vi que la carretera conducía a una gran puerta arqueada.

—¡Una ciudad fantasma! —susurró Gail— ¡una vieja ciudad abandonada!

—Espero que esté realmente abandonada —dije.

Continuamos acercándonos. Teníamos que hacer averiguaciones incluso arriesgando nuestras vidas.

El arco era lo suficientemente ancho como para que pasara el coche. Aún sin ver ningún síntoma de ser vivo, continuamos adelante. Entonces nos dimos cuenta de que no era necesario haber cruzado el arco en absoluto. Sobre nosotros sólo había la mitad de una cúpula. Más allá, podíamos ver el lugar donde se había roto y derrumbado.

Sobre nuestras cabezas estaba la parte que quedaba en pie y en el sitio donde se había roto se veían señales como si un gran gigante la hubiera derrumbado de un gran soplo.

Antes de que, cualquiera que hubiera sido el desastre, se cayera la cúpula de la ciudad, posiblemente ésta fuera una ciudad floreciente con una plaza de una milla de área. Había ruinas de edificios, columnas, monumentos y calles estrechas. Los edificios no eran como los de la Tierra; se entraba a ellos por rampas que conducían a los pisos superiores. La estructura era extraña y sin estilo arquitectónico fijo, pero sí estrictamente utilitaria, paredes lisas, estrechas ventanas y puertas. Lo que puede que alguna vez hubiera servido de cristales, no existía ya, y posiblemente se destrozara cuando la ciudad se vio conmovida.

—Me pregunto cómo pudieron levantar esa cúpula —dijo Gail.

—Debe haber sido soplada, igual que una botella —dije.

Cruzamos la ciudad siguiendo nuestro viaje hacia el sur. Al mirar hacia atrás, a la cúpula, vi que estaba construida de una materia brillante parecida al cristal y que probablemente habría sido transparente alguna vez. Mas ahora estaba empañada por una capa de polvo rojizo. Habían pasado siglos desde que unos marcianos vivieron aquí.

En un extremo de la ciudad se encontraba un monumento, un camello sin cabeza, un marciano, con sus ocho brazos levantados orgullosamente sobre su joroba.

—La gloria tampoco es desconocida para los marcianos —dije.

—Es algo que se deriva de la idea de la propia estimación —dijo Gail—. Un individuo, se siente más seguro cuando contempla una gloriosa y respetada imagen suya.

Después de tomar fotos abandonamos la ciudad. Un minuto después el contador Geiger empezó a emitir ruidos extraños y salvajes. Eché mano a los mandos en el preciso momento en que nos aproximábamos a un gran cráter.

Y ahora ya sabía por qué la ciudad no estaba habitada, por qué el canal estaba seco y la carretera no se usaba.

—¡La bomba! —dije casi en un susurro. ¡Marte había tenido su guerra nuclear! No sabía cuánto tiempo hacía de esto. En caso de saber el tiempo, podría haber calculado la cantidad de radiaciones y determinado aproximadamente cuándo ocurrió la explosión. Las radiaciones no eran muy dañinas ahora y sabía que el desastre debió ocurrir hacía muchos años.

—Sabes —dijo Gail con calma—, que quizás los marcianos se asustaron de nosotros por este motivo.

—Si ellos sabían que nosotros teníamos la bomba y que podíamos haberla usado aquí —dije a modo de pregunta.

Ella movió la cabeza con cordura.

—Creo que los marcianos deben saber muchas cosas de la Tierra. Mucho más de lo que nosotros hemos podido descubrir acerca de ellos.

—La cuestión ahora es —le dije— si aún tienen la bomba y si piensan usarla con nosotros.

—Puede ser que la hayan quitado de en medio —dijo ella.

—En ese caso, demuestran estar más civilizados que nosotros.

—Es posible que los habitantes de este planeta hayan tenido más tiempo que nosotros para civilizarse —replicó Gail.

—La civilización puede tener sentido retrospectivo —dije—. Si tuvieron la bomba en una ocasión, es posible que la construyan de nuevo.

Así que continuamos nuestro viaje al sur, nos encontramos con la cúpula de otra ciudad; pero ésta no era una ciudad fantasma. La cúpula estaba completa y era mayor que la que habíamos visto junto al canal seco. Se estrechaba a lo largo del horizonte unas cinco millas por lo menos, pues el horizonte en este planeta parecía ser más pequeño que el de la Tierra.

Cogí el pulsador de nuestro aparato transmisor y llamé a la base recibiendo contestación de Axel.

—No estamos lejos de Pnyx —le dije.

—¿Os han descubierto ya?

—No, pero tampoco yo he visto nada —dije.

Miré a la ciudad durante unos minutos antes de ver alguna señal de movimiento en ella. Me pareció ver que algo se movía en lo que aparentaba ser un camino orientado hacia el alto en dirección este-oeste sobrepasando la cúpula. Una nube de polvo parecía colgar allí y creía que algo se movía allí.

—Estamos demasiado lejos para ver con claridad —dije—. Pero parece que hay un gran tráfico en la parte principal.

—¿Parte principal, caminos? ¿Qué estás diciendo?

—No es una broma, Axel —dije—. Tienen carreteras pavimentadas, pero no he visto coches. Seguimos parte del camino por una vieja carretera. Está estropeada y en desuso. Ya te contaré luego.

—Continúa viendo lo que ocurre, si es posible, Bill —dijo Axel—. Nosotros continuamos captando muchos sonidos, en la radio, desde Pnyx.

—Sigo aquí buscando informes y encontraré algo que informar —dije—. Continúa a la escucha.

Me coloqué el casco, cogí el rifle y me dirigí a la cabina.

Podía sentir la ciudad así que bajé del coche. Hay una especie de sensación que se experimenta cuando uno se está aproximando a una gran metrópoli, y ocurre lo mismo en la Tierra que en Marte. Es algo muy diferente de lo que se siente en los espacios abiertos, al aire libre; en la pradera o en la montaña. Quizás se trate de sentidos extra sensitivos de percepción. También podría ser que nuestras suelas transmitieran las vibraciones producidas por seres vivos. El caso es que yo sentía que se transmitían diferentes vibraciones.

Llevando a punto el rifle, me moví un poco hacia delante alejándome del lugar donde había detenido el coche, junto a un alto risco que defendería al coche de la acción del radar detector de los marcianos. Pensé que podía echar un vistazo desde allí arriba sin correr gran riesgo de descubrir nuestra situación.

Me encontraba a una media milla de la carretera y, desde la loma, podía divisarla. Había una verdadera multitud de marcianos que marchaban en formación hacia el este, en dirección al canal. Cinco de ellos caminaban a la cabeza y debían de ir seguidos por cientos de ellos más.

No necesitaba ser un nativo para reconocer que se trataba de un grupo militar. Soldados. Las hormigas marchan a la guerra del mismo modo que lo hace el ser humano. Es otra cosa fundamental que debe tener sus raíces en la energía atómica o en la inteligencia nuclear que ha formado la vida de modo que los átomos puedan controlar su destino.

No había ninguna fuerza local contra la que este grupo tuviera que luchar. Estaban listos para encontrarse con los terrestres, en la primera guerra interplanetaria habida en el sistema solar.

Estaba tan interesado en observar a los marcianos, que no me di cuenta de que estaba en lugar muy visible; y hube de ser visto, aunque no por los marcianos que venían marchando, de los cuales calculé que habría unos mil quinientos.

Una pequeña patrulla había sido enviada probablemente para proteger las inmediaciones y el ejército principal, o incluso para buscarnos, ya que por lo visto, mi acercamiento no había sido tan cauteloso como había pensado.

Tres marcianos de esta patrulla comenzaron a venir hacia mí con los brazos en alto como al ataque. Y detrás de ellos venían una docena más.

CAPÍTULO XVI

Los marcianos se acercaron a todo galope en la dirección en que yo me encontraba, con los brazos en alto, aquellos apéndices que tenían las criaturas a cada lado. No noté esto entonces, pero más tarde me di cuenta de que usaban el segundo par de brazos para ir en formación todos unidos, la razón por la cual su apariencia era más compacta.

Se encontraban a unos sesenta pies de mí cuando el marciano que estaba en uno de los extremos levantó su segundo brazo que por supuesto no estaba ligado a ningún otro compañero. En ese momento, desde el extremo opuesto comenzó a fluir una gran llamarada que me hizo acordar de la última tormenta impresionante que vi en la Tierra.

Ahora ya sabía por qué elevaban los brazos. Cada marciano era para los efectos prácticos una célula eléctrica y los tres juntos componían una importante serie. Si un marciano podía producir cien voltios, tres de ellos producirían en lugar de cien, trescientos. Este voltaje desde luego es para propósitos de ilustración. No sé cuánto son capaces de producir y probablemente serán más de cien voltios, en vista de lo que ocurrió luego. Debía tratarse de una fuerza de mil voltios.

Pero el caso es que yo sabía que los marcianos querían electrocutarme y me puse a salvo. Mi traje espacial contenía el suficiente metal como para producir una bonita descarga a través del suelo y estando dentro de él no podía sufrir daño alguno.

Levanté el rifle para disparar y de nuevo lanzaron otra carga contra mí. Esta vez me alcanzaron. La llama azulada alcanzó el rifle que tenía junto a mi traje y como yo esperaba que sucediera, la corriente llegó a la altura de mis botas. No me sentí conmocionado, pero noté con gran alarma que mi rifle estaba de repente tan caliente que lo sentía arder incluso por encima de mis guantes. Entonces comprendía el peligro. Podían, literalmente hablando, hacer que me cociera en el interior de mi traje espacial por medio de ponerlo al rojo.

Antes de que pudiera usar su arma natural en contra mía, disparé. La bala alcanzó al marciano del centro cuando se encontraba a menos de treinta pies de donde yo estaba. Explotó como si hubiera contenido dinamita y el circuito quedó cortado.

Los otros dos se quedaron inmóviles, como clavados en tierra. Así que levanté de nuevo el arma, el radar debió captar este movimiento porque entraron en movimiento y se retiraron para reunirse con el resto de la patrulla. No disparé contra ellos en esta ocasión. Solamente me quedaba una bala explosiva y quizás la necesitara luego aparte de los dieciocho cartuchos normales que había traído por si los necesitaba.

Se me estaba ocurriendo hacer un cambio. Los dos supervivientes se alejaron chillando en su idioma o lo que quiera que usaran en sus conversaciones privadas. Podía ver en acción sus antenas, pero no entendía nada de lo que pasaba. Los otros doce parecieron comprender. Todos unieron sus apéndices y se vinieron en contra mía.

Parecían una caravana de camellos cruzando el desierto, solamente que ellos no eran camellos y además podían producir suficiente electricidad como para incendiar una ciudad entera. Me horrorizaba pensar el calor que se podía producir si era alcanzado por una de sus descargas. Incluso en el caso de que no enviaran una gran descarga contra mí, los materiales de que me hallaba rodeado no servirían de nada una vez que ellos se dieran cuenta de que una carga continua acabaría por ponerlos al rojo vivo.

Los marcianos avanzaron más. Sus pies muy parecidos a los de los camellos, incluso su forma de andar era semejante y dejaban un rastro de polvo a sus espaldas. Levanté mi rifle y apunté cuidadosamente al centro de la línea. Esta era mi última bala explosiva y tenía que causar un resultado espectacular. Apreté el gatillo y acto seguido se pudo ver un rápido llamarazo azulado en el punto donde el marciano que yo había alcanzado, y éste dejó de producir descarga automáticamente.

La línea quedó rota, y los otros dudaron. Pero seis o siete marcianos se balancearon duramente en medio de gran resplandor y me vi obligado a romper de nuevo los dos segmentos. Si me hubieran atacado en dos grupos, hubieran acabado conmigo, pero por fortuna no se dieron cuenta de esto.

Me dispuse a preparar mis armas automáticas mientras que el grupo se consolidaba de nuevo. Ahora, dispare casi sin apuntar. No lo creía necesario. ¿Quién sabe cuál es un punto vital en un marciano? Me limité a apretar el gatillo moviendo el arma de derecha a izquierda y acto seguido, la mitad de los marcianos cayeron en tierra.

Pero el cargador estaba vacío. Me cambié el rifle a la mano izquierda, tomando acto seguido mi automática de la pistolera que colgaba de mi cinturón. Los seis o siete marcianos que no habían sido dañados trataron de unirse de nuevo y yo quizás que no pudiera esta vez con ellos.

De nuevo disparé hacia el centro con el objeto de cortar la línea por la mitad. Los marcianos habían conseguido formar la serie otra vez y una nueva llama llegó hasta mis pies, pero parecía que estuvieran locos de miedo o de furia o por alguna versión marciana de un sentimiento análogo en nuestro planeta, que les hacía apuntar con inseguridad. Disparé contra ellos hasta que se descargó la pistola. La línea estaba rota en tres pero aún había cinco marcianos vivos.

Eran como muñecos pues no se podía pensar otra cosa de la manera como atacaban. Todo aquello de defensa propia, preservación de la raza, todo lo que habíamos hablado de héroes y mártires, parecía ser lo que consideraban la última carga. Mi pistola estaba descargada, tal cual estaba mi rifle y yo estaba prácticamente indefenso sin saber dónde meterme ni que hacer.

Pensé sobre mi situación y mientras lo hacia oí un ruido a mi lado. Marte es un mundo silencioso, pero no quieto. Hay suficiente aire para transmitir un ruido que se produce cerca. Incluso así cualquier movimiento resultaba precioso, por lo que rápidamente miré a mi alrededor.

Gail Loring se encontraba allí, envuelta en su traje espacial y sujetando su pistola automática con ambas manos. El arma se estaba moviendo en sus manos produciendo el ruido que yo había oído y que me había hecho volver la cabeza.

Miré hacia atrás. Dos de los cinco marcianos estaban en tierra. Esto no había ocurrido por suerte, ni por buena puntería; se trataba de un latente milagro.

Gail acababa de desbaratar la reunión.

Los tres supervivientes tenían ya bastante y cuando Gail descargó su arma enorme del 45 sin dar a ninguno, todos salieron corriendo en todas direcciones dominados por el terror. En mis auriculares sonaban ruidos extraños, sin duda se trataba de las voces de los marcianos.

Aún sujetando el rifle en la mano izquierda y la pistola en la derecha, cogí a Gail entre mis brazos susurrándole cosas semejantes a «querida, mi vida, tesoro».

—¡Querida-mi-vida-tesoro! —chillaban los marcianos.

Traté de besar a Gail a través de nuestros cascos, y ambos nos reímos y lloramos a un tiempo cuando volvíamos hacia el coche. Las lágrimas corrían por sus mejillas cuando la ayudé a entrar en la cabina.

Cuando estuvimos en el coche, cesaron nuestras risas. A una media milla de distancia, mil quinientos marcianos se dirigían hacia nosotros por la carretera con sus armas unidas.

Mis auriculares resonaban escandalosamente con el ruido que aquellos seres producían y sobre todos los sonidos sobresalían las voces repitiendo:

—¡Ha-ha! ¡Ha-ha! ¡Mi-vida!

Habían interpretado nuestro susurro como grito de victoria. Sin quitarme el casco, puse a gran velocidad el coche, alejándonos así de los marcianos que continuaban avanzando, y puse rumbo al norte. El desierto se extendía delante de nosotros, desnudo y extenso, interrumpiendo su igualdad de cuando en cuando, se veían algunas rocas. Aumenté la velocidad hasta que el coche alcanzó su máxima. Pero hasta que pude conseguir esa velocidad los marcianos habían adelantado terreno. Ahora galopaban en persecución como los caballos de carrera, con la diferencia de que eran más ligeros que el triunfador más importante que yo hubiera visto jamás. La fuerza de gravedad tenía algo que ver con aquello.

Mas no corrían lo suficiente como para alcanzarnos, a pesar de que ahora me daba cuenta de que los marcianos a los que Spartan había disparado no me habían perseguido realmente. Habían merodeado, pensando que yo estaba asustado y que era inofensivo y por consiguiente, dieron por sentado que no tenían nada que temer de mí. Posiblemente, si Spartan no hubiera disparado, los habitantes de Marte y los de la Tierra se hubieran llevado bien, a pesar de sus diferencias básicas y el hecho de que eran venenosos los unos para los otros.

Entonces la radio emitió de nuevo sonidos pero esta vez trayendo la voz de Axel.

—¿Qué es lo que ocurre ahora, Bill?

Nuestros receptores de casco eran de onda corta por lo que no captaban emisiones lejanas en un gran planeta, pero en Marte la cosa iba muy bien, permitiendo captar una conversación desde una gran distancia. Axel había oído nuestros susurros incoherentes de llanto y risa después de la batalla de Pnyx. Cogí el transmisor para responder, ya que el aparato de radio del coche era capaz de captar una onda larga y llevar las voces a gran distancia.

—Acabamos de ganar la primera guerra interplanetaria, Axel —dije—, pero un millón de marcianos me persiguen. Acaban de empezar a luchar.

—Debes haber encontrado un bar en Pnyx. Habla con sentido común, ¿quieres?

—Mil quinientos marcianos, de todos modos, Axel, y no estoy diciendo tonterías. Vienen corriendo, realmente corriendo y no han demostrado señales de cansancio después de más de veinte millas, pero aún no me han dado alcance.

—¿Hacia dónde te diriges?

—Al norte; hacia donde tú te encuentras.

—Dime todo lo que ha pasado, Bill, pero habla con sentido.

Le conté brevemente mi encuentro con la patrulla y cómo el cuerpo principal de los marcianos venía en mi persecución. Me encontraba a algunas millas a la cabeza de aquellos seres que se recortaban en el horizontes a mis espaldas. Le expliqué incluso cómo había sido la lucha de los marcianos y cómo cortaba el circuito. Axel escuchaba sin interrumpirme y cuando terminé de hablar, dijo:

—Creo que podrás combatirlos aquí. Una vez que estés a bordo, entre todos podemos barrerlos.

—Por el amor de Dios, Axel —dije—. No esperes poder combatirlos. No te puedes hacer una idea del galope que traen estos marcianos. No se puede pensar en eso ni aunque Gail y yo estuviéramos ahí para ayudar.

—Tenemos otro rifle con muchos cartuchos explosivos y algunas pistolas con lo cual podríamos dar una vuelta —dijo Axel.

—Puede que usen la bomba —dije.

—¿Qué bomba?

—La bomba atómica. Estos seres ya la experimentaron una vez —dije—. Gail y yo encontramos pruebas de que destruyó una ciudad al norte de Pnyx.

—Uno no puede construir una bomba atómica con la misma facilidad con que se rompe un huevo —dijo Axel—. Y dudo mucho que en realidad la tengan. Si logramos librarnos de ellos, nos iremos de este asqueroso planeta, con perdón de miss Loring. —Aquí se detuvo—. Y además, tenemos a Spartan, él luchará con nosotros.

—No lo dejes en libertad, Axel. No le proporciones un arma.

—La situación actual demuestra que estamos en lucha con los marcianos, Bill. Spartan tiene que ayudarnos. No tiene otro remedio. Y si ayuda, todo será mucho menos complicado cuando volvamos a la Tierra.

—Ya hablaremos del particular cuando te vea —dije.

Miré hacia atrás. Los marcianos no estaban a la vista. Aminoré la marcha y esperé. No volvieron a aparecer en el horizonte, y pronto comprendí el porqué. Enfrente, teníamos el cráter hecho por la bomba los marcianos, demasiado sensibles a las radiaciones, no podían soportar la radioactividad de todo el área, a pesar de que Gail y yo no sufríamos daño alguno debido a que veníamos de un planeta que está constantemente bañado por radiaciones de todas clases, desde los rayos gamma hasta la radio. Ni uno sólo de aquellos seres se acercaría a la ciudad destruida por la bomba. Esto explicaba porqué se encontraba desolada, por qué era una ciudad fantasma y por qué el canal que debía de regar aquellos lugares estaba seco y casi cubierto por la arena.

Llevé el coche a lugar seguro, dejando que los motores se enfriaran y se cargara la batería.

Gail trajo un poco de agua y comida de la cabina y organizamos nuestro almuerzo. En el oeste, empezaba a ponerse el sol marciano, perdiéndose en el horizonte. Pronto sería de noche, y tendríamos que hacer el resto del viaje en la oscuridad. Marte tenía las noches más oscuras que jamás había visto. Las lunas no son lo suficientemente grandes como para emitir un gran resplandor —de hecho, Júpiter era mucho más brillante que Phobos, a pesar de encontrarse a millones de millas de distancia—. Ni la Tierra ni Saturno se podían ver en esta estación, pero tenía la impresión de que la Tierra sería para Marte mucho más brillante que cualquier otro mundo del espacio. Venus se podía divisar de vez en cuando, pero Mercurio nunca se ofrecía a la vista debido a que se encuentra demasiado cerca del Sol.

Terminamos nuestra comida y Gail durmió un poco mientras yo vigilaba. Entonces, se levantó de pronto, me dijo que durmiera un par de horas y después se sentó junto a la radio.

Poco después de la media noche, fui despertado por ella.

—Acabo de hablar con Axel —dijo—. Él cree que hay marcianos cerca del cohete.

Me espabilé instantáneamente. Accioné los mandos para calcular nuestra resistencia. El sol no había lucido mucho rato después que nos hubimos sentado para comer y descansar, pero los rayos solares habían sido suficientes para cargar la batería de modo que podíamos emprender el viaje siempre que lo hiciéramos con cuidado de nuestras reservas. Tomé posición en el control.

—Axel —dije—, ¿los has visto?

La voz de Axel me contestó a través de la radio.

—No, pero puedo oírlos. Están diciendo algunas palabras en inglés. «Poraquídrake. Tancuano.» Las cosas que dijiste el día que los encontraste en el canal. Algunos deben haberte oído.

Si la cosa era así en realidad, ese no era el grupo que me había venido siguiendo. Otra fuerza atacante debió venir del norte, posiblemente desde Umbra. Nos estaban acorralando desde dos direcciones y si de un lado venían mil quinientos, sólo Dios sabía cuántos vendrían desde el otro lado del cohete. Puse en marcha el coche.

—Ya estamos de camino, Axel. Todo está muy duro, pero no habrá complicaciones si evitamos chocar contra alguna roca del desierto. Pero no puedes con ellos, levanta el vuelo. Olvídate de nosotros.

—No hables como un lunático, Bill.

—¡No pienses en mí!

—¡Demonios! No estoy pensando en ti; estoy acordándome de Gail. Y no quiero pasar un año en el espacio con el doctor Spartan y con el único candidato para defenderme, a Joel.

—Muy bien —dije—. Trataré de hacer lo que más nos convenga.

—Atiende los mandos —dijo Axel. Me reí con ganas. Resultaba irónico que después de nuestra conversación acerca de los cobardes, la defensa propia, héroes y mártires ni uno de nosotros —ni tan siquiera el Dr. Spartan— tuvo la oportunidad de elegir en este momento. Todos teníamos que ser héroes y quizás, mártires íbamos a ser atacados por todo un planeta y el único camino a seguir era luchas hasta el máximo para salvar nuestras vidas.

La luz de las estrellas apenas era una ayuda, pero me fue posible evitar las formaciones desérticas del desierto una vez que hubimos cruzado el canal abandonado. No podía ir más deprisa, pero estaba ganando tiempo.

La radio no estaba en silencio. Se oían pequeñas explosiones y zumbidos de la conversación de los marcianos de vez en cuando. Nada más se oyó de Axel, a pesar de que su transmisor se había quedado conectado. Y yo no tenía nada que decir, estaba demasiado embebido en el manejo del coche.

Los primeros destellos del amanecer empezaban a aparecer en el este, cuando al fin escuché un grito en el aparato. Se trataba de la voz del doctor Joel chillando a todo pulmón.

—¡Ludson! ¡Arriba! Los marcianos están atacando.

Luego se oyeron sonidos inarticulados y en medio de ellos sobresalió la voz de Axel:

—Hay que soltar al doctor Spartan y proporcionarle un arma.

Ya había luz suficiente como para ver muy bien y manejé el coche en aquella dirección haciéndolo correr a toda marcha.

CAPÍTULO XVII

No tenía la menor idea de a que distancia nos encontrábamos del cohete, pero posiblemente no estuviéramos más lejos que a unos noventa minutos de marcha a toda velocidad. Sin embargo, las batallas se pueden ganar o perder en mucho menos tiempo, y había una gran batalla organizada en el de Solis Lacus.

Se encontraban fuera del cohete Axel y Spartan. Escuché cómo chillaban a través de las radios de sus cascos. Spartan —sin querer dejar a un lado su autoridad a pesar de su condición de prisionero—, estaba dando órdenes en alto.

—¡Lleve a ese grupo hacia la izquierda! ¿Alrededor de las nueve...?

Axel debía de tener en su poder el rifle. El Dr. Warner Joel estaba histérico. Su voz estaba entrecortada por los gemidos, lloraba y juraba.

Axel murmuraba cosas de forma incoherente. Según lo que yo entendía, debió de hablar en sueco. Quizás lo estuviera haciendo y yo no lo sabía. Había nacido en Minnesota de padres suecos y a lo mejor aprendió este idioma cuando niño. De ordinario, hablaba correcto, excepto que en algunas ocasiones frases tomaban un cariz de otra lengua extranjera; sucedía algo así como si recordara en ocasiones algo que hubiera oído de pequeño de sus padres y vecinos. Joel seguía diciendo.

—Mi pistola está vacía...

—¡Cómo corren los tontos. No se han cuenta de que mi arma está descargada!

Aparentemente, el radar de aquellos seres no era capaz de captar objetos tan pequeños como un revólver del 45 automático.

Gail permanecía atenta, así que oyó los ruidos del combate. Los labios apretados fuertemente y su mirada fija al frente.

Y entonces vimos la depresión verde-marrón a nuestra derecha. Habíamos llegado a Solis Lacus Mayor y el cohete no estaba muy lejos hacia el norte y sólo a unas doce millas hacia el oeste.

Los minutos nos parecían horas eternas, así que continuábamos marchando a toda prisa. Las voces de los marcianos sonaban ahora casi apagadas, podíamos escuchar sin embargo las voces de nuestros compañeros. Al menos ninguno había sido alcanzado en su traje espacial aún. Mientras consiguieran partir las líneas formadas por los marcianos, se verían libres de ser alcanzados.

En aquel momento, Gail chilló señalando nuestra izquierda, donde se podía ver la punta de nuestro cohete.

Desviando la mirada, vi cómo había un grupo de ellos que venía desde el sur. En el norte también había más. Estaba metiendo el coche en una verdadera trampa que se cerraría en cuanto estuviéramos dentro.

Pero entrar en la trampa no significaba muerte segura; aún teníamos la posibilidad de poder llegar al cohete.

Los marcianos procedentes del sur iban chillando:

—¡Ha-ha! ¡Ha-ha!

Se trataba del mismo grupo que me había perseguido cerca de Pnyx. A pesar de haberse echado hacia atrás a la vista de la ciudad abandonada, ahora parecían demostrar que habían estado caminando toda la noche, posiblemente rodeándola, y ahora se encontraban ayudando a rodear la nave espacial.

Detuve el coche y me amarré el casco.

—Ponte el tuyo también, Gail —dije.

Ella hizo lo que yo le dije y una vez que hubo terminado dije:

—Toma los mandos del coche. Trata de romper cualquier barrera formada por marcianos que se te ponga delante hasta poder llegar al camino. No me prestes la menor atención.

Me levanté de mi asiento dirigiéndome a las cabinas. Mi rifle se encontraba allí y lo cogí Me hice de cartuchos que cogí de la cartuchera y lo cargué con balas explosivas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella con los ojos espantados a causa del miedo.

—Voy a subir —dije—. Me ataré al techo del coche con el cinturón del traje espacial. Y desde este puesto haré algo contra estos malditos seres marcianos.

Palmeé el arma para dar énfasis a mis palabras. Tenía que ser así. Ella odiaría este momento del mismo modo que yo, pero no había otra salida. Era de todo punto imposible que yo disparara contra los marcianos desde dentro de esta caja con cuatro ruedas.

Ella aguardó hasta que yo le dije que estaba amarrado muy seguro y entonces emprendió la marcha de nuevo.

Delante nuestro, podía ver a los marcianos. Habían hecho un círculo alrededor de la nave a un cuarto de milla de distancia. Podía decir que Axel estaba en el lado norte, donde un grupo numeroso de aquellos seres extraños se encontraba agolpado para atacar por delante. Distinguía los explosivos disparados que ocasionaban grandes agujeros en el suelo; pero los marcianos estaban preparándose para atacar por el lado contrario.

Joel y Spartan se encontraban estacionados en ambos lados, de forma que los tres constituían un triángulo. Ellos dos solamente tenían pistolas y no estaban haciendo fuego porque la distancia era superior al alcance de las armas. No podía decir quién era quién, pero podía ver las figuras de pie detrás de las rocas que servían de parapeto. Aparentemente, el foso, tan insignificante y provisionalmente hecho, constituía un obstáculo para los marcianos que encontraban una seria

dificultad en bajar y subir por los lados con sus cuatro patas o piernas. Los marcianos empezaban a avanzar hacia el camino cuando por primera vez se dieron cuenta de que nuestro coche se acercaba hacia ellos. La línea se agitó, dudó, y por fin comenzaron el ataque a los terrestres.

—¡Drake! —sonó la voz de Spartan a través del transmisor del casco.

—¿Sí? —dije omitiendo el señor.

—Quiero que sepa, que fueran cuales fueran nuestras diferencias en el pasado, están olvidadas por el momento. Todos somos hombres de la Tierra. Estamos siendo atacados por todo un mundo de seres completamente diferentes de nosotros. Yo fui su enemigo y usted me odió como lo hubiera hecho cualquier otro mortal. Pero, ahora, lo único que importa es que la Tierra y sus científicos esperan que nosotros regresemos llevándoles información de este planeta. Por lo tanto, hemos de sobrevivir. Ahora lucharemos juntos. Lo que ocurra luego es algo diferente.

—Eso está muy claro, Spartan —dije—. Pero yo ya he pensado en todo esto y usted no tiene mucho más que elegir que yo mismo.

—¡Muy claro, muy claro. Ha-ha. Ha-ha! —resonaron las voces de los marcianos en mis oídos. Mirando al sur pude ver la planicie cubierta por una verdadera multitud de criaturas galopando unidas por los brazos y llevando éstos ondeantes como si de banderas se tratara. El grupo procedente de Pnyx, se había unido y atacaba el cohete por detrás.

Warner Joel chilló con desesperación y entonces supe que se había enfrentado con ellos completamente solo.

La horda marciana seguía avanzando a gran velocidad.

Joel se quedó muy quieto sosteniendo una pistola automática hasta que ellos se ponían a tiro. Vi brillar un fogonazo de un disparo y un marciano de la mitad de la línea se bamboleó cayendo acto seguido al suelo. Instantáneamente los que componían los lados separados unieron de nuevo sus brazos. Levanté mi rifle apuntando con él a los atacantes.

El movimiento del coche hacía difícil la puntería, pero sostuve mi rifle en alto durante un instante demasiado largo y un fogonazo surgió del extremo de la línea en la dirección en que Joel se encontraba siendo salvajemente atacado, un grito terrible sonó en mis auriculares. Miré con horror a su traje espacial que se ponía rojo encendido y que en seguida se derretía a mi vista, entonces disparé.

La bala explosiva alcanzó a dos marcianos de la línea. De nuevo hice fuego, y acerté un una de las mitades, por lo que la línea estaba separada en cuatro. Un tercer tiro dio en la otra mitad. Una de las grandes cosas de estos proyectiles explosivos consiste en que no hay que pegar en el blanco, en un punto exacto, inmóvil. El cuarto disparo, ni siquiera dio a un marciano, sino la tierra sus pies, quedando enterrado como planta.

Los marcianos próximos al camino estaban dispuestos a enviarme un poco de la misma medicina que había terminado con Warner Joel, dirigí mi rifle en aquella dirección haciendo fuego de nuevo antes de que

pudieran disparar una vez más, Axel, quien aparentemente habíase quedado parado para volver a cargar sus armas, empezó a tirarles desde detrás.

Los marcianos no podían soportar mucho una vez que estaban siendo combatidos desde dos lados a un tiempo. La línea se rompió y corrieron hacia el norte.

Mi coche entonces se dirigió hacia la vereda que conducía al cohete. La figura envuelta en traje espacial de Axel apareció de detrás de unas barricadas formadas por las rocas. Ni siquiera tuvo tiempo de saludar con la mano, pero vi sus ojos llenos de profundo agradecimiento porque habíamos llegado en el más critico de los momentos.

Después se dirigió hacia el lugar donde quedaban los restos de Warner Joel.

Los marcianos que habían matado a Joel se llegarían a la nave por detrás después de intentar pasar el foso.

—¡Vigila la parte de delante Bill! —gritó Axel al tiempo que levantaba su rifle.

No había nada que vigilar. Los marcianos habían sido puestos en fuga.

Luché con mi cinturón desatándome, mientras Axel apuntaba con su rifle a los marcianos del grupo de Pnyx. Su fuego semi-automático hacia salir chiclezazos de líquido venenoso de los cuerpos alcanzados de los habitantes de Marte al tiempo que yo saltaba fuera del coche.

Los zumbidos producidos por las voces de aquellos seres resonaban ahora llenos de pánico. No era necesario conocer su lengua para comprender que la idea de la lucha había abandonado sus mentes —o lo que quiera que tuvieran para pensar— en el momento en que Axel los atacó de nuevo con sus balas explosivas.

Algunos de ellos estaban intentando escalar las paredes traseras del foso. Otros estaban espantados en todas direcciones. Los que se dirigían hacia mi habían sido rechazados del lado del camino y ahora abrí fuego sobre ellos.

Gail había salido del coche y se encontraba a la vista, en un lado del foso, disparando con su pistola.

—¡Vuélvete, Gail! —le dije chillando, un marciano envió un llamarazo hacía ella. Brilló inertemente reflejándose en su casco y entonces ella se dio cuenta de que estaba muy expuesta y saltó detrás de las barricadas que habían servido de defensa a Axel.

El arma de Axel dejo de funcionar, pues él se detuvo entonces a cargarla de nuevo, así que afiné la puntería disparando el resto de mis municiones contra el grupo más cercano, no podían comprender que no se trataba del arma de Axel un aparato de radar no podía captar la dirección de los proyectiles.

Aquello había sido una verdadera carnicería. En lugar de volver a unir los brazos para atacarnos de nuevo, rompieron sus filas y huyeron al mismo tiempo que las estragadas líneas que estaban cerca del cohete se desbarataban y todos sus componentes salían como el polvo soplado con fuerza, en todas direcciones.

—¡A por ellos! —gritó Spartan creyendo que aún era nuestro dirigente.

Mas yo no le presté la menor atención. El hecho de perseguir a un ejército desbaratado y en desorden sería regla dentro de un cuartel, pero nosotros no éramos soldados y además nuestra lucha sería muy desigual ya que el promedio sería de cientos contra uno. Hubiera sido un propósito estúpido de llevar a cabo.

El arma de Axel volvió a estar cargada y de nuevo la descargó disparando contra el enemigo que se retiraba. Cada bala que se disparaba alcanzaba a un marciano, una roca o la arena misma del desierto, incrementando el pánico en las hordas vencidas.

Cuando su revólver quedó descargado definitivamente, pude ver con mucha sorpresa que Axel se volvía de lado. Después, sus rodillas parecieron ceder bajo su peso hasta que cayó de lado.

Al volver la cabeza, vi a Spartan con una pistola de las automáticas en la mano, disponiéndose a apuntar sobre mí. Había una expresión odiosa en sus labios. Él había disparado sobre Axel.

Al tiempo que disparó, yo me metí detrás de la barricada por el lado opuesto donde se entraba Gail agachada. Ella no había oído los disparos y desde luego tampoco había visto caer a Axel. Le grité:

—¡Gail, ven por aquí, por este lado!

Elia no podía comprenderme. Estaba sorprendida, pensando que había perdido el juicio, pues podía ver muy bien que los marcianos se habían ido.

Levanté el rifle apuntando a Spartan y apreté el gatillo, pero no se produjo el disparo. El arma estaba descargada. Había disparado mí último cartucho contra los marcianos que huían.

Así que traté de alcanzar mi pistola, ¡que aún no había usado!, Spartan se llegó hasta Gail de un salto y la hizo salir de la barricada colocándola delante como de escudo, de modo que yo no podía disparar el arma sin darle a ella. Aprovechando esta situación ventajosa apuntó contra mí.

Una bala dio justo en la rampa que conducía al cohete, y precisamente muy cerca de la cabeza de Spartan. El disparo arrancó un trozo de metal de la rampa yendo a dar éste contra el arma de Spartan. Él no había oído el disparo pero sí sintió el golpe del metal. Volvió la cabeza. Axel continuaba tirado sobre el lado izquierdo pero sosteniendo una pistola con la derecha.

Spartan levantó el arma para disparar contra a Axel y yo aproveché ese momento en que él se volvió para defenderse, y di un gran salto hacia fuera.

La gravedad en Marte por ser como es, permite que el hombre dé unos saltos prodigiosos. Volé, prácticamente, hasta llegar a Spartan que aún sostenía a Gail y los hice rodar por el suelo al tirarme encima.

Le cogí el arma aprovechando el movimiento indeciso de sus manos.

Gail luchaba y se revolvía por librarse de sus brazos.

Y la gravedad que me había ayudado, ahora se volvía contra mí. No sé de qué modo, él pudo dar un impulso hacia arriba, de modo que

volvía a volar dando volteretas y entonces él se apoderó de nuevo del arma.

Al caer de nuevo en tierra, conseguí hacerlo encima de él, pero logró zafarse.

Ambos llevábamos puestos los trajes espaciales por lo que resultaba difícil lastimarnos. Los puños no servían de nada, aunque Spartan no parecía darse cuenta de esto. Tampoco yo me di cuenta hasta que no sentí que él me golpeó. El porrazo no hacía daño pero el empuje me hizo bambolearme y caer.

Di contra las rocas que estaban detrás, del mismo modo que un boxeador cae contra las cuerdas del ring. Traté de rodearlo con mis brazos para sujetarlo de modo firme y seguro, pero él era un hombre fuerte y grande y en inmejorables condiciones físicas a pesar de ser unos años más viejo que yo. Ambos luchamos a brazo partido por hacer sucumbir al contrario, pero parecía resultar inútil debido a la casi inutilidad de nuestros puntos.

De repente me eché hacia atrás. Spartan, dominado por la furia y el odio se dirigió a mí para golpearme de un puñetazo. Yo no lo evité pensando que no conseguiría lastimarme. Así que me golpeó, lo agarré con las dos manos apretando fuertemente a medida que él hacía esfuerzos inauditos por quedarse libre. Lo rechacé con fuerza volviendo al ataque rápidamente.

Su peso, sin el traje espacial, sería alrededor de 180 libras, quizás más. El traje, pesaría por lo menos veinte libras. Pero aún en caso de que hubiera pesado doscientas libras, este mismo peso en Marte hubiera sido de unas ochenta libras. Así que le golpeé, sus pies abandonaron el suelo, y en Marte no se cae muy de prisa. Estuvo por el aire mientras yo tuve tiempo de volverme y colocarme en buena posición.

Su cuerpo, pasó como un arco sobre las rocas y fue a caer en el foso sobre un grupo de marcianos, no todos muertos. Algunos de ellos estarían lo suficientemente concientes como para responder al contacto del cuerpo de un terrestre.

Me acerqué al borde del foso y vi cómo el traje de Spartan se volvía rojo fuerte como las cerezas. Pequeñas virutas de metal se desprendieron de su traje esparciéndose por encima de los cuerpos de los marcianos. Los cuerpos de aquellos seres aún producían corriente de gran potencia; al menos, de miles de voltios.

Escuché un largo y agudo chillido y después el Dr. Spartan quedó allí, muerto.

CAPÍTULO XVIII

Gail lanzó un grito cuando se acercó al borde del foso. Cogí la pistola que llevaba en las manos —luego me enteraría de que se trataba de la propia pistola de Spartan, que ella había recogido del suelo— y disparé contra la masa de cuerpos.

Era demasiado tarde. Maté a los marcianos pero era demasiado tarde para salvar a Spartan. Me volví corriendo junto al lado de Axel. Se encontraba muy débil pero aún con vida.

—Se trata de una rotura en el traje —murmuro señalando al lado izquierdo donde llevaba puesta la mano. Comprendía que el traje de Axel había sido roto por la bala disparada por Spartan, pero él había cerrado el agujero con su mano. Afortunadamente, la bala se había quedado en el cuerpo de Axel sin taladrar el traje espacial por el otro lado.

—¡Mantente! —le dije. Lo levanté y mientras lo llevaba al cohete subiendo la rampa lanzaba gemidos de dolor. Una vez dentro, Gail y yo observamos la herida. La bala había roto uno de los tirantes del traje penetrando luego junto a un tendón para ir a alojarse en los músculos del hombro. Era una herida grave producida por aquella maldita bala, pero sin embargo no parecía ser de muerte. Extrajimos la bala y le aplicamos antiséptico.

Mientras que Axel descansaba, cogí la máquina que habíamos usado para hacer el foso, y cubrí los restos de Joel y de Spartan así como a los marcianos. Encontré una gran cantidad de rubíes y de zafiros de un tamaño poco normal, pero que no valdrían, desde luego, seis billones de dólares. Cualquiera que fuera el provecho de aquel viaje, sólo aprovecharía a los científicos.

Gail y yo levantamos un montón de piezas en el lugar en que reposaban los cuerpos muertos a modo de tumbas. El tributo no era solo para Spartan, sino para cuatro hombres, incluyendo a Willy Zinder, que había muerto para que nuestro viaje a Marte se llevara a cabo. Yo no estaba muy conforme en decir que Spartan había sido un héroe, pero Gail me dijo:

—No es por él, Bill, es por lo que él representa.

—Asesinato, egoísmo, todo lo peor.

—Era un ser humano —replicó ella—. El monumento es a la humanidad. Hay seres humanos muy buenos, los hay también malos y fuertes.

—Es difícil —dije— incluirlo a él en uno de los grupos sin ofender a los componentes de los mismos.

La gente, pensé, no debiera ser juzgada por actos aislados y específicos sino por la suma de su contribución. Además, no irían muchos a Marte a ver la tumba —al menos por mucho, muchísimo tiempo— si es que los marcianos la dejaban estar.

No permanecimos mucho tiempo en Marte, pues no sabíamos si habíamos asustado lo suficiente a los marcianos como para mantenerlos alejados para siempre y además, otra cosa que le dije a Axel:

—La próxima vez nos tirarán una bomba. No supimos si los marcianos tenían en realidad una bomba, quizás la tuvieron una vez, pero ahora estaban decadentes, en un nivel mucho más bajo del que debieron tener quizás antes de que el primer hombre-mono descendiera de un árbol y comenzara a andar y a manejarse como un ser humano. Aquellas ciudades, eran signos evidentes de pasadas glorias, pero

aparte de la barcaza en Chalus, no vimos ningún otro método de locomoción. A lo mejor tenían unos aparatos especiales pero no los vimos y el único signo de arte que encontramos, fue una estatua en una ciudad en ruinas. Si un nombre hubiera llegado a Marte algunos millones de años atrás, sabe Dios lo que hubiera salido a su encuentro para saludarle.

Encontré un pequeño animal en Marte antes de abandonarlo, estaba escondido entre la vegetación en Lacus, en el canal, y que me vino a demostrar que había otra forma de vida diferente en aquel planeta. Aquella criatura era del tamaño de los otros marcianos. La joroba, sin embargo, la tenía un poco menos desarrollada. El animal murió y como era venenoso, igual que todos los otros seres, no tratamos de llevarlo con nosotros para estudiarlo. Sin embargo, yo hice un estudio cuidadoso de todos sus miembros tomando fotos de los mismos y de todos sus órganos. Los científicos de la Tierra pueden hacer una gran labor con muy pocas evidencias.

Luego de nuestra escabrosa experiencia en el país de los marcianos llevábamos un verdadero tesoro en lo que a descubrimientos científicos se refiere. Materias que jamás podrían haber sido descubiertas por medio del telescopio, y esperábamos que algún día se estableciera un medio de comunicación con Marte —después que el mal sabor de la última lucha se hubiera olvidado— y quizás los dos planetas llegaran a comprenderse.

Llevar a Axel a bordo del Jehad no resultó una labor tan complicada como en principio habíamos creído. Una vez que habíamos alcanzado la rampa del Jehad, lo suspendimos en el espacio entre el cohete y la nave espacial sin ocasionarle ningún daño. Después de todo, ¿qué puede haber en el espacio que produzca daño a un ser humano?

Axel conectó los mandos automáticos de la nave y emprendimos la vuelta justo a los veintiún meses del día en que abandonamos la Tierra.

—¿Cómo nos repartiremos las obligaciones en el viaje de vuelta a casa? —preguntó Gail cuando nos encontramos de nuevo en el espacio

—Del modo que tú quieras, querida —le respondí.

—¿Yo? No estoy de cargo.

—Axel está lastimado —dije— y tú eres mi mujer; eso te hace parecer muy graciosa.

—¡Oh! ¡Tonto! —rió ella—. Este viaje de vuelta a casa será mucho más bonito que el de ida.

—Sí —dijo Axel—. Habrá agua suficiente para todos, miss Loring.

—No estaba pensando en el agua. Y además de ahora en adelante seré siempre Gail o Mrs. Drake. Nunca más volveré a ser miss Loring.

Axel se recostó sonriendo.

—Estaba seguro de que ocurriría esto —dijo.

FIN